

02

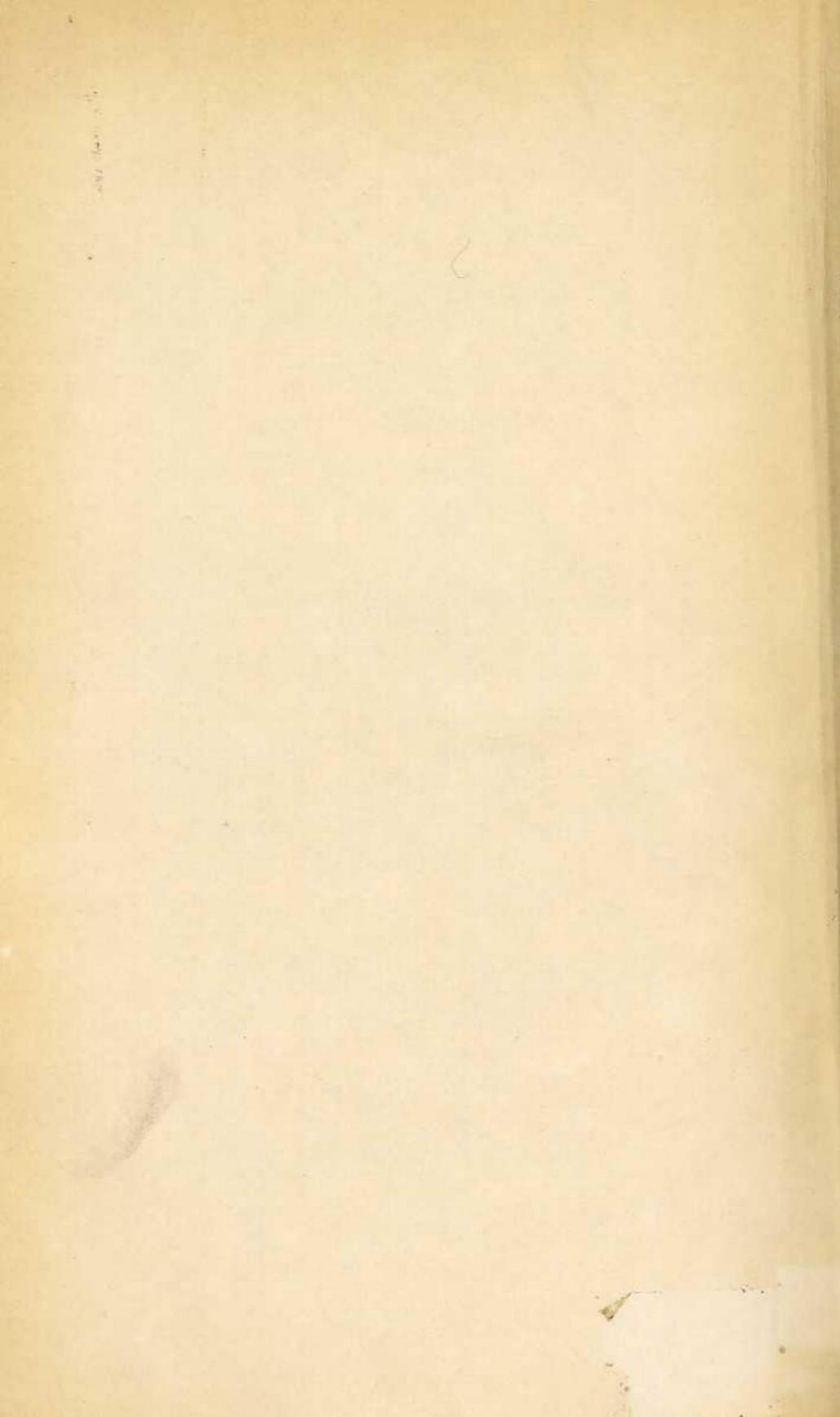
ENCUADERACIONES

MANUEL RAGA

ZARAGOZA-TL344392

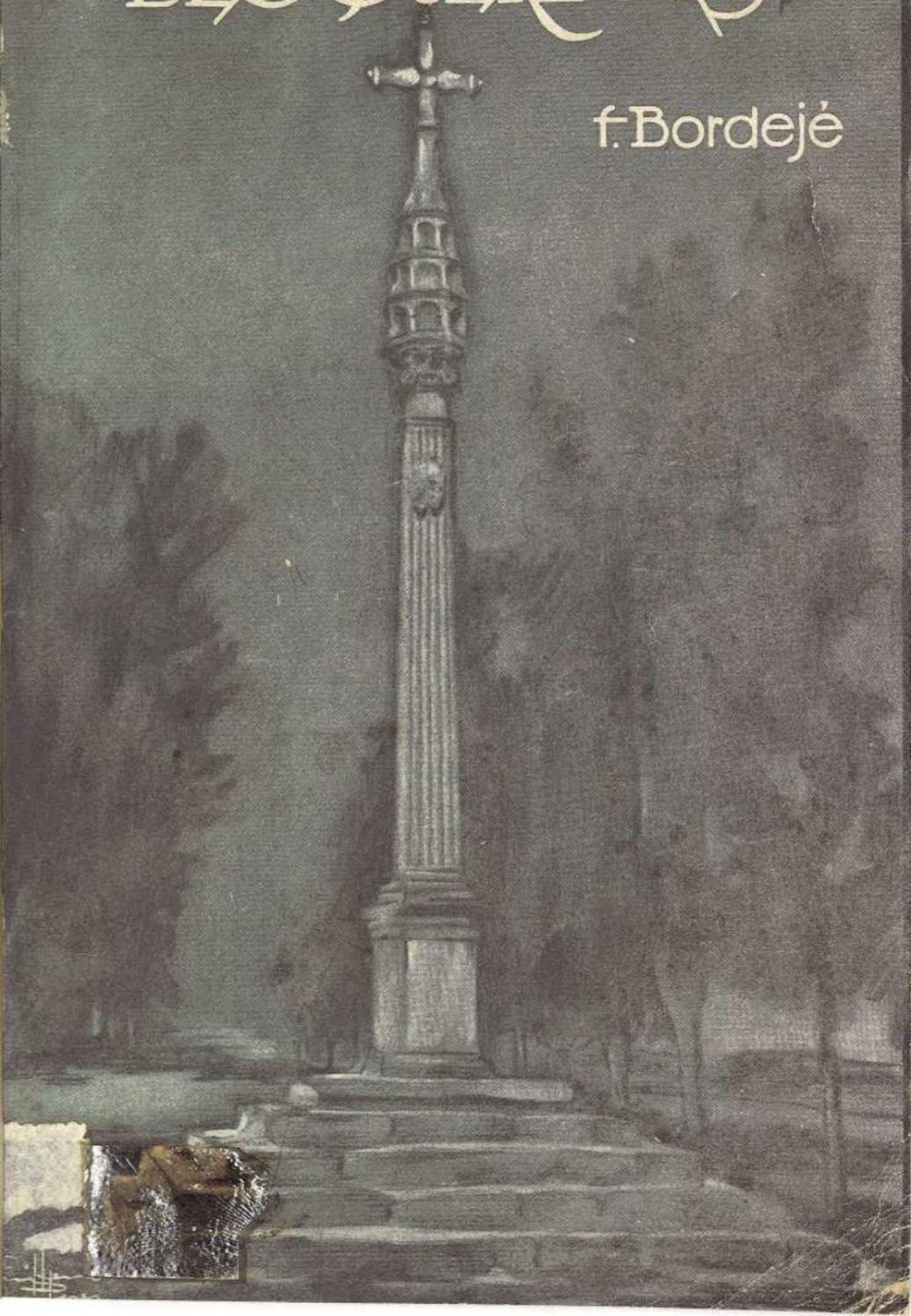
T191007  
C1210456

A. 702



# RUTAS BÉCQUERIANAS

f. Bordejé





A-709 =

53390

EDICIONES DEL

SINDICATO DE INICIATIVA Y PROPAGANDA DE ARAGÓN

R. 38.224



# Rutas Becquerianas

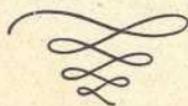
Guía y Breviario

del Somontano del

Moncayo,

por

Federico Bordejé







## **A la Ciudad de Borja,**

*cuna de mis fervores, en cuyas Piedras y ambiente se iniciaron mis sentimientos de Tradición y de Arte.*

*En espera de poder consagrarle algo más digno de Ella y de mi gratitud.*

## **A la santa memoria de mi Madre,**

*que, al morir, muy recientemente, nos encargaba, como supremo mandato, el "amar, servir y defender a España que está por encima de todas estas cosas". Síntesis de una vida sencilla y abnegada que demuestra y enseña el fondo y la esencia invisibles aunque latentes, del patriotismo español.*

*En esos dos nombres, para mí igualmente sagrados por lo que significan y representan, se encierran todas las ilusiones que, hasta aquí, han sostenido a mi espíritu, dándole fuerzas para marchar.*

*Séame permitido el hermanarlos al frente de esta primera colección de mis modestos trabajos, como rendido homenaje de reconocimiento y devoción.*

**Federico BORDEJÉ.**

**En preparación:**

**Historia de la Arquitectura  
militar de España, desde la  
antigüedad al siglo XVIII.**



**Administración y funcionarios  
(Ensayos de doctrina y psico-  
logía administrativa).**

## Prólogo

CONOCÍ a Federico Bordejé en condiciones un tanto extrañas. Era durante la contienda que tan graves trastornos ha causado. Cerrada la frontera de Hendaya, me había visto obligado a detenerme en Irún hasta que permitieran continuar el viaje a París. Por fin, pude coger el primer tren que salió hacia mi destino. El departamento iba completamente lleno. Frente a mí un muchacho joven, delgado y con cara inteligente, escribía febrilmente cuartilla tras cuartilla, pese al movimiento del tren y la animada conversación de los demás compañeros de viaje que, naturalmente, era en francés. Por cierto que ésta no era grata, ya que hablaban en forma un tanto despectiva para España. Recordé que llevaba un periódico español y lo saqué a fin de llamar la atención de nuestros detractores. No se quisieron enterar, por lo que me vi precisado a decirles en forma cortés y después un tanto enérgica, de que era español y les rogaba no emitieran conceptos que me mortificaban por su falta de fundamento. La cosa se agriaba un poco cuando intervino el joven a que antes aludía, diciéndome que también era español y que estaba en mi defensa. Al poco rato, nos abandonaron los franceses y seguimos hablando de nuestro viaje, localidades respectivas de donde

éramos, etc. Nos presentamos mutuamente, dándose el caso curioso de que éramos relacionados de familia, pero no nos conocíamos personalmente. Efectuamos el viaje juntos hasta París, por lo cual pudimos cambiar impresiones y conocernos mutuamente. Inmediatamente me percaté de que Bordejé era un espíritu selecto y poseía una base cultural formidable, algo básico que se apreciaba en la finura con que departía sobre los castillos medievales de Aragón, con sugerencias tan originales y suficiencia técnica que me dejó absorto; pero lo que más me sorprendió fué su sensibilidad artística, en momentos exaltado, y en otros instantes místico, llegando a la conclusión de que Federico Bordejé era un romántico, un poeta, que podía comprender la exquisita ternura y dolorido corazón del maestro de las "Rimas", de Bécquer, y por eso, cuando Bordejé me dió a conocer sus rutas Becquerianas, sentí en poeta y le rogué las diese a conocer. Creo, lector, que como yo, pasarás unos momentos de emotiva sensación y no te contrariará el haber seguido a Bécquer, a través de Bordejé, por estas sierras del Moncayo.

EDUARDO CATIVIELA.

Zaragoza, 1.º de mayo de 1932.

## I n t r o d u c c i ó n

**E**STE libro es, simplemente, una recopilación de artículos publicados en la revista ARAGÓN, del Sindicato de Iniciativa de Zaragoza a cuya generosidad se debe la edición.

Pero, dentro de su sencillez y modestia, quisiera ser algo más: una Guía sentimental aunque objetiva, de una comarca tan interesante como desconocida: el Somontano aragonés del Moncayo. Región fértil en sugerencias históricas, rica en testimonios del Arte y extremadamente abundosa en observaciones, rasgos y contrastes que hacen de ella un campo fecundo de investigación y de estudio. Recuerdos y testimonios felizmente conservados hasta nuestros días, por el providencial aislamiento a que su situación geográfica los redujera y por el carácter eminentemente llano y tradicional de los habitantes que han evitado a sus monumentos, el triste destino, tenido hasta aquí por irremediable, de las *Piedras* artísticas de España.

Sorprende, a pesar de todo, tan prolongado desconocimiento. Los investigadores del siglo XIX, para no remontarnos más lejos, tuvieron que enfrentarse hartas veces, con hechos y sucesos cuyas modalidades y consecuencias solamente podían ser apreciadas en el lugar de la acción. Los mismos nombres, encarnadores, en ocasiones, de grandes cuestiones que, por su importancia, desbordaban los límites del pasado nacional, debieran haber llamado su atención hacia tan ignorada región sin cuya prospección no podían tampoco descifrar los enigmas que una copiosa información documental les presentaba. Y admira que, en la actualidad, por la absoluta virginidad en que se encuentran los fondos de los archivos comarcanos y los con ellos relacionados, no hayan llegado a definirse con justeza, aquellos extremos que, como los concernientes al origen y genealogía de la familia pontifical de los Borja, a las Cortes de sucesión de Alfonso el Batallador o a las complicadas luchas y revueltas del Conde de Trastámara, de las que el Somontano y sus alledaños fueron, en parte, principal eje y asiento, tocan tan de cerca a la Historia general. Sin alcanzar a los tiempos remotos de la antigüedad cuyos vestigios en pie, a defecto de otras fuentes, atestiguan también el notable papel desempeñado por la comarca, base táctica de los movimientos de Esci-

pión, precursores de la caída de Numancia y objeto de singular protección y favor por los romanos dominadores cuyos fundamentos y razones pudieran, tal vez, residir en los aún no estudiados problemas de la explotación minera y maderera del Moncayo. En este aspecto, el Somontano aragonés presenta caracteres insospechados, antecedentes totalmente inéditos que lo convierten — del Campamento pretoriano de Manlia a la Ciudadela de la Alfara en Tarazona — en un conjunto especial, acaso único, donde, a costa de livianos esfuerzos, se lograría resucitar un perfecto y acabado sistema de las comunicaciones y poliorecética latinas. Latinidad que, según debemos confesar, ha sido una de nuestras más emocionantes sorpresas, pues nada nos hiciera pensar en semejante caudal, acrecentado por los numerosos restos *líticos*, profusamente encontrados, confirmadores de las predicciones del maestro Obermaier cuando, en su visita a las excavaciones de Oruña, efectuadas por la Comunidad de Veruela, exponía su creencia en la riqueza prehistórica de la región.

Pero admira todavía más, la pasividad del siglo XIX y aun del XX, al mantener asimismo inédito y en silencio, otro problema que afecta esencialmente a un personaje muy representativo de aquél y, en cierto modo, dada su constante atracción, nuestro contemporáneo. Nos referimos a Bécquer. Por uno de esos geniales misterios que en su vida se presentan con tan multiplicada frecuencia, Bécquer *descubre* — es la palabra — la Abadía cisterciense de Veruela y, dando paz a su inquieto y atormentado dinamismo, se fija entre las ruinas del abandonado Monasterio desde cuyos muros levanta el literario monumento de sus *Cartas* que da permanente y definitivo renombre a su literaria personalidad. Bastara esta circunstancia para haber concedido interés a unos rincones descritos con tan calurosas exclamaciones. Mas, a la par de tales manifestaciones, corren sucesos que mueven y conmueven hondamente la vida del poeta, influyendo en su producción y dando, quizás, matiz si no origen, a esa extraña melancolía, a ese dejo de grave y espiritual dulzura que distinguirá en lo sucesivo a su obra y le otorgará la estimación — y conmiseración — universal. Las incógnitas del casamiento, de la esposa e hijos de Bécquer, con sus naturales derivaciones, permanecen aún en secreto, sin que nuestras pesquisas y sondeos por los archivos comarcanos, indudables guardadores de las pruebas, hayan podido acercarnos hasta hoy a su descubrimiento, indispensable para conocer y, por lo mismo, resolver, en estos tiempos en que la Crítica debe apoyarse en estricta y fehaciente objetividad, uno de los más oscuros y sugestivos problemas, repetimos, de la literatura moderna.

Al lado de dichos conceptos, de tan seductora belleza, se colocan otros que si, en principio, presentan paradójal situa-

ción con los primeros, exigen igualmente una eficaz atención: la necesidad, la imperiosa e ineludible necesidad de ejercer una rigurosa vigilancia sobre el contenido arqueológico de nuestras ciudades y aldeas. Entregados con ardor al cultivo de esas disciplinas, especializados en el de la arquitectura militar medieval, de características tan atrayentes como originales, nos vemos obligados a penetrar diariamente en sitios inexplorados, en cuyos palacios, iglesias y ermitorios, mercedores de una enérgica defensa cual la que hiciera Barrés, apercibimos los continuos e incalificables atentados con que una codicia desaprensiva, unida a la ignorancia e insensibilidad de pueblos y dirigentes, va mermando su espléndido patrimonio, tanto más preciado cuanto que, por el anonimato en que se halla, puede falsear con su ausencia las normas auténticas y precisas de la Historia y del Arte. De esos atropellos podríamos ofrecer ya una amplia lista. Mas, como ejemplo, cumplirá el mencionar dos casos recientes, ocurridos en el mismo Somontano: el primero, de cuya realidad puede responder nuestra colección de fotografías y dibujos, reside en el Castillo-Palacio de los Hospitalarios de Añón donde, entre dos visitas casi consecutivas, hemos visto desaparecer, cedidas, según informes, a precio miserable, unas piedras heráldicas y, principalmente, la que con la Cruz de Malta, indicadora de su noble jerarquía, formaba la clave del arco ojival del patio de armas, poniendo en peligro la estabilidad del edificio y arrebatándole su destacado sabor histórico, resumido en tan sugerente y legendario signo. El otro consiste en la venta de unas "armaduras de sepulcro", efectuada en septiembre pasado, en la Villa de Agreda, aunque sobre este asunto no nos haya sido posible obtener mayores detalles.

Urge, pues, el hacer frente a tan corrientes y repetidas hazañas, estimulando o, si se quiere, educando a ese efecto, los sentimientos del pueblo y estableciendo inventarios que conduzcan al conocimiento perfecto de los fondos de los burgos más extraviados.

A todo esto que apuntamos, responde exclusivamente el presente libro. No nos hacemos la ilusión de haberlo conseguido. Pero, producto de apasionado fervor y consecuencia de una formación dedicada por completo, al culto de nuestros valores tradicionales, creemos deber señalar el solo mérito que pueda caberle: su espontaneidad y entusiasmo. Son páginas escritas casi siempre, en plena correría, en el momento mismo de la acción, apoyadas, muchas de ellas, sobre las propias *Piedras* que describen y, desde luego, rodeadas de su ambiente, de su evocación y de su misterio. Páginas, en suma, doblemente *vividas* por la emoción y el recuerdo. De ahí, proviene la falta de cierta conexión que el conjunto puede presentar cuya responsabilidad alcanza, en parte, a esa *actualidad* y dinamismo de que no

hemos querido desprendernos y a otros pormenores materiales como las comunicaciones, condiciones topográficas, etc., que impiden el realizar de un solo trazo, la visita total del Somontano.

Confiamos en que tales defectos nos sean perdonados, en gracia al propósito que nos anima: el divulgar y dar a luz a una región, cerrada hasta ahora, a la curiosidad y recreo de sus bellezas artísticas y naturales. Región, como advertíamos, muy fecunda en toda clase de promesas. Región, además, solariega de la unidad peninsular, allí cristalizada, afirmada y resumida por las ingentes cumbres del Moncayo que, por sí solas, forman el más exaltado símbolo de las esencias de la Patria.

Nuestra Madre, al morir entre temerosa y angustiada por el incierto porvenir abierto a nuestros destinos, nos ordenaba el "*amar, servir y defender a España*", como Ella, heredera de una humilde pero antigua tradición, había practicado siempre. Esa orden sagrada marca la ilusión de estas jornadas, ofrendadas a la Patria de la que Aragón, nuestro Aragón, constituye uno de sus más nobles, puros y poderosos pilares.



## I

### La clave bizantina

UNA de estas tardes, oteando desde las alturas de la Misericordia de Borja las lejanías del Moncayo, alguien ha señalado a Veruela. El sol, recostado y adormecido sobre las cresterías de Herrera, doraba los pardos torreones del Monasterio, destacando su masa rectangular entre la suave umbría del Valle del Somontano. Mas, como allá en el fondo se dibujaban también, en sombras confusas, los almenajes de Trasmoz, se ha venido, con el enlace de ambas perspectivas, al recuerdo de Bécquer, y, naturalmente, hemos caído en la evocación y comentario de sus famosas Cartas.

La curiosidad nos ha movido. Rápidamente, con una actividad increíble en rincones de tan limitada comunicación y en gentes de tan sospechoso dinamismo, se ha decidido la excursión cuyos preparativos han sido cortos: unos recados, una cita y, al punto de la mañana, por las veredas intrincadas de las estribaciones de la Muela, partimos con dirección al Monasterio.

Antes, hemos querido documentarnos. Un amigo, hidalgo de estas serranías, que alterna como el *Otro*, el cultivo de sus pegujales con la afición a las letras, nos ha prestado para releerlas, el tomo de las obras de Bécquer en que aparecen sus Cartas. Es el solo bagaje literario que llevamos, ayunos con intención, de las descripciones y pormenores arquitectónicos de Veruela. Siguiendo a Loti, amamos las visiones fugitivas y creemos que un estudio previo de las *cosas a ver* aleja aquella emoción de lo inédito y la suave unción a que su descubrimiento nos conduce.

Será de necesidad acusar, de antemano, las variadas impresiones que las Cartas nos sugieren. Porque, pese a su emplazamiento, composición y objeto, amén de las singulares condiciones que el género epistolar impone, las Cartas de Gustavo Adolfo son para nuestros días, preciado y limpio cristal que proyecta minuciosamente los diversos e interesantes panoramas de la vida de entonces. Desde los rincones de la Abadía medioeval, al pie de la Cruz negra aun existente, Bécquer dejó trazado uno de los más amplios y vigorosos



Monasterio de Veruela: Vista del cerco almenado

retratos de las generaciones del tiempo. Y — primera impresión que anotamos — lo que sobresale a nuestra atención, es el misterio de su vida, velada continuamente por profundas sombras y contrastes que alteran su continuidad e impiden la natural y necesaria relación entre los sucesos conocidos, por los cuales pudieran explicar y resolverse las incógnitas que hoy le rodean de las que, acaso, la menos despejada y, sin duda, una de las más interesantes, es la relacionada con su residencia en Veruela. En este aspecto, como en otros muchos, las Cartas promueven en nuestro espíritu multitud de deseos y de preguntas que, seguramente, quedarán siempre sin respuesta.

Otro extremo, en cierta relación con lo anterior, es el referente a la obra misma de Bécquer. El primer contraste radica en su doble manera o, si se quiere, en su doble manifestación. Porque del verso a la prosa, de las Leyendas a las Rimas, hay, asimismo, otra distancia que, a nuestro ver, determina para cada una de ellas, peculiar personalidad. La rima de Bécquer, dulzona, doliente, de subjetiva y débil cadencia, choca con la frescura, humor y, en cierto modo, clara y alentadora viveza de, por ejemplo, sus Cartas. En éstas se admira a un Bécquer risueño, optimista, que alterna con sus semejantes, critica el *spleen* inglés, celebra y pondera la desenvoltura de las gentes, deleitándose con la excesiva llaneza de aquel testarudo aragonés y canta como un ruiñón los esplendores de la Naturaleza. Mientras que en las Rimas aparece un sér tan delicado y frágil, de tan oscuro y tenebroso ambiente que, luego de leerlas, muévenos a

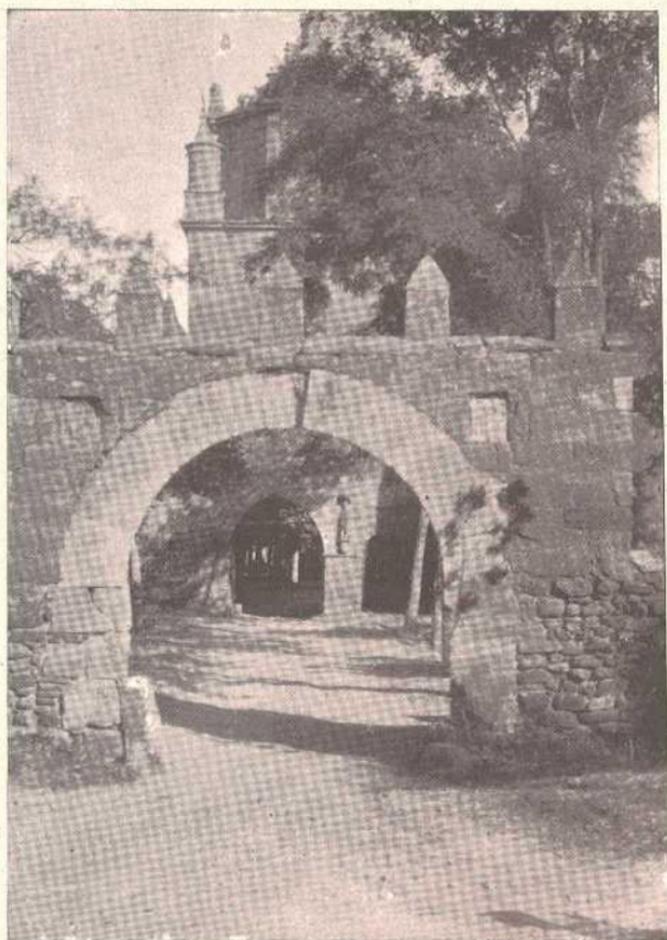


Veruela: Portada ojival del recinto fortificado

compasión, levantando — es un hecho general, repetidamente observado — la interrogación de los caracteres y sucesos que cruzaron su vida. De donde nacen, también, la necesidad de una extensa y minuciosa biografía de Gustavo Adolfo y la falta, por todos advertida, de tan importante instrumento en los anales de nuestra literatura ya que las que existen tienen grandes lagunas en seco, dejando anónimos o inéditos, extremos y detalles de gran interés para el conocimiento certero del subsuelo de la obra.

A esto va a referirse otra de nuestras impresiones que no es de ahora, pues que siempre nos intrigó. Por razones de procedencia, de temperamento, hasta de resistencia física, nos ha extrañado sobremanera la presencia de Gustavo Adolfo en el Somontano aragonés. Con frecuencia, nos hemos preguntado cuáles fueron las causas que lo trajeron aquí, cómo pudo descubrir el románico Monasterio, perdido entonces, más que ahora, en los ignorados repliegues del Moncayo y, sobre todo, qué ideas le indujeron a quedarse en doble y prolongada estancia que fué accidente capital de su destino ya que en ella conoció a su mujer, con quien tuvo tres hijos, instrumentos una y otros de su desgracia, de los cuales se ha perdido el rastro, pues si bien se conoce el libro con que Casta Esteban, después de enviudar, quiso señalar su presencia, ignórase su final y el de aquellos hijos, todos varones, que no debieron heredar de su padre más que el primero y vulgar apellido, motivo, acaso, de su completa desaparición.

¿Fué, tal vez, cuando intentara su magno proyecto de es-

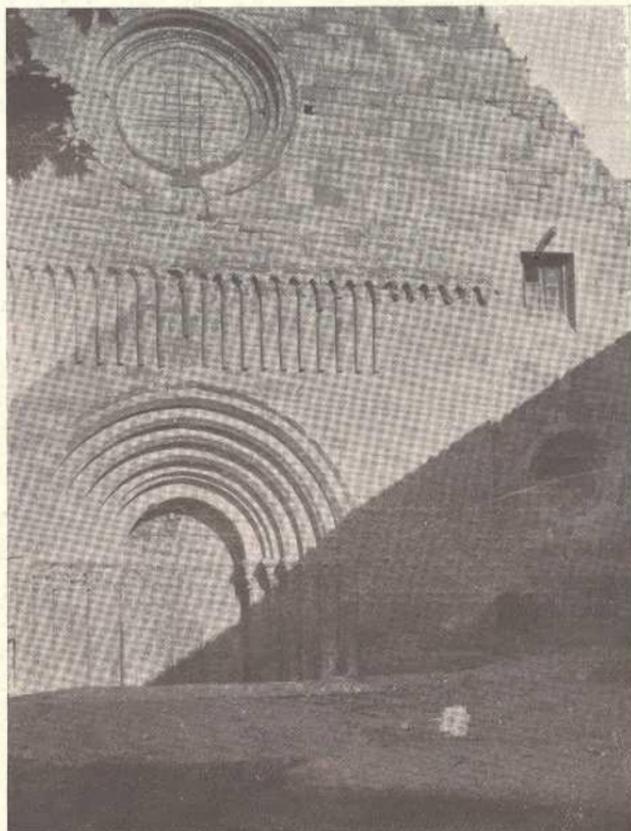


Veruela: Puerta de la Barbacona

tudio de los monumentos arquitectónicos de España? ¿Le sedujo la pasión del hallazgo del tesoro cuya leyenda o realidad extravía aún las inocentes ambiciones lugareñas, propicias siempre a creer en los fabulosos "*tesoros de los moros*" acumulados, al decir popular, aquí y en otros puntos de la comarca? Estas preguntas quedarán, repetimos, sin respuesta, sumidas en el misterio que envuelve y entenebrece la vida breve de Gustavo Adolfo. La fatalidad que él tan dolorosamente cantara, continúa ocultándonos muchos y muy preciados pormenores de su existencia y hay pocas esperanzas de que puedan descubrirse algún día, los móviles que le condujeron a uno de los más aventurados pasajes de aquélla. Misterio, en verdad, sensible, porque la investiga-

ción y esclarecimiento de estos detalles serían de extrema utilidad para la historia literaria ya que, no obstante su distancia, la figura de Bécquer se mantendrá siempre actual para el sentimiento y la emoción, siendo de gran servicio el anegar y colmar tales lagunas a fin de que pudieran entreverse al mismo tiempo, con la floración, magníficamente triste, de la obra, las raíces que la sostuvieron y dieron la savia de tal finura e inquietud.

Ese interés e ilusión son los impulsos principales que nos mueven a esta correría. En estos pueblos silentes, dormidos con amorosa quietud, en el regazo del Moncayo, deben hallarse las tramas sutiles de uno de los problemas subjetivos que conmueven todavía a nuestro espíritu, ansioso de penetrar en el secreto de esa gran melancolía cuyas patéticas vibraciones y angustiadas fantasías contagian dulcemente a la imaginación, impregnándola de suave aunque



Veruela: Fachada del templo

atormentada poesía. El alma animosa de Bécquer, sus ardorosos entusiasmos, sus exaltadas admiraciones, quedaron aquí destrozados ante las duras realidades de la vida. Y en el fondo de alguno de estos lugares recogidos que brindan aún al caminante la sencilla estampa de los paisajes bíblicos, han de encontrarse los antecedentes documentales del problema cuya solución ayudaría a conocer las verdaderas razones de tal deformación y, por lo mismo, a trazar su singular y oculta trayectoria.

Mas, henos aquí a las puertas del Monasterio. La Cruz negra se alza ligeramente sobre las copas de los enhiestos álamos que, en ordenada formación y a guisa de disciplinados lanceros, abren la anchurosa avenida de la Abadía por donde discurren, en grupos de tres, los alumnos del Noviciado. La carretera cruza el frente principal, ocultando la barbacana que cierra y defiende la única entrada del recinto a la que se llega por inclinada y ya borrosa cuesta que, luego de traspasar los bien conservados torreones, ornados con sendas lápidas y ostentosos blasones, anunciadores de la restauración llevada a cabo por el Cardenal-Infante de Aragón — siglo XVI —, conduce a una magnífica portada ojival, realzada por una hornacina con la efigie del Santo titular del Cister y coronada por una esbelta aunque retocada cúpula bizantina que da entonación y ambiente al conjunto monacal.

Esta cúpula bizantina, heraldo y llave a la vez, del arcáico Monasterio, renueva y afirma en nosotros, las emociones del poeta. Su repentina aparición produce una impresión imponente y augusta. Sobre el fondo lejano de los peñascales de la Sierra, la grave silueta destaca sus líneas tan suaves como bellas, en un anuncio de paz y de silencio que dobla el silencio y la paz ordinarios del Valle durmiente y solitario. Aparecida así, súbitamente, la visión se nos presenta como un índice gigantesco, cual un broche inexpugnable y misterioso que cierra celosamente su interior. Clave sin cifra, muda ante los sentimientos del viajero quien, deslumbrado por tan inesperado contraste, creará penetrar y realmente penetra, al traspasar sus umbrales, en un mundo desconocido donde la vida aparece detenida por inquietante y avasalladora interrogación.

## El claustro del silencio

**E**L viajero que por primera vez, llega a Veruela, se ve dominado de pronto, por una doble y vigorosa impresión: el recuerdo de Bécquer — fondo subjetivo — y el simple pero emotivo placer de su grandeza arquitectónica.

La sombra de Gustavo Adolfo planea sobre el Monasterio sin que sea posible substraerse a su influencia. Tal es la veracidad con que el poeta de las Rimas plasmó y dibujó este ambiente y la fuerza que en nuestro espíritu alcanza su poderosa evocación.

La única realidad inmovible de toda la existencia de Bécquer reside, acaso, en las piedras de Veruela. A cambio de las incertidumbres y contrastes con que continuamente tropezamos, al pretender penetrar en el misterioso arcano de su vida, el Monasterio se nos muestra con toda su portentosa integridad. Y aunque sus piedras, inmutables y serenas, guardan asimismo su secreto, ayudan a nuestra imaginación a revivir las andanzas del poeta ya que el ambiente se presta como ninguno, a su perfecta reconstitución.

El Destino ha querido que el cantor de tan bellas y peregrinas leyendas fuera, a su vez, inconsciente protagonista de otra que excede en fantasía, pues a la fantasía hay que atenernos, a las más sugestivas que él mismo ideara. Su imagen, agrandada por la lejanía, reviste aquellos caracteres esfumados y como desvanecidos, propio de los personajes históricos, envueltos siempre por oscuros celajes que ocultan los perfiles exactos de sus figuras y de sus hechos. Y es curioso advertir la afinidad existente entre las narraciones que el poeta soñara, de modalidades ordinariamente trágicas y sombrías, con las que a él mismo le rodean, pues que trágico es, en suma, todo cuanto sabemos de su vivir.

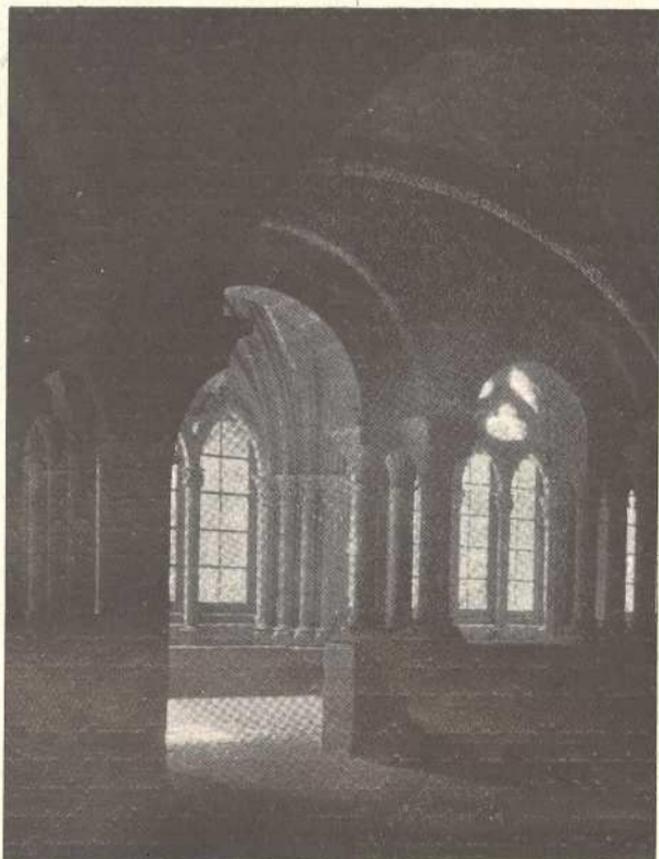
Pero, en medio de esa tragedia, Veruela resplandece con destellos inusitados. En la vida como en la obra de Bécquer, Veruela aparece cual un alto, un punto de reposo, en su marcha penosa y desacertada. Es, aún, otra desconcertante paradoja que ha llegado a influir y engañar hasta a sus modernos biógrafos, inclinados a atribuir a su residencia

aragonesa, por el marco medieval en que se desarrollara, aquellos lamentos crueles — gritos de rebeldía de un corazón atormentado — sobre el abandono y envenenamiento de su espíritu. Mas, si la ruda austeridad de la Abadía parece convenir mejor al recogimiento de un espíritu doliente, ansioso de soledad y olvido, que a la expansión regocijada que el poeta nos transmitió en su epistolario, la realidad, testimoniada por las Cartas, nos hace ver lo contrario, pues que demuestra, no solamente un optimismo y alegría que ni antes ni después, volverán a encontrarse en él, sino una locuacidad y campechanía muy desusada en quien siempre pecó de conciso, enigmático y aislado. Las *Cartas de la Celda* retratan un vivir despreocupado, sin inquietudes, y son, repetimos, un oasis en el desierto solitario.

No es de extrañar, pues, que, apenas llegados a Veruela, vayamos directamente en busca de los recuerdos del poeta. Ni el prestigio de sus piedras ni la magnificencia del Arte, pueden detener tan legítima emoción, defraudada prontamente al advertir la poca o ninguna precisión subsistente sobre aquél. Aquí, también, Gustavo Adolfo, perseguido por su sino, ha pasado a ser una figura legendaria, sumada a las que duermen su sueño de paz entre los muros del arcaico cenobio. Ni un detalle, ni un rasgo, ni siquiera y ello es bien lamentable, una modesta memoria indicadora de su paso. Todo cuanto de él se dice y asegura es obra de imaginación. La tradición señala vagamente la modesta celda en que parece se alojara. Ella nos habla también del fabuloso tesoro que es, quizás, lo que únicamente preocupa, concediéndosele multitud de emplazamientos que han dado lugar a otras tantas excavaciones. Fuera de esto, no puede encontrarse nada concreto, incontrovertible y resistente a la crítica. Silencio, en verdad, sensible por los interesantes problemas que encierra (procedencia de su mujer, casamiento, nacimiento de sus hijos, etc., sucesos ocurridos, como decíamos, durante su estancia en Veruela) a los cuales una minuciosa investigación por los pueblos del contorno, pudiera dar la luminosa y necesaria solución.

Por fortuna, de tales desencantos vienen a salvarnos las sugerencias del Arte y de la Historia. La unidad arquitectónica del Monasterio, su maravillosa conservación y los testimonios del pasado secular que, para nuestro consuelo, aquí viven y perduran, compensan con largueza nuestra pesadumbre y nos envuelven y animan con su exquisita belleza.

El Monasterio de Veruela, es uno de los más importantes y acabados monumentos que la Edad Media nos legó. Desde luego, podemos afirmar que constituye uno de los ejemplares más completos de aquel arte románico, tan impreciso en sus orígenes, cuyo estudio y definición no están concertados todavía por la dificultad de establecer, especial-



Veruela: Claustro y Sola Capítular

mente en sus construcciones mayores, los límites y proporciones de la arquitectura bizantina, la que, al decir de Viollet-le-Duc y de Diehl, llegó a influenciar, a través del largo período medioeval, a las Artes del Renacimiento, imponiéndoles, pese al resurgimiento de los órdenes clásicos, la majestuosa coronación de la cúpula, elemento principal y característico de aquélla.

Veruela, al que Lampérez, el ilustre historiador de nuestra arquitectura religiosa, define como románico-bizantino, es una muestra elocuente de dicha desorientación. La finura de sus detalles, lo delicado de sus líneas y su notable y total armonía, contribuyen a suscitar las dudas sobre tales clasificaciones, llevándonos a pensar en el enigma que guardan estas construcciones de lo que pudiéramos llamar románico *mayor*, para diferenciarlas de los innumerables ermitorios con que la fe rústica y espontánea de los altos

siglos medios fijó su agradecimiento a los anunciados y no llegados terrores del año 1000. En éstas, se acusa un arte perito, ordenado, sabiamente calculado y medido y, dentro de la líneas generales del estilo, superior y sorprendente elegancia. Por lo cual, a la vista de monumentos como Veruela, cabe preguntar hasta dónde alcanzan en España las influencias bizantinas y si puede tenderse una divisoria entre el románico local y aún nacional y el edificado por gentes extrañas que, según pretende el Dr. Roca y Florejachs, historiador, a su vez, de la Anunziata de Lérida, vinieran contratadas aquí, en brigadas suministradas por el Pontificado, procedentes de la Lombardía, donde las influencias bizantinas fueran manifiestas y guardaran con sigiloso cuidado sus procedimientos de construcción. Secreto abonado por la multitud de leyendas que rodean a esta clase de monumentos, las que, con extraordinaria afinidad, convienen en que fueron levantados "*sin andamios*", moldeando o socavando las tierras, a la manera de los ciclópeos templos de la arábiga Petra. La coincidencia entre dichas narraciones, la similitud, a veces, encontrada en los signos masónicos de los sillares, indescifrables hasta el día y el estudio de algunos edificios coetáneos, nos inclinan a dar veracidad a tal hipótesis que, al menos, sirve para determinar las ascendencias bizantinas de nuestro románico, limitando su alcance y proporción.

Las manifestaciones de este orden en Veruela radican principalmente en la retocada cúpula de entrada, antigua cárcel del Monasterio, donde, en fecha muy reciente, se encontrara un admirable fresco de indiscutible factura y en las bellas dimensiones de su fachada cuya contemplación ayuda a nuestra idea. Es un hastial triangular, felizmente ponderado, simétricamente medido, de armoniosa y eficaz unidad. Lo afea el campanil con que la restauración del Cardenal aragonés lo acompañara. Pero la obra medioeval constituye un admirable concierto y anuncia una exaltación del orden románico elevado aquí, según decimos, a las alturas de una filiación bizantina que dobla su estimación arquitectural.

Sencilla portada abocinada con lisas y ligeras arquivoltas que descansan sobre sendas columnillas de gracioso fuste y primorosos capiteles. Una amplia faja corrida, a modo de extensa imposta, con pilastrillas unidas por arquitos diestramente trabajados, forma la base del frontón en donde se abre ancha lucerna, obscurecida hoy por ordinaria y tupida vidriera. En fin, la airosa cima del piñón recortándose en el azul con extremada esbeltez.

La portada muestra un tenue apuntamiento, señalador de un periodo de transición que habrá de acusarse plenamente al interior. Y, campeando sobre la clave del arco, rom-



Veruela: Sepulcro del primogénito del Rey D. Jaime el Conquistador

piendo la simetría de la faja de medias columnillas, se admiran, en piedra circular, los signos del Lábaro.

El interior, solitario y austero, como cumple a las normas cistercienses establecidas por San Bernardo que vino a recibir y organizar en persona esta casa de la Orden, corresponde al momento de transición de que hablamos, ya que, si los paramentos laterales se hallan levantados y contenidos al modo románico, para recibir la natural bóveda de cañón— causa de la sobriedad exterior del edificio —, ésta aparece reemplazada por extraña nervatura gótica que, apoyándose sobre robustas columnatas, lanza atrevidamente sus haces, en esa explosión de idealismo que caracteriza a los monumentos ojivales.

A ello contribuye sobremanera el coronamiento de la girola. Los sentimientos de grandeza y austeridad, tienen allí su más pura, perfecta y adecuada expresión. Es un

conjunto severo y de completa unidad. Alrededor de la cabecera de la nave central, separadas por el deambulatorio, agrúpanse las capillas, refugiadas al amparo del ábside mayor cuyas dimensiones exteriores guardan con los secundarios la obligada relación. Junto a ellas, recargando solemnemente el ambiente, se levantan los túmulos blasonados de las Casas de Aragón y Villahermosa que reviven los poderosos ecos de la Historia, dormida allí eternamente en los restos de Atarés y del primogénito del Rey Conquistador.

A estos túmulos, desgraciados por sus líneas, demasiado rígidas y modernas, se une una larga serie de sepulcros que hacen de Veruela un venerable osario. Sin contar la humilde y anónima piedra del fundador, detentadora, por sí sola, de la más alta lección de modestia y ejemplaridad, podríamos recorrer las sucesivas etapas del Arte funerario, desde los sencillos sarcófagos de los Infantes de Atarés, reposados sobre toscos canecillos, y las policromadas tumbas románicas de la Sala capitular, al enterramiento plateresco del celebrado Abad Marco, sin olvidar las innumerables laudas monacales y aquéllas que, como la del Conde de Luna, de tan memorable prestigio en los Anales del Reino, enseñan toda la cronología prioral de la Abadía y recuerdan páginas señaladas del pasado de Aragón.

El citado enterramiento del Abad Marco acusa una fecha definitiva en la vida artística del Monasterio. Sepulcro admirable, merecedor del cincel de Berruguete o de Siloé, es el broche que cierra la serie de los órdenes medioevales y abre espléndido paso a las luminosidades del Renacimiento, traídas por las restauraciones del Cardenal Infante y manifestadas en las arquerías del claustro alto, del inimitable y rico plateresco aragonés. Y, prosiguiendo el examen de las diferentes tendencias estéticas, llegaremos a unas inesperadas portada y cúpula barrocas que derrotan nuestros conocimientos y nos ponen, de nuevo, en confusión.

El barroco es, a nuestro juicio, el estilo que mejor responde al carácter español. Continuas correrías por Europa nos han llevado al convencimiento de que la España del Renacimiento, representada por su arquitectura grácil y riente, según lo acreditan las modalidades platerescas, fué desviada de sus rutas naturales, por la rigidez del espíritu de los Austrias que aportaron a nuestra cultura las influencias germánicas, desarrolladas por Herrera y caracterizadas por su pesada sequedad. De ahí, la recia de nuestras producciones posteriores que si en pintura alcanzaron cima por las prodigiosas intuiciones del realismo religioso, cortaron de modo completo la trayectoria arquitectónica, encauzándola hacia unas normas adustas y sobrias contra las cuales no pudo luchar ni, por lo mismo, salvarse, la reacción de Churriguera.



Veruela: Sala Capitular. Sepulchro del Cardenal de Agón

El barroco que descubrimos en Veruela, es singular. De líneas finas, de armonioso aspecto, sin la ritual y clásica pesadez, constituye un excelente conjunto al que ayudan los llamativos tonos de su policromado. Es un arte original, desenvuelto, absolutamente desligado de nuestros cánones decorativos. Bella portada, en suma, superior a cuantas conocemos en su orden, que, de no pecar de atrevimiento, nos permitiríamos atribuir a manos exóticas que aquí dejaron para nuestro asombro, una de las más admirables muestras del barroco italiano que poseemos en España.

Pero el portento de Veruela radica en la Sala capitular y en el Claustro, resistentes a toda ponderación. De intento, hemos dejado hasta ahora por estudiarlos. Aunque diferentes en edad pues el Claustro, descargado sobre poligonales columnas adosadas y afiligranados mensulones, marca ya los esplendores ojivales del siglo XIII y anuncia una per-

fección de procedimiento llevada a su mayor exaltación, la Sala y el Claustro forman un conjunto imposible de separar e... imposible de describir. Los anónimos edificadores de Veruela dejaron aquí lo más puro y vehemente de su genio y, en homenaje a la humildad del fundador que, bajo la piedra silenciosa y hollada, quiso redimir la falta de sus soberbias altiveces, plasmaron en estos recintos, todo cuanto su fe, su espíritu y su arte podían producir de portentoso y excelso. La piadosa leyenda que quiere dar origen y caracteres divinos a esta religiosa fundación, no necesita ser demostrada ni sometida a prueba. Veruela es un milagro en piedra. Si tratamos de adivinar la razón de la residencia de Bécquer, hay que atribuirle a este ambiente levantado para la oración y el... ensueño. Ensueño fervoroso, capaz de elevarnos a las regiones ideales y de hacernos creer en mundos superiores donde la triste condición humana se realizara con las puras sensaciones de la divinidad.

Hemos querido revivir una noche de Gustavo Adolfo en el Monasterio. La luna rielaba sus reflejos sobre las aguas del surtidor. El viento silbaba entre las frondas del parque, una delicada sinfonía, llena de ecos legendarios que revivían los hechos de Historia, dormidos en el secreto de las tumbas de los Infantes de Atarés. El silencio pesaba sobre estas losas muertas, acompañando su quietud a los murmullos de la Naturaleza. Le hemos visto estático, meditabundo, transportado al verdadero ambiente que necesitara, del cual — tal fué su desgracia — no debiera nunca descender para volver a la trágica y vulgar realidad.

## Las brujas de Trasmoz

**M**UY de mañana, recorremos de nuevo, para despedirnos, el interior del Monasterio. Admiramos detalles aun no vistos. Visitamos con religiosa unción, la modesta celda en que, al decir de la tradición, Bécquer se alojara. Trasponemos la portada bizantina y, desde los escalones de la Cruz negra que sirvieron a Gustavo Adolfo de apacible y tranquila espera de los ecos del mundo, personificados en la tosca figura del cartero aldeano, damos adiós a Veruela.

Vamos en busca de los descendientes de las brujas. Como el nombre del día no tiene *erres*, podemos hablar de ellas a discreción, sin temor a sus maleficios y engaños. Seguridad no despreciable ante las hazañas que todavía se cuentan. Caminamos, pues, al descubierto, teniendo por norte los altos torreones de Trasmoz, recortados allá en la lejanía.

Las brujas de Trasmoz, como las de Barahona y las de Zugarramurdi, han quedado ya clásicas y pasarán a la historia. El poeta les dió tal carta de naturaleza, que será ya imposible el destruir y borrar el mito que eleva a tan modesto lugarejo del Somontano a una alta categoría en la geografía legendaria de Aragón. Y aunque ésta no se halla todavía construída, a pesar de los ricos materiales que a ella pudieran aportarse, secuela, en su mayor parte, de la dominación musulmana que tan importante influencia disfruta en la actual psicología rural aragonesa, Trasmoz ocupará siempre, merced a Bécquer, uno de los más señalados puestos de la magia regional y peninsular.

Hay que convenir, no obstante, en que esta importancia corresponde exclusivamente a la fantasía del poeta y a la divulgación que su obra alcanzó. Apreciado de este modo, podríamos considerar a Trasmoz como una víctima de Bécquer, quien, dominado por su propia imaginación e imbuído fuertemente, como toda la literatura contemporánea, por las creaciones de Shakespeare, aumentó las proporciones de las ingenuas creencias aldeanas, gozándose con una primitiva inocencia que, de modo inopinado, le suministraba una perspectiva o, si se quiere, una ratificación tan real como viviente, de las atormentadas visiones del genio de Stratford.

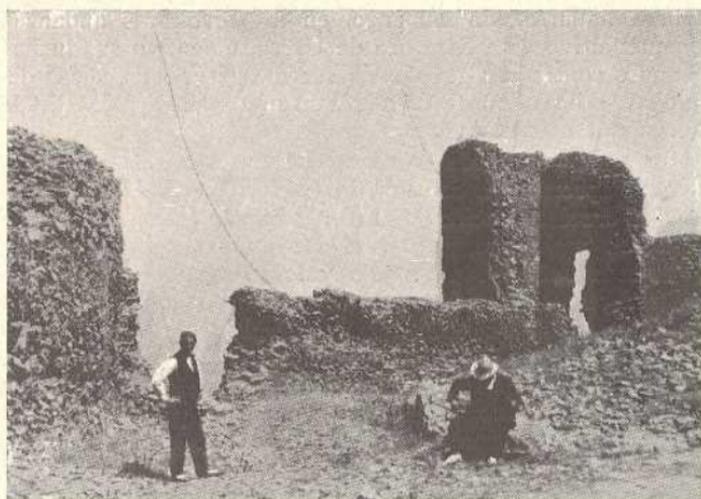
Ello se afirma por la extensión que en sus Cartas concediera a las brujas. Los alrededores de Veruela, entonces



Vista general del castillo de Trasmoz

más inéditos que ahora, podían presentarle y, de hecho, le presentaban, multitud de observaciones y de aspectos históricos, artísticos y de folklore, notables para llamar su atención y nivelar la sensible desproporción existente en aquellas. Pero Gustavo Adolfo, dado literariamente a las influencias, a la sazón muy en boga, del idealismo inglés, e inclinado, acaso, por su origen meridional — factor digno de tenerse en cuenta, al apreciar éste y algunos otros extremos de su obra — se dirigió expresamente hacia las sugerencias populares, recogiendo con fruición, tan lamentables aberraciones, a las que dedicara la mayor parte de sus Cartas, y concentrándolas, para mejor visualidad, en la romántica, por vetusta y arruinada, fortaleza de Trasmoz.

Que dichas creencias existían no es para puesto en duda. Derivación o consecuencia del espíritu medioeval, subsistente aún en las zonas bajas de nuestra estructura, que, a los efectos de la disciplina social, exageraba a veces el sentido terrorífico de las cosas y explotaba la cándida incompreensión de las masas, tales supersticiones han formado hasta nuestros días, uno de los cimientos más robustos de la fe popular. Pero de ahí, a situar, localizar y, en cierto modo, simbolizar en Trasmoz, la desviación ideológica, no solamente de una región sino de una larga serie de pueblos y de edades, hay una distancia que solamente la fantasía y conveniencia literaria puede saltar. *La tía Casca*, protagonista involuntario de una obscura aunque generalizada tragedia, se ha visto inconscientemente elevada hasta las alturas heroicas donde se revuelven y reinan las terribles brujas del Macbeth. Compensación, en medio de todo, del doloroso



Trasmoz: Interior del castillo

martirio a que la obcecación e ignorancia de sus convecinos la condenaran.

Por fortuna, hoy, contra lo que Gustavo Adolfo esperara, las brujas huyeron para siempre. El espíritu de las gentes se ha transformado y esa transformación, unida a la maravillosa intuición de estos campesinos, ha reducido la misión de aquéllas, limitándola a una labor en cierto modo pedagógica, cual es la de difundir saludable contención a las turbas de los indisciplinados pequeñuelos, quienes, en las noches de invierno, cuando el Moncayo lanza sus formidables trenos y el aire rasga con estrepitosos silbidos los frondosos robledales de la Cordillera, recógense calladamente a sus lares, con pavoroso temor de las consecuencias del aquellarre que ellos tienen por complemento natural de tan estruendosas y aterradoras tormentas.

Es indudable, al menos así lo aseguran, que las brujas residieron en Trasmoz, según puede comprobarse por los recuerdos que dejaron. Esa torre desmoronada, aquel corral quemado, tal árbol desgajado que levanta su esqueleto, vaciado por el rayo, en quejumbroso lamento, fueron sus obras. Mas, desde el día en que, según cuenta Bécquer, la *tía Casca* fuera despeñada en popular y enérgica represión, las brujas alzaron su vuelo hacia otras regiones más corteses y hospitalarias.

Lo indudable también es que el castillo de Trasmoz pudo ser un refugio magnífico para sus correrías y fiestas. Levantado sobre eminente altozano que otea una gran extensión de la comarca y aislado de todo contacto exterior, fuera lugar propicio a tales misterios y temores cuyo origen real

pudiera hallarse, sin embargo, en las revoltosas andanzas de aquel altivo vate Ximénez de Urrea, quien, en sus luchas y bandos contra la Casa de Villahermosa — postrimerías del siglo xv — hizo de esta fortaleza su nido para arrojar desde aquí sus desoladoras algaras.

Mas quien, llevando *in mente* las descripciones de Bécquer, se aproximara con nosotros a los muros de Trasmoz, sufriría cruel decepción. Aquella fortaleza levantada por el Diablo en una noche, con sus recintos, cubos, fosos y rastrillos, queda reducida a sencillo y tosco castillo que, tristemente desamparado, va rogando al tiempo dé tregua a su obra para no desaparecer. Es una fortaleza de planta circular, torres rectangulares y cerco unido y simple que rodea al Homenaje, cuyos cimientos señalan haber sido en sus principios una *Posición* del *Cursus* que protegía a la *Vía* romana, trazada en las cercanías. El poeta hizo aquí de las suyas y quiso ver en estos paredones vetustos, las mansiones que él soñara como digno y necesario acomodo de tan ensoberbecidas señoras.

No es solo el tiempo quien agobia a estas ruinas venerables. Destino inevitable de todas las piedras *fuertes* de España, sirvieron de fácil y rica cantera para los edificios del pueblo cuyos materiales denotan con claridad su procedencia. Por quitarle, hasta le arrebataron sus reliquias, como atestiguan dos gruesas balas de piedra de la balística del siglo xv, que el castillo recibió en sus muros, según las huellas que guarda, las cuales sirven hoy de ornamento a una magnífica portalada de propiedad particular.

Más adelante, al visitar los castillos de Añón y Borja, hablaremos del triste abandono en que se tiene a estas piedras, señaladoras de uno de los más admirables esfuerzos de nuestra Historia y, por lo tanto, dignas de todo respeto y veneración.

Ahora, descendamos al Cementerio en busca de las emociones que sugirió al poeta. De todas sus cartas, no hay ninguna, a nuestro juicio, tan lírica, tan expansiva y... tan modesta. Es un canto a la gloria, pero también, un canto a la humildad. A la humildad de estos cementerios lugareños, recogidos y honestos. Misera cerca de tapial, leve crucecilla anunciadora de su condición de *campo santo*, tumbas ingenuas con fervorosas y tiernas inscripciones, superiores a todos los poemas, y — la soledad y el silencio acompañándolas — el radioso cielo, azul firmamento hacia el que miran, directa y libremente, los Muertos. ¡Cómo se debe descansar aquí! ¡Cuán lejos del tumultuoso anonimato de las ciudades grandes! ¡Con qué serenidad han de esperarse en este suelo las llamadoras trompetas del Valle de Josafat! Devotamente, damos rodilla en sus umbrales y, con fervor, besamos la tierra en que descansan Ellos.

Pero, aquí, fuera el Poeta quien hallara turbio y amargo



Castillo de Trasmoz: Torre del Homenaje

desconsuelo. Porque el cementerio de Trasmoz que él viera, por lo menos, el que nos describiera, no existe ya con aquella sencillez que le llevara a deseirlo. La vida nueva ha llegado asimismo a estos rincones, en forma de unas tumbas, pobres, desde luego, pero de una pobreza ostentosa, adornadas con *arrivistas* alardes de panteón que desentonan con el cuadro de austeridad que, primitivamente, diérale encanto.

Pensando en su desilusión, abandonamos el campo santo para inquirir noticias de las brujas. Estas no existen ya. Quedan, a cambio, garridas campesinas de aire gentil y de original porte y belleza. Sobre todo, quedan bravos tipos de raza, como el *tío Félix*, cuyas andanzas y malicias, indicadoras de extraordinaria potencia psicológica, merecen párrafo aparte por sus invenciones y ocurrencias.

Ahora, damos marcha contraria y, por las revueltas del Camino viejo, ruta de las legiones latinas, nos dirigimos a Borja.

## Tipos del Somontano

**A**NTES de entrar en Borja, noble y desconocida cuna de la familia de su apellido cuyo solar guarda, nos detenemos en Bulbiente y Maleján. Estamos en pleno dominio árabe, según puede deducirse de la etimología de estos nombres, además del original y copioso léxico subsistente y hasta de ciertas costumbres y otros tantos rasgos étnicos que se advierten. Léxico y costumbres sumidos, por desgracia, en una obscuridad muy lamentable, a causa de los interesantes estudios a que pudieran dar lugar.

Como es de razón, cada pueblo posee alguna reliquia o gloria. Es decir, Maleján, antiguo señorío de los Beni-Casi de Borja, la tuvo pero ya no existe. Era un bello arco, muestra, al decir de quienes lo vieron, de la Escuela decadente de la Aljafería, resto de alguna mezquita que vino a transformarse, con el tiempo, en rústica vivienda de un también rústico y apacible lugareño; el cual, repetidamente fastidiado por las *visiticas* al arco — el diminutivo aragonés va aquí de lleno — tomó el acuerdo de picarlo para que los curiosos forasteros no le molestaran más. Con lo que Maleján perdió su única gloria y, de sus antiguos esplendores, no le quedó más que el nombre, árabe por excelencia.

En cambio, Bulbiente tiene dos: el Palacio y la Fuente. El palacio es un vetusto torreón romano, antigua *Mansión* del *Cursus*, al que, más tarde, los Abades de Veruela en cuyo dominio entraba, le adicionaron un ala de leve construcción mudéjar que le da prestancia y señorío. En su interior, conserva aún curiosos vestigios, entre ellos una magnífica sala de armas, convertida en granero, donde se ven unos ventanales cubiertos de enormes láminas de espejuelo, a guisa de vidrieras, cuya resistencia se demuestra — allí están las señales de las pruebas — dando briosamente con un pico que se hunde en el yeso sin producir quiebras ni agujeros.

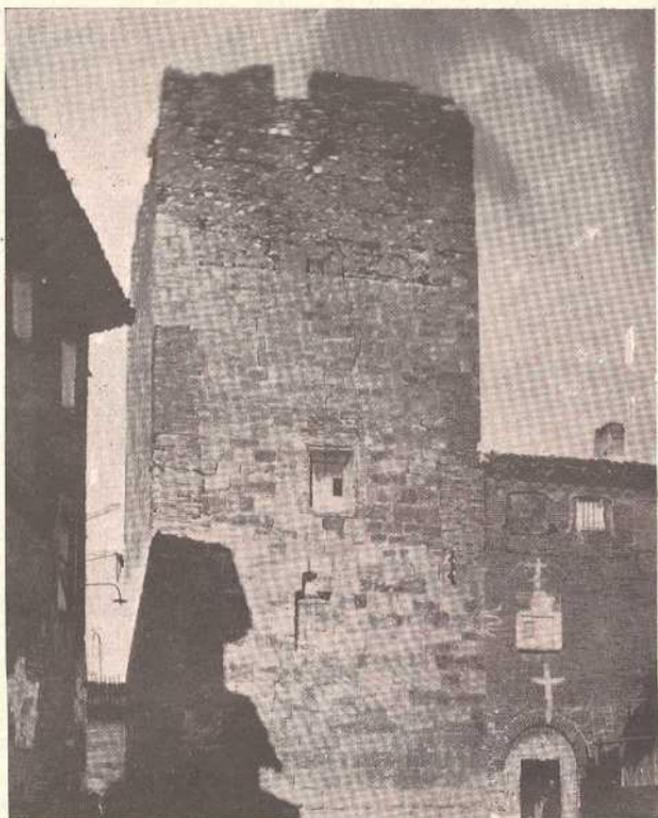
Pero el orgullo de Bulbiente es la fuente. La fuente de veinticinco caños y la *sobradera*. No hay que olvidar a ésta porque, precisamente, radica en ella la fama del lugar. Para estos pueblos, la posesión del agua es motivo, a la vez, de



Tipo del Moncayo

satisfacción e inquietud. Es — diremos — una verdadera filia hidráulica y Costa no pudiera hallar mejores ni más decididos adeptos que estos campesinos. Sorprende el ver la solitud con que la atienden y estiman aunque se les pierde gran parte por culpa del abandono administrativo en que, a este respecto, yacen.

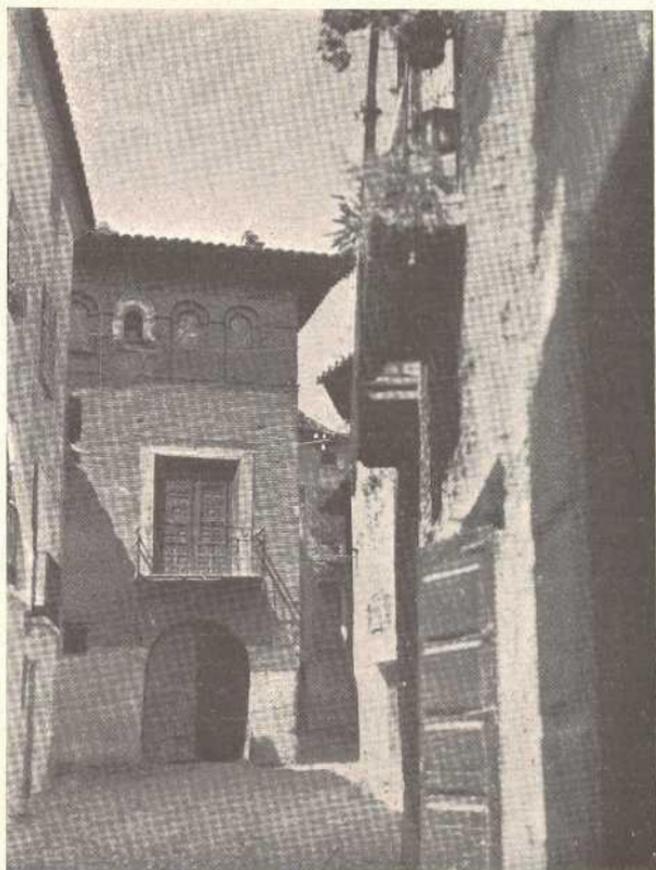
Hay otra cosa admirable, general en toda la comarca y, creemos, en todo Aragón. Son los *motes*. Solamente los de Borja llenan un nutrido cuaderno, ordenados en *verso*, por añadidura. Los hay de varias clases: de tradición y personales. Los primeros pertenecen ya a varias generaciones y los aceptan con mayor complacencia que el apellido familiar. Los otros toman por base defectos o dichos de las personas sobre quienes caen. Son *motes* ingeniosos, originales, sonoros y, en ocasiones, llenos de malicia. Liberal expansión



Palacio de Bulbunte

de la reciedumbre de estas gentes en las que reside un vivero de energía y bravura que hacen concebir las mayores esperanzas para el tiempo en que, debidamente atendidas, pongan a contribución las extraordinarias cualidades que encierran.

Es otro de los consuelos que traemos de nuestras correrías por tierras extrañas. Mientras en los demás países advertimos, a cambio de su adelanto, una decadencia y agotamiento que ensombrece su porvenir, hallamos aquí una pujanza y virilidad que da alas a nuestra ilusión y nos permite esperar en que, algún día, *“el carro de España comenzará de nuevo a rodar”*. Esa pujanza se trasluce en las costumbres, en las expresiones, hasta en los defectos o vicios. Gente franca, llana, de gran inteligencia y de infinita sutilidad. Aquel *tió Félix de Trasmoz* de cuyas agudezas ofrecimos muestra, se halla profusamente repetido y hay que ver



Borja: Plaza de Doña María de Aguilar

la gracia natural de sus decires, sus donosas salidas, el garbo airoso y genial de estos viejos en quienes revive con toda integridad el espíritu de la raza.

¡El *tió Félix!* ¡El *tió Jorge!* ¡El *tió Juan!* Riendo vuestras gracias, va para vosotros, nobles ancianos, nuestra fervorosa simpatía. El *tió Juan* que, analfabeto, fué una vez al Juzgado de Tarazona y, afirma, "*sabía de leyes más que el Juez*". El *tió Félix* que tuvo la presunción de no ser nunca engañado, a cambio de engañar siempre a los demás. Hasta que un día tropezó con un amigo nuestro, joven y también donoso, que le dió el más cumplido de los trueques, de cuyo asombro aun no ha salido y del que todavía se espera la venganza que ha de consistir, parece, en "*meter la burra*", por sorpresa, en la confitería de ese nuestro amigo y hostigarla "*pa que no quede un cristal sano*".

Permítasenos referir con brevedad el incidente, aunque advertimos, desde luego, la poca maña que tenemos y lo difícil de remedar el carácter aragonés que no admite copias leves sin riesgo de caer en grotesca caricatura. Razón del absoluto fracaso de casi todo el teatro que hasta aquí ha pretendido representarlo. Mas deseamos describir lo sucedido para que se admire la repentina intuición de estos comarqueños.

Un día, el *tió Félix* se hallaba tranquilamente instalado en la diligencia de Veruela. Por estar todas las plazas ocupadas, no había lugar para ese amigo nuestro, quien, sin titubear, se dirigió al *tió Félix* preguntándole cómo estaba *ése* de Trasmoz. “¿Quién es *ése*?” “¿No lo sabe usted u qué? Dicen qu’és uno de Trasmoz que paece le han dao un furgazo en Maleján”. El sentimiento local, muy desarrollado por estas tierras, subió, de pronto, en el *tió Félix* y sin esperar a la diligencia y porque Maleján se halla cerca de Borja, echó a andar dejando, razonablemente, el hueco en el que se acomodó el nuevo viajero.

Claro es que cuando el *tió Félix* llegó a Maleján e inquirió noticias de *ése*, no obtuvo razón y cayó en el convencimiento de que, por primera y única vez, según él, le habían engañado. Lo que, además del disgusto, le ocasionó una marcha de doce kilómetros, a pie, naturalmente. Cuando el *tió Félix* salía de Maleján, apercibía a la diligencia caminando a lo largo de la carretera. Después, sufrió nuevo disgusto, definitivo para su fama, ya que, tratando por todos los medios de ocultarlo, no pudo evitar que el hecho se supiera con el consabido y regocijante comentario: ¡*El tió Félix engañado!*

Contamos este suceso para que se advierta cuanto decimos sobre la sagacidad, amor propio — factores de fuerza, en suma — que residen en la región. Es de desear que no queden mucho tiempo desapercibidos y logren ser encauzados hacia las rutas del porvenir.

Entramos, por fin, en Borja, por la Puerta Real de San Francisco que abre paso a una exacta visión del siglo xv. Es el barrio hidalgo con su templo románico — San Miguel —, su plazuela de las Cortes — testimonio de peso en la tan debatida cuestión sobre las de Borja, por Lafuente y otros —, la iglesia mudéjar de Santa María, el Palacio de las Conchas, de soberbios restos ornamentales y sus calles altas, con tal integridad mantenidas en el ambiente árabe, que se espera ver, de un momento a otro, las tocas y albornoces que salen a la oración del Muezzin, encumbrado sobre el morisco alminar de la Torre del Reloj. Por último, el antiguo *Cinto* con la Torre del Pedernal y el Castillo, auténtica acrópolis romana, asimismo maravillosamente conservada, que forma el más preciado tesoro de la historia de la Ciudad.

Estas piedras latinas nos proporcionan agradable sorpresa. Veníamos buscando a Bécquer y, a cambio de sus escasos recuerdos, hallamos una amplia e insospechada perspectiva que abre campo a nuestra excursión. Seguir al poeta por el Somontano es seguir las rutas trilladas de las Legiones de Roma que, en estas piedras augustas, dejaron marcado su paso con el sello indeleble de su grandeza. Al caminar, pues, en pos de Gustavo Adolfo, podremos unir, con la emoción de sus propias andanzas, la que nos suministre el seguimiento de los soldados de Escipión.



## El solar de los Borja

**E**NTRE los pormenores conocidos de la estancia de Bécquer en Veruela, no aparecen datos concretos que permitan asegurar que visitó la comarca de Borja. Sin embargo, el Monasterio pertenece, única y exclusivamente, a ésta por fundación, señorío y hasta por facilidad de comunicación. No debiera ser así, entonces, y Bécquer dió la vuelta por Tarazona, bella ciudad llamada, con justicia, “el Toledo aragonés”.

Es muy de lamentar tal ausencia. Porque, de conocerla, hubiera divulgado el rico contenido de Tradición y de Arte que esta comarca encierra. Contenido valioso, inestimable, recatado por absoluto anonimato que, acaso, ha resguardado y permitido su feliz conservación.

La principal característica de Borja reside en su perspectiva y ambiente. Es una ciudad que pudiera presentarse como muestra de aquellos *burgos* del cuatrocientos, divididos en compartimientos o brazos, albergadores y separadores a la vez, de cada clase social, cada condición y cada creencia. El barrio real o *hidalgo*, de casonas alcorniadas, dotadas de las clásicas arquerías del nobiliario aragonés, alejadoras de pechas y tributos. Los barrios altos o *plebeyos* mantenedores de pura prosapia musulmana a la que solamente falta la peculiar indumentaria. Finalmente, la *Judería*, aun denominada con el expresivo nombre de *Sayón*, anidada, como es de rigor, al amparo del *Palacio*, en ese extraño maridaje de tan alejadas y contrapuestas esencias. Y, dominando el conjunto, alzándose cual ideal Acrópolis, defensora a la par que debeladora, la recia masa del Castillo que da entonación, perfil y, en cierto modo, personalidad propia y exacta a la ciudad recostada a sus pies.

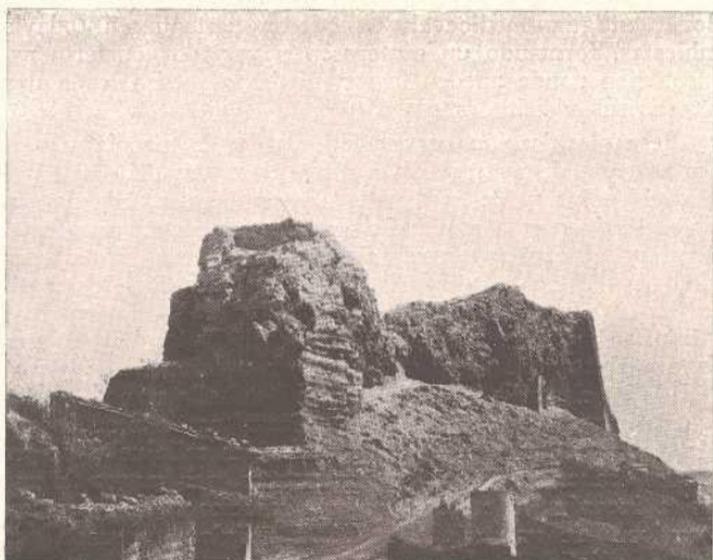
Reflejo de esa estructura es su pasado. En nuestros “*Ensayos de reconstrucción*” creemos haber demostrado la claridad con que, a modo de yacimiento geológico, se superponen y definen, debidamente autenticadas, las sucesivas clasificaciones o grados de su larga trayectoria histórica. La

Borja antigua, medioeval y moderna permanecen todavía enhiestas, formando un pintoresco y variado concierto arqueológico donde pueden leerse, piedra a piedra, cada una y todas sus vicisitudes.

A esa clasificación corresponden, además, propia y particularmente demostradas, las diferentes actividades en que se dividen las nobles artes de la Arquitectura. Siendo notable el advertir la afinidad existente entre esas manifestaciones y el carácter predominante que distinguió a cada edad. Así, el poblado ibérico, el burgo cartaginés, combatido por Amílcar y la *Bursada* o *Bursao* de Ptolomeo y de Plinio, se sobreviven en las alturas del *Cinto*, merecedoras de minuciosa visita, por constituir un original sistema fortificado en el que la arquitectura *militar* halla curiosa y singular representación. La Borja medieval sostiene su fisonomía, tanto en las revueltas e inextricables callejuelas de sus barrios árabes, ayudadas, según decimos, por rasgos de una étnica inconfundible, como en sus edificios seculares, atestigüadores de una añeja tradición religiosa, acusada por pruebas plásticas y documentales, demostradoras de su noble jerarquía. Por último, el Renacimiento afirma sus preocupaciones *civiles* y urbanas, en las mansiones solariegas y, muy especialmente, en el Palacio llamado "*de las Conchas*" que una imprecisa memoria local atribuye al infanzón linaje de Atarés. Todo ello rodeado de leyendas y de una variada multitud de detalles y sucesos que emplazan aquí un extenso campo de investigación y de estudio del que, de sernos permitido, nos ocuparemos más tarde. Porque también existen curiosas modalidades folklóricas y atisbos originales de un derecho consuetudinario, estrictamente comarcano, que sería interesante conocer y divulgar. Tal, por ejemplo, el régimen de riegos, con sus pactos, concordias y servidumbres, motivo de continuos disturbios pero testimonio fehaciente y obligatorio de la legislación medioeval.

\* \* \*

El viajero que, procedente de Navarra, caminara en septiembre de 1118, con dirección hacia Borja, se hubiera visto detenido por un campamento emplazado en la falda de una aislada colina donde se asentara una tienda, ostentando los guiones reales de Aragón. Junto a ella, apercibiría una construcción, de rudo y sencillo aparejo, recientemente comenzada aunque coronada por la cruz. Y, al ser revisado y preguntado, luego de acreditar su condición de cristiano viejo, por los mesnaderos de Bearne, hubiérase enterado que la tienda cobijaba al infatigable Rey Alfonso y que las piedras edificadas resumían un proyecto de ermita, erigida en honor del Señor San Jorge, patrono de la reconquista aragonesa.



Castillo de Borja

La ermita de San Jorge marca, en efecto, el primer jalón histórico de la conquista de Borja. Con la Colegiata de Santa María y el románico templo de San Miguel, antigua iglesia mozárabe, alterada y reconstruída hasta el punto de no quedarle de su primario origen sino la leve imposta circular del ábside y las fajas de su apuntada bóveda, constituye el patrimonio artístico-religioso de la ciudad. Olvidándonos de las restantes iglesias y ermitorios entre los que descuellan el abandonado convento dominico, de no desdeñables tallas y pinturas, y el *Vía Crucis del Sepulcro*, dotado de buena imaginería y de un rico fondo de tablas y lienzos, lastimosamente desaparecido por la ignorancia y el alejamiento que les rodeó.

La citada ermita de San Jorge, desprovista asimismo de su retablo primitivo y también grandemente modificada por posteriores restauraciones, acusa la transición arquitectónica del tiempo en que se levantó. De planta rectangular, provista de una sola nave, es un sencillo y arcaico edificio donde el arte ojival — admitiendo y ello no es exacto, que la ojiva caracterice completamente a ese estilo — pobremente desarrollado e influenciado por la parca austeridad del orden antecesor, a la sazón dominante, afirma ya sus atrevidas proyecciones, en unos arcos resaltados, alternados por simple crucería con claves, en nuestra opinión, simuladas, lanzados osadamente desde el arranque de los muros, reducidos



Sillares romanos del castillo de Borja

a las dimensiones de un estrecho zócalo, recorrido por pétreos bancos que le dan aspecto y presencia de sala capitular. Ese arranque distingue a la construcción por el procedimiento que emplea para vencer las resistencias terminales, confiando a la profundidad y, por tanto, a un corto alzado, la anulación del empuje, defendido a su vez por estribos que sacrifican a la bóveda, su estética exterior.

Pero la manifestación religiosa más importante de Borja, consiste en la Colegiata. Situada extramuros del cerco, fué, en su principio, un reducido templo mozárabe del que guarda invisibles aunque patentes vestigios que le aseguran, por lo menos, románica filiación.

El exterior, confundido y retocado, enseña varios órdenes, realizados por el mudéjar de los laterales que, a guisa de amplio ábside, cubren al presbiterio, por la antigua casa rectoral, de bella *luna* aragonesa, y por la gallarda torre del *reloj*, maravillosa creación del arte morisco-cristiano, capaz de competir con los más notables modelos existentes en España. Destocada del templete superior cuyas líneas modernas desentonan y le quitan encanto, podría aparecer como el tipo sencillo, lanzado y elegante de aquellos *alminares* cristianizados de los que Aragón posee tan admirables ejemplos.

Las desmesuradas proporciones del templo dan fe del esplendor que ostentó en tiempos la ciudad. Su interior, con-

trapuesto abiertamente a lo externo, contiene una amplísima nave del gusto neo-clásico, imperante en la totalidad del edificio, por la reconstrucción efectuada en el siglo XVIII, al derrumbarse el anterior. Mas, dentro de tan absorbente clasicismo, pueden advertirse notables restos y accesorios, a comenzar por las maravillosas tablas del antiguo retablo, milagrosamente conservadas, que, por sí solas, aseguran la mayor atención e interés. Si fueran ciertas nuestras presunciones y a pesar de las atribuciones actuales, dichas tablas, apenas conocidas en el día, harían de Borja estación obligada y dilectísima del Arte español. Son, a nuestro ver, tablas portentosas, procedentes de aquella magnífica floración de las Escuelas levantinas, debida a la protección de la dinastía pontifical de los Borja, que prestaron con ella un verdadero servicio al Arte nacional. Servicio cuyo agradecimiento se diluye en la aureola de torpes leyendas que rodea a esa familia, tan española por sus caracteres y hasta por sus hechos.

La protección de los Borja, a quienes esta iglesia debe su categoría colegial, está asimismo señalada en la erección del Claustro que, si ayuno de toda belleza, supera en extensión a los de muchas catedrales. Allí se refugian otros cuantos restos interesantes y, entre ellos, una lauda sepulcral del siglo XIII, de noble y gótico trazado, cuya singularidad y otras circunstancias, tales como el hallazgo en el siglo XVI, de la imagen románica de la Misericordia, primitiva advocación mariana de la ciudad, encumbrada hoy en el Santuario de su nombre, aseguran motivos de excavación en el removido y cubierto subsuelo. Pudiendo admirarse igualmente la soberbia escultura del Santo Cristo, digna muestra de la imaginería del siglo XVII a la que indudablemente se debe y otros lienzos de las capillas patronadas y gremiales, en donde se destaca un Descendimiento, sobria aunque artísticamente encuadrado, que, por la severidad de su composición, los tonos graves y apropiados de su gama y el tratamiento de sus perfiles y escorzos, en los que entra el consabido aunque aquí no muy extremado alargamiento, parece ostentar ciertas influencias *agrecadas* que lo aproximan a las grandes producciones de las mejores épocas del toledano Theotocópuli.

En contraste con las tablas mencionadas, se levanta el actual retablo mayor, digno de aquéllas por su concepción y grandeza. Es, sin duda, el más perfecto y sorprendente conjunto barroco que conocemos y extraña que en estos tiempos de rehabilitación para tan calumniado y, hasta aquí, desacreditado orden, se haya dejado sin estudiar tan importante manifestación del estilo. Eximido de la pesadez, profusión y recargamiento de que ordinariamente se acompañan estas composiciones, presidido por un sentido de monumen-



Castillo de Borja: Excavaciones

talidad realmente arquitectónico (1) que pesa, mide y pondera la proporción de sus miembros y animado y secundado, por una feliz distribución — y ejecución — de sus elementos accesorios, entre los que se descubre una hermosa estatuaria, consigue una unidad y concierto que impresiona, repetimos, por su majestuosa elegancia. El retablo de Santa María de Borja puede presentarse como inmejorable ejem-

---

(1) El retablo mayor de Borja es un monumento, pura y exclusivamente arquitectónico, que se limita a poner a contribución, sacando el mayor partido posible, a la estatuaria y otros accesorios. El pensamiento que lo preside demuestra un profundo conocimiento de los órdenes clásicos de los que toma las líneas esenciales para producir un majestuoso conjunto que, a pesar de su elevada masa y proporciones, no produce la impresión de lo enorme, recargado y abundoso, propio de las composiciones similares. Los tres cuerpos en que se divide, provistos de bien estudiada perspectiva, están debidamente calculados, dando espacioso campo y relieve a la imagería cuyo grupo central, consagrado a la exaltación de la Virgen, es otro de los más excelentes conjuntos escultóricos que podamos contemplar.

plar de aquel orden con el que, según Otto Schubert, "*España supo hablar a la humanidad, poniendo en él lo mejor y lo último que poseía de su pasada grandeza*".

Las dependencias colegiales contribuyen, por su parte, a demostrarnos un pasado opulento, ejecutoriado en el copioso y, hasta hoy, inexplorado Archivo. Por el simple ojeo efectuado, podemos asegurar que allí residen las pruebas de numerosas incógnitas históricas, a comenzar por las referentes a los Borja, cuya atención hacia el solar de su nombre, está patentizada por la cantidad de Breves, diplomas y cartas papales con su correspondiente sigilografía, contenidas en aquél, y por el nutrido relicario de la iglesia, enviado, en ocasiones, desde Roma, que lo convierten, acaso, en la mejor *lipsanoteca* de la diócesis. Y fuera bueno estimular el sondeo de tan nutrido venero documental que, ayudado por la colección de los venerables *Gestis* y demás infolios guardados, sacarían a luz multitud de problemas inéditos cuya solución aparece suspendida sin posible interpretación.

\* \* \*

La historia de la ciudad es tan pródiga en sucesos como desgraciada en su definición y exacto conocimiento. El cerco murado de su *Cinto*, del que después hablaremos, nos enseña la importancia que en la antigüedad alcanzó; al ser convertida en *Civitas* romana cuya posición, como llave estratégica entre Zaragoza y la meseta, debió ser muy disputada y, por lo mismo, muy abastecida y arreciada. La muerte de Alfonso el Batallador dará lugar a enconada y aun no terminada controversia sobre las famosas Cortes de sucesión cuya realidad quiere negarse, en contra de los testimonios de crónicas y documentos, que, si bien no deben ser estimados como sujetos de veracidad irrefutable, dado el ambiente, tiempo y forma en que, por lo general, fueron escritos, no pueden tampoco refutarse de modo definitivo. Los analistas medioevales nos describen a Borja como una estación fortificada de superior interés. La *Historia Roderici*, por ejemplo, nos habla del valor atribuido por el Cid a la posesión de esta fortaleza, a cuyo efecto emprende dos expediciones desde Alfaro y Morella. Las banderías ocasionadas por las ambiciones de Trastámara, darán asimismo, a su castillo, un relieve eficaz que le ocasionará el ser donado, como máxima prueba de los máximos honores, al francés Du Guesclin, en quien, con tres siglos de intervalo, se renovará la única y extranjera servidumbre que la ciudad sufriera con el señorío de Bearn. Las estratagemas del Rey *malo* de Navarra, las peripecias y sobresaltos de las luchas de los Pedros de Aragón y de Castilla, los constantes homenajes y las no menos frecuentes garantías, concederán

permanente actualidad a la ciudad hasta culminar en la aparición del linaje de los Borja, que, esparciendo su nombre por el ámbito universal, promoverán infinidad de cuestiones, aun no investigadas ni aclaradas en su recta trayectoria genealógica, en la que se barajan multitud de supuestos y opiniones, raramente confirmados por autenticidad testifical.

No es este el lugar donde pueden afirmarse o rebatirse semejantes conjeturas. Pero sí aduciremos las razones que las *Piedras* nos proporcionen y aquí, las piedras, acompañadas por leyendas y tradiciones a las cuales siempre conviene conceder determinado respeto, nos *hablan* de tales sucesos, perseverados en la conciencia local, desde tiempo inmemorial. La plazuela de las *Cortes* con su contigua *Casa del Rey*, nos aporta un singular argumento. El palacio de Atarés nos indicará también la presencia de tan discutido e importante personaje. En fin, la Torre solar de los Borja, así calificada hasta en el cosmopolita Baedeker, nos dirá con inefable exactitud, el origen de tan preclara familia. Sin contar otros cuantos ejemplos que pudieran pesar en las citadas discusiones, efectuadas, de costumbre, con entero desconocimiento de los lugares y de la toponimia y narraciones orales que, en estos pueblos y rincones, tan herméticamente cerrados a toda actividad exterior, ostentan ordinariamente un fundamento certero de verdad y persuasión.

Artísticamente consideradas, las piedras *civiles* de Borja, si no muy numerosas, contienen motivos de especial atención. Sobresale el palacio de las *Conchas*, así denominado por los enormes y bien forjados clavos que signan al ferrado portón, como ofrendados exvotos de peregrinación a Compostela. Es un edificio que, por la calidad de sus restos, hace adivinar su retrospectivo fasto y merece ser calificado de regio y de suntuoso. El escudo de armas, albergado en gótico arrabá, soportado por tenantes y timbrado por lujoso yelmo sobre el que, a guisa de cimera, se alzan un enigmático rostro y flechas, acompañado de otras conchas, es la pieza más importante de la heráldica borjana. Su fecha — 146... — y divisa son ilegibles pero, dada la rigurosa disciplina del blasón existente hasta el siglo XVI, en Aragón, bastan para anunciar un linaje esclarecido, entre las principales Casas del Reino. El conjunto del escudo, puerta y zaguán, anterior al renacimiento aragonés, acuerda su traza con las veladas labores del maderamen y los no borrados arcos conopiales de la *luna*. Por fin, las vastas estancias demuestran seguidamente, su clase de aristocrática mansión.

Mas lo que ciertamente cautiva, son los vestigios de su ornamentación consistentes en la portada del único salón subsistente y en la bella *logia* exterior que, aunque murada, demuestra su primitivo destino de galería descubierta, tal como, de acuerdo con nuestras anteriores suposiciones, ha

sido representada en el Pueblo español de Barcelona, cuyos organizadores tuvieron el acierto de copiarla.

Dicha ornamentación es muy original. Su conocimiento sería caro a Dieulafoy, empeñado en atribuirnos permanentes influencias orientales. La portada anuncia, en efecto, una composición donde, pese a sus complicados rasgos mudéjares y renacentistas que excluyen, sin embargo, al plateresco, más sencillo y elegante, se nota algo extraño, exótico, diríamos importado. Esta impresión sube de punto, no sólo en las esbeltas arquerías de la logia, sino, muy principalmente, en el frontón que, a modo de escape de la galería, se abre sobre la fachada lateral del palacio cuyas tracerías, a base de flora, festones y fauna, con suma perfección dibujadas, atestiguan influencias que se acercan, como Dieulafoy quisiera, a un marcado aire oriental y recuerdan en cierto modo, a un bizantino *degenerado*.

La fecha del escudo, antes rodeado de yeserías, similares, cuya huella se descubre, nos indica los tiempos de las andanzas italianas de Alonso V de Aragón. La *logia*, de caracteres infrecuentes en las modalidades arquitectónicas regionales, nos descubre un italiano producto. No es, pues, aventurado el atribuir tan raro aunque bellissimo exorno, a la fantasía de un noble caballero borjano que quiso conmemorar en su solar, las lejanas aventuras de su ajetreada juventud.

Tan fastuosa residencia marca una serie de etapas urbanas y militares que conducen al Castillo, representadas por variedad de casonas, de rancios timbres y encumbrado abo-lengo. Mas, la primera estación en que nos detendremos, es en la Torre del Pedernal.

¡La Torre del Pedernal! ¡He aquí un nombre tan recio como la raza! ¡He aquí, también, unas piedras tan recias como el nombre! ¡Piedras vivas, habladoras, como los más preciados timbres heráldicos! ¡Piedras augustas, venerables, donde yace enterrado todo un breviario de la Historia de España y unas páginas, por confusas no menos brillantes, de la Historia universal!

Los diversos materiales que la componen, atestiguan, claramente, tal resumen: un lienzo romano de la antigua *Mansio Civitas*, apoyada sobre la *Positio*. Cuerpos de edificio asentados con los clásicos ladrillos estriados de las construcciones moriscas. Recinto, hoy derruido, de apariencia medieval, con noble piedra de armas, portadora de las simbólicas nueces de los vencedores de Amiens. Por último, el pedernal que la rodea y le da nombre, motivador de su ocupación por las huestes napoleónicas, como arsenal providente y entusiasta de los fusiles de chispa de Zaragoza.

Con todo, el interés predominante de la Torre radica en la Familia a que dió luz. Porque es de aquí, de donde, un

día, partieran en ardorosa mesnada, unos cuantos caballeros borjanos, obedientes a los llamamientos de cruzada del Rey conquistador. Llegaron a Valencia y dominaron el Reino, afincándose en las tierras de Gandía que el monarca les donó. Pero, fieles a la Ciudad de su origen y llevando en su recuerdo la silueta adorada de su solar infanzón, tomaron el nombre de aquélla, dando pie a la familia de los Borja ocupadora, con el tiempo, de los más altos sitios de la Cristiandad.

¡ Los Borja ! ¡ Familia revuelta y altanera, de complicada psicología e infinita sutilidad ! ¡ Rodrigo, César y Lucrecia, nombres de guerra e intriga ! ¡ Francisco de Lombay, nombre de mansedumbre y de paz ! ¡ Política y mística ! ¡ Santidad y lujuria ! ¡ Dinamismo y quietud ! Todas estas impresiones y otras más, duermen sobre ese montón de piedras olvidadas, llamadas, por desgracia, a desaparecer. Mas ellas cumplieron su fin y allá, entre las páginas de los anales patricos, quedarán fijadas, perennemente, como solar esclarecido de una esclarecida multitud.

Subimos, por fin, al Castillo, que se compone de dos partes: el Cinto y la Fortaleza. El *Cinto* es la primitiva Ciudad, la *Civitas Positio*, auténtica, inmutable, felizmente conservada en su trazado poliarcético, de innegable procedencia latina. Recinto edificado a pico sobre el ingente peñascal que dió causa a su emplazamiento, desde donde podía otearse el movimiento de las *Vías*, de *Manlia* a *Turiaso*, de *Cesaraugusta* al Moncayo.

El Castillo reviste una complicada estructura, de difícil orientación. En nuestra opinión, es uno de los ejemplares más originales que se poseen en España y constituye un curioso problema del arte de fortificar. Quien, llevado de la importancia y nombradía de esta Fortaleza, atestiguada por numerosos documentos — salvo la accidentada donación a Du Guesclin, perteneció siempre a la Corona — llegue a sus pies, quedará extrañado al ver que, reuniéndolos, sin embargo, no demuestra ni enseña ninguno de los accesorios comunes a la fortificación medioeval. Ni torres, ni fosos, ni barbacanas, ni almenas. Es un informe peñasco, dotado, aquí y allá, de restos de muro, pegados al núcleo de la construcción. Aunque se adivina la mano del hombre y, por su masa y proporciones, pudiera clasificársela como ciclópea.

La clave del problema reside en su mismo emplazamiento que obligó a conservar le planta y traza inicial, dada por los primeros edificadores. Las excavaciones que hemos practicado nos afianzan en la idea. Alzado sobre estrecha y larga colina, formando una altísima e imponente mole rectangular, revestida de sillares, no dispuso nunca de lugar para serle adicionados las innovaciones y elementos posteriores con que se enriqueció la arquitectura militar. Razón por la que,

repetimos, guardó a través de las edades, su primitiva forma latina, no consintiendo otras reformas que aquellas interiores que la destreza de los árabes pudo proporcionarle. Entre ellas, figura una extensa red subterránea que da base a numerosas leyendas, algunas, como la de la "*Mora encantada*", de sugestiva belleza y tradición.

Por igual causa, su desmantelamiento hubo de ser original, ya que, en lugar del corriente desgaje de aristas y dinteles que obliga, a fecha segura, la ruina de un edificio, tuvo que procederse a la inversa, cegando sus vanos con poderosa mampostería y haciéndole recipiente de sus propios escombros que no podían desprenderse sin aplastar a la población. Motivo, también, de la dificultad de la excavación para conocer su contenido que, de cuando en cuando, arroja distraídamente algunas monedas ibéricas y romanas que entretienen y alimentan su curiosidad e interés.

Estamos, pues, en pleno ambiente latino. La fuerza de Roma se nos presenta en estos muros enormes, gigantescos, de líneas rectas y esquinadas que parecen inspirarse en la grandeza y rigidez de los órdenes clásicos. Con poco gasto de imaginación, podríamos revivir alguna de aquellas horas solemnes en que los trágicos estertores de Numancia, repercutidos a través de las oquedades de la cordillera, resonaban sombríamente, por toda la superficie peninsular. Los nombres, las piedras, el cielo límpido y claro como los horizontes del Lacio, contribuyen a la evocación. Desde la atalaya del Castillo de Borja, férrea planta de las Legiones invasoras, podemos lanzarnos a su seguimiento, en un itinerario, exactamente reconstruído, que ha de asegurarnos motivos legítimos de sentimiento y emoción.



## VI

### La frontera de Santillana

**P**ERO, antes de escalar las cumbres, afán supremo de nuestro recorrido y homenaje que nuestra emoción quiere rendir al *Magister Pater* de la comarca, conviene seguir las rutas trilladas del Somontano, en busca de sensaciones inéditas que acrecentarán las vibraciones de tan subjetiva y vehemente ilusión. Como Loti a quien citábamos y siguiendo, en parte, los consejos de Barrés, vamos en zigzagueante caminar, sin otro guión ni referencia que las cimas señeras del Moncayo. Y asombra la cantidad y, aún, la calidad de las sorpresas que asaltan al viajero por estos rincones ignorados cuyo menor lugarejo, diríamos mejor, cuya menor parcela guarda insospechados y prodigiosos tesoros de Arte y de Tradición.

Así, la otra tarde, cuando, impresionados por la grandeza de Veruela, flotando aún en los aires, las tumultuosas y extrañas sugerencias que la austera Abadía cisterciense, con su profunda regresión del tiempo, introdujera en nuestro espíritu, nos dirigíamos a visitar el humilde ermitorio de la Aparecida, en cuyas piedras, demasiado renovadas, por desgracia, se encierran los principios legendarios de la obra de Atarés, hubimos de vislumbrar, allá en la altura, un pequeño pueblecito, de tan sencillo y, al parecer, insignificante aspecto que solamente una curiosidad siempre en acecho y, acaso, un presentimiento o intuición de lo que allí nos aguardara, fueran capaces de afrontar las arriscadas y penosas laderas del nido roquero de Alcalá.

Que nuestros presentimientos no resultaron defraudados nos lo dirá el siguiente índice: una iglesia señorial, cuajada de nobles y bien esculpidos blasones del Cardenal-Infante, ayudados a modo de tenantes, por las armas de aquel Abad Lupo, desconocida pero eminente figura que supo plasmar en las piedras somontanas, su diligente e increíble actividad. En la iglesia, de estupendos — medimos la palabra — y primorosos florones cincelados que obran a modo de joyeles en el sencillo carácter del templo y entre imágenes admirables y muy originales — un San Sebastián, por ejemplo,

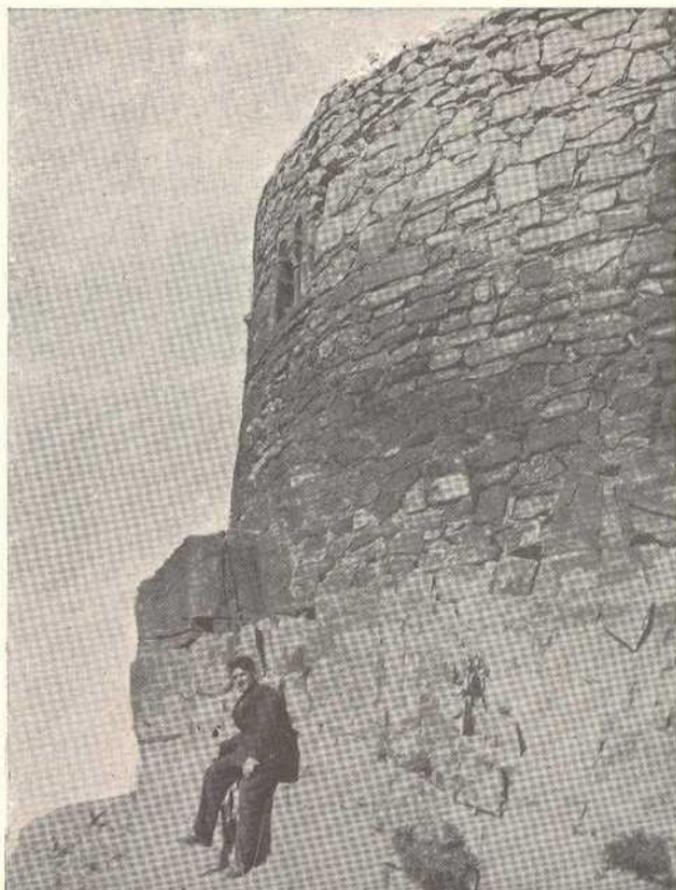
auténtico Capitán de los Tercios, con su mostacho, perilla, banda, capa y gorguera, piadosos anacronismos frecuentes por estas tierras, a los que el pueblo, con más atinado sentir que algunos de sus dirigentes, se empeña en consagrar la más ferviente de las devociones, sin consentir su pretendida sustitución — vemos una hermosa Virgen sedente, magnífica talla románica, muy bien conservada y unas tablas cuatrocenistas entre las que sobresale un Descendimiento, hallado, según referencias, en los desordenados residuos de un *bric a brac* campesino, que denota fuertemente las influencias flamencas aunque su singular composición y sobrio colorido, nos inclinen a concederle también, orígenes más meridionales (1).

Mas el hallazgo principal de Alcalá reside en un bellísimo ajimez, engastado cual piedra refulgente, en el tosco mampuesto de un enorme cubo, encastrado y perdido ahora entre rústicas construcciones. Una doble interrogación se levanta ante nosotros. Porque su clasificación resulta tan incierta que tememos dar rienda a la fantasía, al conceder a tan sorprendente ventanal, dentro de su indudable romanismo, un matiz mozarabizante — a tal conduce su trazado — y al atribuir al torreón un origen *latino* que apoyan su situación estratégica, los arcos ya casi derruidos de sus plantas, en cuya labra y material pueden adivinarse unas manos clásicas y los restos de *vías* que conducen a las fundiciones y escoriales no lejanos de Añón.

El cubo demuestra pertenecer a importante fortificación. El ajimez acredita un interior *civil*, de refinamiento cortesano. ¿Qué enigma encierran estas piedras? ¿Cuál fué el impulso que dió idea y realidad a esta hermosa muestra de un Arte que, tal vez, no pueda hermanarse en Aragón sino con el lejano templo de Foces? Preguntas sin respuesta que aumentan e iluminan nuestra emoción y la encaminan, de nuevo, a ese obscuro período de la Historia donde se acredita nuestra ejecutoria latina y se demuestran y descubren los principios de nuestra primera unidad. Así, en estos rin-

---

(1) Cada día se hace más imprescindible el dedicar atención a los fondos de estas iglesias lugareñas, estableciendo inventarios rigurosos que aseguren su conocimiento y, al mismo tiempo, su custodia. Es algo tan urgente que su falta origina muy dolorosas sorpresas. Porque, con todos los respetos debidos a su sagrado ministerio, asombra la carencia, no ya arqueológica sino sentimental y estética, del clero rural, demasiado dado, por celos profesionales pero irreflexivos, a cultivar lo que Huysman, el gran escritor católico, denominara donosamente, las estúpidas *bondieuseries*. Los atentados de este orden son innumerables y cuesta trabajo el hacerles ver que ninguna de las modernas creaciones de la estatuaría industrial ni, tampoco, las tan deseadas renovaciones de los templos, pueden sustituir a estas imágenes y accesorios arcaicos que suman a su posible y, en ocasiones, alto valor artístico, otro mucho mayor e insustituible además: la tradición religiosa de nuestros pueblos, encarnada en esas imágenes y ambiente, ante las cuales desfilaron, en fervoroso sentir, el rosario de nuestras generaciones. Y la tradición ancestral es uno de los más poderosos resortes de la Fe que, hoy más que nunca, conviene conservar.



Alcalá de Moncayo: Cubo de la antigua fortificación

cones extraviados del Somontano, por estos desiertos agresivos, situados, diremos, al margen de todo conocimiento y, hasta ahora, de toda curiosidad, un espíritu inquieto se ve asaltado por tal multitud de testimonios y por tal suma de recuerdos, en todos los órdenes y de todos los tiempos, que, insensiblemente, marcha ya en busca de la continua sorpresa y en espera de su correspondiente emoción. Y, quizás, no sea la menor de una y otra, la de toparnos, en plena serranía del Moncayo, con el noble Marqués de Santillana.

¡ Santillana! ¡ El grande y altivo señor! ¡ También, la doble e incierta figura! ¡ Cuántos recuerdos despierta tan insospechado encuentro! De un lado, los tiempos tumultuosos de aquellos infelices reinados de Castilla, de cuya decadencia y miserias salieran, como Marañón anota, las épocas más venturosas del pasado español. Tiempos de pasos honrosos,

de trovadores y de fiestas. Pero, a la vez, tiempos de fronda que marcan el sangriento itinerario de Escalona a Olmedo y Valladolid. La Corte del rey Don Juan, el Condestable de Luna, el revoltoso Infante aragonés, Villena, Santillana, en fin, tienen aquí su cumplida y férrea representación. Mas, de otra parte, apuntan, asimismo, las gracias de aquel renacimiento literario que hacen olvidar tan desordenado reverso y esas gracias aparecen en las lozanas canciones con que el poeta-Marqués, frontero involuntario de estas Marcas, celebrara las donosuras de sus valles y de sus zagalas:

En toda la su montaña,  
de Trasmoz a Veratón,  
non vi tan gentil serrana...

Y es de creer que el poeta conociera los más escondidos repliegues del contorno y que las serranas que, cuatro siglos más tarde, maravillaran aún a Bécquer, fueran de positiva belleza:

Bien vos digo que en España  
non vi otra de tal guisa,

porque, en sus composiciones, se anotan todos los lugares conocidos — Añón, Vozmediano, Morana, etc. —, y se ponderan virgilianamente sus hermosuras femeninas:

Serranillas del Moncayo,  
Dios vos dé buen año entero,  
ca de muy torpe lacayo  
fariades caballero,

alabándose el Marqués de las mismas:

Yo loé las del Moncayo  
e sus gestos e colores  
de lo cual non me retrayo

y llegando, según sospechamos, a ponerlas por término de comparación en aquellos versos, los más populares y divulgados de su obra:

Moça tan fermosa  
non vi en la *frontera*  
como esta vaquera  
de la Finojosa.

La frontera, en este caso, era, sin duda, la Marca del Somo-montano.

\* \* \*

En otro lugar, al estudiar tan complicado personaje, hemos indicado el acierto feliz con que en él se juntaran las características de su época. Advertíamos allí, la dulce sensación que se nota cuando, en los estudios de preceptiva, luego de pasar por las ingenuas y arcaicas formaciones del Roman-cero, primeras manifestaciones poéticas del idioma, que tan bien convienen al sabor medioeval y de las rudas y escabrosas sutilezas del Arcipreste y Berceo, se llega a las sua-



Castillo de Vozmediano: Vista general

ves y ligeras serranillas del Marqués de Santillana. En éstas, sentimos algo nuevo, como un cambio que se opera no solamente en el lenguaje sino en la vida misma. Es que las serranillas obran a modo de precursores que anuncian un renacimiento y demuestran que, en efecto, su autor fué el primer renacentista de España, o, por lo menos, de Castilla. Cantos bucólicos, poemas de égloga, luces claras y serenas, hasta en sus traducciones dantescas. Cantos, poemas y luces plasmadas, además, en piedra, ya que a Santillana se deben los delicados calados del Real de Manzanares, última expresión, según Lampérez, de la medieval arquitectura.

Pero, junto a esto, surge una extraña figura que nada entre tenebrosas conspiraciones y encubre una complejidad obscuramente siniestra. Hombre de ambición y de guerra, parece poco escrupuloso en sus gestiones, haciéndose, en oca-

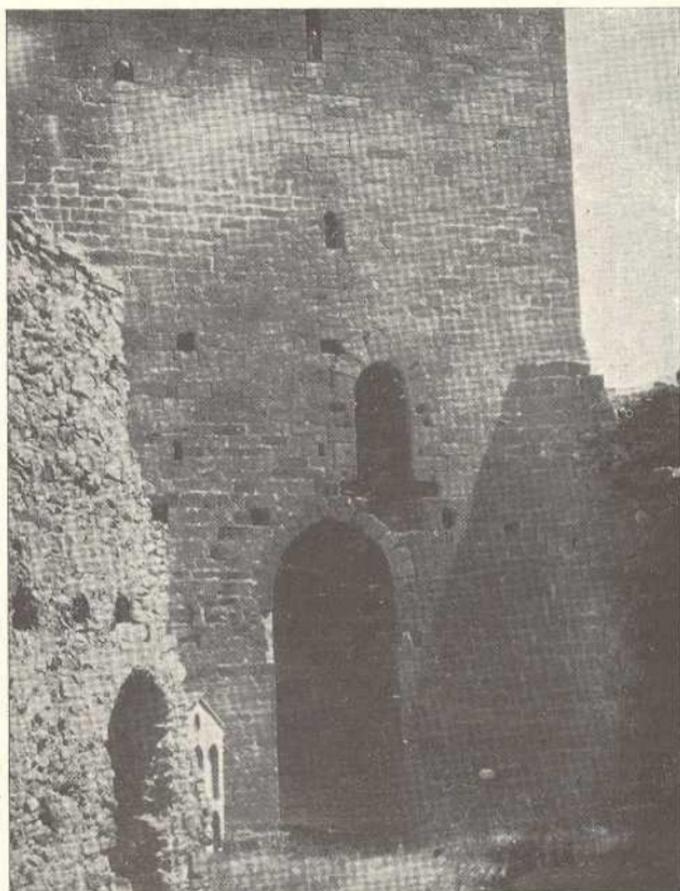
siones, sospechoso — su cargo de fronterero del Somontano al que fué por repetida y seria amonestación, lo enseña — en su lealtad y en su conducta. Hombre, en suma, de lanzas y mesnada que tiene su perfecta expresión en los enhiestos muros de Buitrago — su mansión predilecta — y, también, en esta fortaleza de Vozmediano en la que ahora vamos a penetrar.

Porque, aunque Vozmediano perteneciera a Castilla y en sus piedras se denoten la fuerza e influjo de la otra vertiente del Moncayo, cae tan de lleno en el dominio de éste que es imposible separarlo. Los mismos habitantes se ufanan con brío de tal ejecutoria, aduciendo sus seculares privilegios de Marca fronteriza y proclamando su doble condición castellano-aragonesa. Aparte la estrecha relación económica mantenida con el resto de la región, que reduce los antiguos límites a una mera y política división.

Si el Moncayo posee en Veruela uno de los más perfectos ejemplares de la arquitectura religiosa de los tiempos medios, tiene asimismo en Vozmediano un completo testimonio de la construcción militar. Nada nos hiciera suponer aquí semejante fortaleza gótica, abastecida de cuantos elementos necesitara, al decir de Viollet-le-Duc y de Enlart, el arte de la defensa. Es un castillo imponente, alzado sobre ingentes breñaes, provisto de un doble y formidable recinto, amparado por el Homenaje y una torre caballera donde se abre su única entrada, resguardada por su trazado acodado y un robusto matacán en cuyas alturas está colocada la campana del pueblo, movida a distancia por original y bien pensado medio que evita las peligrosas subidas, además del ahorro de ciertas obligaciones y gabelas, de neto sabor antiguo, que los repiques y demás sonos litúrgicos cargaban sobre el modesto erario municipal. Nota pintoresca del ingenioso humorismo campesino que da su color y alivio al triste aspecto de la fortaleza, destinada al sagrado ministerio de cementerio del pueblo.

La torre del Homenaje, de colosales proporciones, en la que, por singular convenio al que pudiéramos otorgar sentido y hasta poético simbolismo, se entierra solamente a los niños, encierra un sistema de grandiosos arcos ojivales, sustentadores de los techos derruídos. Allí, se muestra una lápida romana, imposible de traducir, amén de los multiplicados signos de los sillares, algunos similares a los de Veruela, que anunciarían su coetaneidad, y de unos curiosos relojes de sol, trazados en el aparejo de otro robusto torreón, punto meridiano, sin duda, a juzgar por el que lo ha sustituido para consulta de los habitantes del lugar.

Los primitivos accesos a las torres estaban colocados, según costumbre de las fortificaciones mayores, a la altura de los pisos superiores, adonde se llegaba por un puente levadizo o por móviles peldaños. Y las escaleras de subida a la



Vozmediano: Vista interior del Castillo

meseta o de descenso a los departamentos inferiores, se hallan disimuladas en el muro aunque guardando aquel precepto esencial de los tramos contrapuestos y aislados por las correspondientes estancias de armas, para impedir toda sorpresa. Siendo verdaderamente notable el trazado de estas escaleras, compuestas de una sucesión de pequeños arcos ojivales, muy bien adovelados, que dan sensación de Arte en semejante espesor.

El muro oriental posee doble singularidad. La primera, la de cerrar en ángulo recto, sin torres ni cubos de flanqueamiento, confiado a las asperezas del peñascal en que se asienta. La otra, más extraña, es la de mostrar un triple y superpuesto sistema de almenaje, anunciadores por su aparejo y altura, de las transformaciones exigidas por el perfeccionamiento de los medios ofensivos. Al contrario de lo ejecutado

en construcciones similares, los reedificadores dejaron aquí intactas sus primitivas defensas, levantando, según lo exigían las necesidades del tiempo, la altura y extensión de las cortinas. Detalle que permite leer en Vozmediano, las marcas y aun las fechas del progreso militar.

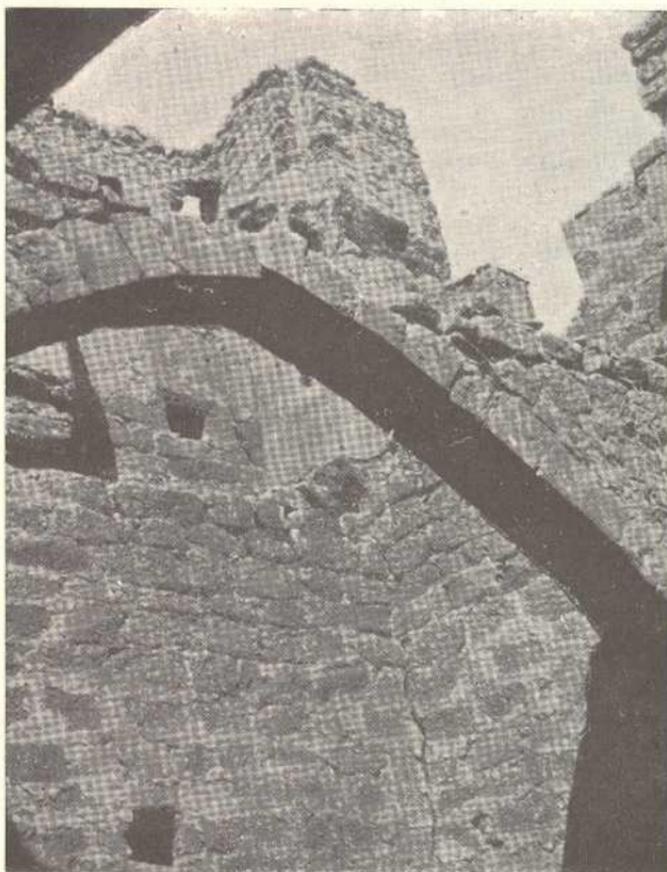
Finalmente para comprobación de los asertos populares que dan a estas "*obras de moros*" el misterio de comunicaciones y cámaras subterráneas en donde se refugian todos esos mitos legendarios cuya recopilación, como decíamos, fuera conveniente recoger, se abre sobre los manantiales del Queiles que allí mismo alumbra su copioso y bien aprovechado caudal, una triple mina de arcos robustos, antaño también fortificados, que ayudaban a la defensa del castillo, permitiendo su abastecimiento y salidas, al mismo tiempo que echaban los cimientos de la poderosa industria hidráulica moderna, mediante la explotación de minas y fundiciones de cuyos restos quedan suficientes huellas y hasta ciertos instrumentos que, por su valor arqueológico para el arte de la antigua forja, fuera prudente retirar antes de su definitiva dispersión (1).

Al lado de estos descubrimientos, es necesario señalar la sensación de riqueza, asimismo inexplorada, que anuncia para toda esta comarca del Somontano, el más opulento y seguro porvenir. El viajero queda impresionado por el olvido inexplicable de estos multiplicados veneros, abiertos a flor de tierra, en los que, acaso, desde los tiempos de Roma, el hombre no puso ni su mano ni, siquiera, su ambición. La falta absoluta de comunicaciones es causa de tal anonimato. Pero se hace penoso el sentir de modo tan palpable, el abandono de tanta riqueza. De ahí la necesidad de abrir el Moncayo a todos los aires, dotándole de medios de acceso que permitan conocer no solamente, y ya es mucho, sus inéditas y prodigiosas bellezas, sino, también, sus promesas materiales, redimidoras eficaces de buena parte de la economía nacional.

El desconocimiento del Moncayo, cuna de la unidad peninsular, ejecutoria por su nombre, sus gestos y aun su símbolo, de nuestro precedente latino, es, históricamente considerado, algo inconcebible y doloroso. Mas si a ello se añade el desaprovechamiento de sus posibilidades, la no utilización

---

(1) Nos permitimos llamar la atención sobre este herreramental. En Añón, Vozmediano y otros lugares, hemos encontrado diversos útiles entre los que sobresalen unos pesados y enormes martinetes procedentes, al decir popular, de las antiguas "*fundiciones de los moros*", pero, sin duda, de mayor antigüedad. En los *escoriales* de Añón, mercedores por sí solos de un detenido estudio, se hallan enterrados algunos para evitar su desaparición. Los otros están abandonados a merced de la desaprensión o curiosidad. Creemos sería conveniente trasladarlos a lugar seguro, tanto por su valor arqueológico como por los argumentos que proporcionan sobre el obscuro problema de las primitivas explotaciones mineras del Moncayo.



Vozmediano: Arcos ojivales de la Torre del Homenaje

de sus empresas, en fin, la ignorancia de sus ingentes recursos que a sola vista aparecen tan fecundos y prometedores, habrá que pensar y creer en el destino elegíaco de España. En esa elegía irremediable y fatal que aquí, desde las alturas de la Torre mayor de Vozmediano, ante estas ruinas augustas, cobijadoras de las ingenuas tumbas campesinas, suena imperiosamente, limitando los horizontes humanos y recordándonos que

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar  
que es el morir.

Por España, por Aragón, se hace imprescindible que en el Moncayo, junto al sentimiento trágico del pasado, surja la noble y próspera flor de la aspiración y de la esperanza.

## VII

### Las Piedras místicas

**E**N un ordenado estudio de la estancia de Bécquer en el Moncayo, el primero y más importante problema a esclarecer es el referente a su descubrimiento de Veruela y a la trayectoria y etapas que le condujeron allí. Ya advertíamos la curiosidad que, en nosotros, había despertado tal misterio, avivada por las circunstancias que concurrieron a dicha estancia y las consecuencias, todas capitales, que, para la vida y porvenir de nuestro poeta, tuvo su venida al Somontano.

La personalidad subjetiva de Bécquer no es apenas conocida por insuficientemente explorada. Los biógrafos de Gustavo Adolfo, influenciados por el determinismo sombrío que se desprende de su obra, partieron siempre de un lugar común cual era la aceptación de un estado *interior*, diríamos de una formación irremisiblemente atormentada y pesimista, alejada de las particularidades materiales y volando por las alturas siderales, llevada de su exaltada y soñadora imaginación. Así ha llegado a forjarse esa idea que le representa como un sér incorpóreo, cual "*un coeur tout blanc, d'une blancheur immaculée*", según lo define Valter, todo dulzura y mansedumbre, perfecto ejemplo de una existencia desgraciada y elevado exponente de la fatalidad. Excelsa estampa romántica a la que convienen y se unen las imágenes conocidas de la limitada y, a nuestro juicio, también incompleta iconografía becqueriana.

Hay motivos para pensar que la realidad física del poeta no fuera así, sobre todo, en sus primeros años y en los tiempos que corrieron, precisamente, hasta su llegada al Moncayo. Los pormenores poseídos abundan en presentar un sujeto desenfadado, sutil, de cáustica aunque graciosa ironía, enamorado de concreciones tangibles y animado por fogosa y alentadora ambición. Sus quimeras y fantasías tienen, muchas veces, por base, propósitos enteramente objetivos. Solo que tal objetividad se encaja y reviste de los idealismos de la época y, considerada a distancia, aparécense desprendida de sus marcos naturales, dejándonos la pura y elegante silueta de una absoluta espiritualidad.



Agreda: Puerta árabe del antiguo recinto, monumento nacional

La residencia de Bécquer en Veruela aduce testimonios a este favor. Impulsado por su ardiente personalidad, sumido en la tolvanera de la vida intelectual cortesana en la que aspira a brillar y, acaso, a dominar y sintiendo, por su decidida vocación al Arte, el brío de juvenil y desbordante pasión, Gustavo Adolfo se lanza a esos proyectos de compendios y ediciones de obras, que, a su muerte, aparecerán perfeñados, cuyas desmesuradas proporciones impedirán su realización. De otro lado, su temperamento andaluz, unido, como señala un biógrafo francés, a lejanos aunque posibles atavismos ancestrales, heredados de su germanismo, le conducen a buscar los contrastes, en el contacto con las austeridades de otros pueblos, contrapuestos a su procedencia meridional. Y, en pos de uno y otro, de sueños grandiosos, de

pretensiones excesivas, parte hacia las regiones norteñas de cuyo sabor ha gozado ya en Toledo y, a través de los arcos bizantinos de San Juan del Duero, entra en Castilla y, finalmente, en Navarra y Aragón.

A falta de otros documentos fehacientes de su recorrido, existen sus narraciones y leyendas que jalonan la sucesión de sus etapas. En el ocaso de su carrera y en las páginas de aquella efímera aunque brillante *Ilustración de Madrid*, por él dirigida y elevada a la altura de la mejor publicación de su tiempo, nos enseñará, en notas y dibujos anónimos o levemente firmados, sus recuerdos artísticos y generales de otras provincias que, tal vez, no visitó aunque indudablemente conocía, de modo preciso y ejemplar. Mas, en el cuerpo de su obra, aparece un salto de Toledo a Soria, imposible hasta ahora, de llenar. En Soria, comienza su andariega trayectoria que culminará definitivamente en Veruela. Entre ambos lugares, polos limitadores de su breve caminar, su marcha se halla preciosamente descrita en sus sugestivas narraciones que, cual hitos topográficos, van marcando los altos de su bello periplo. *El Monte de las Animas* de San Juan del Duero, la *Promesa* de Gómara, la *Corza* de Veratón, el *Miserere* y la *Cueva* de Fitero y las descripciones de Tafalla y Olite, entre otras, le ponen a las puertas del Moncayo cuyo significado histórico, el secreto de que todavía hoy se halla rodeado y los encantos que a un espíritu aventurero y audaz como el suyo, ofrece tan impenetrable montaña, son más que suficientes para acometer la empresa de su conquista. Entonces, conoce la abandonada y milenaria Abadía y, encaprichado de su aspecto, que tan bien concierta con su romántica idealidad, toma pie en ella para dar, por medio de sus Cartas, asiento definitivo a su literario prestigio.

Entre tanto, ocurren sucedidos que confirman las sospechas antes apuntadas, sobre su carácter y jovialidad. Recorre pueblos, asiste, sin desperdiciar ocasión, a cuantas fiestas y romerías se celebran en el contorno, goza — ello es buen signo — de hablar y hacer hablar a los campesinos, descubre el fabuloso tesoro, poniendo todos los medios para explotarlo y, por fin, en una de sus arriesgadas excursiones, entabla relación, en la plaza de Olvega, con una honesta y agraciada doncella, hija de un humilde mariscal de aldea, cuyas formas, al parecer, opulentas y prometedoras, encienden sus deseos, avivan su no apagada sensualidad y, por poseerlas, le llevan al triste accidente de su matrimonio y de sus hijos con los que, sin duda, nacerán sus desventuras.

Los escasos recuerdos habidos de Casta Esteban proclaman su extraordinaria belleza corporal. Mas, parece que esos dones físicos fueron su único acerbo y que, rústica aunque espléndida criatura, no alcanzaba ni podía llegar a las cimas ideales en donde, pasados los primeros hervores, su soñador esposo la necesitara y exigiera. El mismo Bécquer, en una



Agreda: Torreón del Homenaje

de sus más escépticas rimas, califica de "*absurda fábula*" y "*trágico sainete*" tan infortunada pasión, dando cumplida muestra de su final, al concederla las *risas*, reservándose las *lágrimas*. Es que, por su desgracia, Casta no estaba formada para comprender la original estructura psíquica del sér que la Providencia le había deparado, cuya elegante cortesanía, por comparación a la llana gañanía rural, le sedujera, haciéndole embarcar en la frágil y movediza nave de tan incierto destino. Sólo, a la muerte de Bécquer, dióse cuenta de la personalidad de su esposo y quiso aprovechar la aureola que iluminaba su nombre, publicando aquel extraño libro (1)

(1) "*Colección de cuentos con pretensiones de artículos*", por Casta Esteban Navarro, viuda de Gustavo Adolfo Bécquer. Cuadros de costumbres dedicados a la Señora Marquesa de Salas. Madrid, 1884.

de huero e insípido contenido, cuyo objeto, a juzgar por los adjetivos del autor, no debió ser otro que llamar la atención sobre su anónima existencia y sus ignorados derechos. Aunque hay motivo también a pensar en la intervención de manos ajenas que, por caridad o con fines encubiertos, llevaron a Casta Esteban a tan inesperado y, desde luego, no continuado despertar.

Después, la esposa e hijos de Gustavo Adolfo desaparecen para siempre. Apenas si percibimos unos rápidos aunque sombríos destellos que les alumbran fugazmente: otra vez desposada, con obscuro recaudador de contribuciones, Casta pasa por la amargura de ver morir airadamente, a su lado, al nuevo marido, en las calles de Agreda. Por noticias, no comprobadas aun oficialmente, sabemos que en los talleres de ferrocarriles de León, se presenta un modesto obrero, llamado Gustavo Domínguez — Bécquer por su quinto costado — que se proclama hijo del creador de las Rimas. Luego, el silencio se hace inescrutable.

Por ello, según indicábamos al principio de las Rutas, hay aquí un curioso e interesante problema a despejar, cuya clave debe reposar en los fondos vírgenes de estos archivos parroquiales del Somontano castellano-aragonés. Solución que no desconfiamos de obtener, a fin de colmar esos grandes vacíos de la biografía becqueriana, requisito indispensable para el esclarecimiento y comprensión de la vida del poeta y, como decíamos, de las raíces espirituales de su depurada y sensible floración.

\* \* \*

Esa es la causa que anima hoy nuestra correría hacia la Tierra de Agreda, portillo natural del Somontano, aduana medioeval de la vieja Castilla y extremadura en cuyos campos jugóse con frecuencia la suerte de la paz y armonía peninsulares. Agreda ha pesado demasiado en la historia de España y, singularmente, en la de Aragón. La ibérica *Illurcis*, la latina *Gracchuris*, nombres muy discutidos aunque jamás negados, sabe mucho de la clásica antigüedad cuya sede fué, como centro del gobierno de Sempronio Graco y, acaso, en este suelo radicara el fundamento del indirecto homenaje rendido en el Senado romano, a la independencia nacional, al afirmar el solo dominio en Iberia "*del terreno que pisamos*". Homenaje renovado veinte siglos más tarde, cuando la ocupación de la Villa por las huestes napoleónicas de Ney, quien, impensadamente, reproducía, palabra por palabra, según las Memorias de Marbot, las aseveraciones de Graco.

Pero, también, las piedras agredeñas conservan las huellas de la singular fisonomía del medioevo. Pudiera decirse que las cronologías completas de los tres grandes reinos españoles desfilaron por estos muros arcaicos en donde puede leer-



Agreda: Palacio de los Castejones y Puerta de la Villa

se, piedra a piedra, la continuada sucesión de hechos y de dinastías. A partir del maravilloso arco árabe, del que más adelante hablaremos, empieza la evocación no interrumpida de personas y episodios históricos — Sancho Ramírez, Don Jaime el Conquistador que aquí se casara, el Príncipe de Viana, los Reyes Católicos, etc.—certificados por numerosas Cartas y privilegios rodados, espléndida y no común ejecutoria cuya celosa conservación, en contraste con lo ejecutado por otros Concejos comarcanos, merece un señalado aplauso.

Pero la gloria de Agreda, lo que le presta especial e inimitable carácter, sentido y peculiar ambiente, se encierra en los sencillos tapiales de un, al exterior, pobre y pacífico convento. Nadie supusiera, a la vista de tan ordinaria construcción, que allí residiera, como D. Francisco Silvela supone, el origen e inspiración de la política del Imperio es-

pañol en ciertos días del siglo XVII, y que de tan modesta morada, saliera, disfrazado de humilde aunque enérgico consejero, el rayo certero que diera en tierra con el poderoso omnipotente del Conde-Duque de Olivares. La vida, el tono, la inexplicable por misteriosa atracción que estas piedras ejercen sobre el espíritu, inmediatamente saturado de dulce e inefable misticismo, nacen asimismo de ese tosco Monasterio donde todavía planea y planeará *in eternum*, aquella eminente figura, en el mundo conocida por la Venerable María de Jesús.

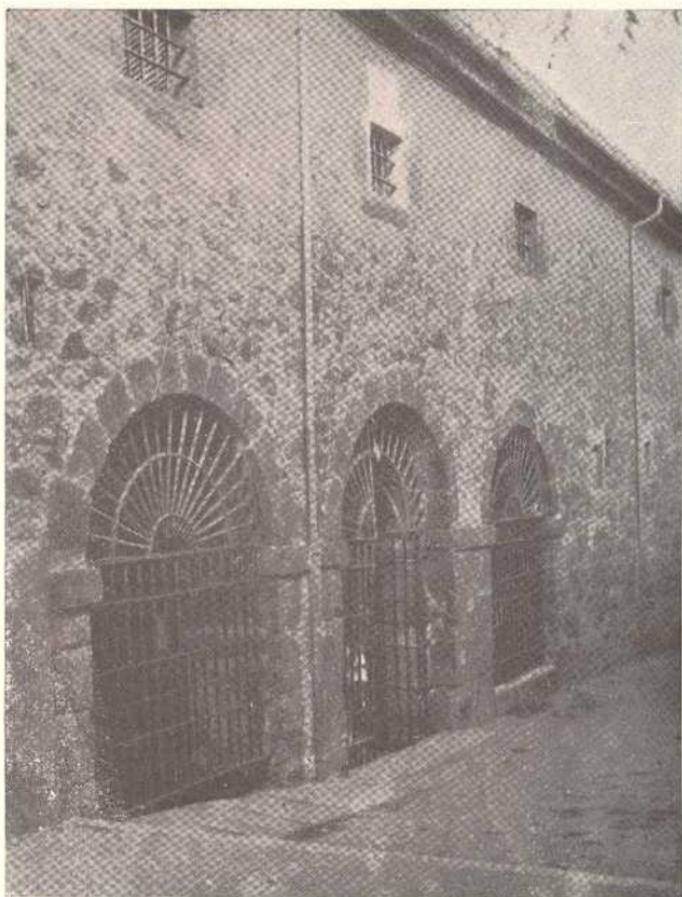
¡La Venerable! Es otra de las razones, tal vez la principal, de esta excursión, ineludible, sin embargo, para el conocimiento perfecto de la comarca del Moncayo. Mas, en nosotros, entra una causa íntima, de orden puramente personal, que agiganta nuestra emoción, transportándonos al recuerdo de unos tiempos venturosos en los que se iniciara nuestra sensible y, por desgracia, inadaptada formación.

Permítasenos explicarlas brevemente. Allá, en la lejana Tierra de las Vicarias (1), en esa otra Marca fronteriza donde también se decidieran muchas veces los destinos de la doble Monarquía, hay un solar ignorado que sostiene y recoge nuestra mayor devoción. Es el solar de nuestras generaciones, donde reposan todos nuestros Muertos, en el que nacimos a la luz del espíritu y de la vida misma, modelados, desde su principio, en el culto de la Tradición y del Nombre, únicos por inmateriales restos salvados de un triste y definitivo naufragio. En ese solar, al amparo de los vetustos muros ancestrales y en el contacto de figuras cuya recia austeridad y hombría desdibujaban sus exactos perfiles, remontándolas a las alturas legendarias, transcurrieron los tiempos serenos de nuestra infancia. Allí, en el continuo murmullo de historias y de consejas y por las lecciones de obstinados mentores que trataban de inculcarnos los modestos aunque remotos sucesos del largo pasado familiar, comenzaron nuestros fervores tradicionales, animados por clásicas lecturas que encaminaron, desde entonces, nuestras aficiones.

Entre esas lecturas y consejas, se destacaba, de modo principal, la Venerable de Agreda. En su juventud, María Coronel había vivido en el lugar, había asistido, según las referencias transmitidas, a nuestro pasado y en la familia se

---

(1) *Tierra de las Vicarias*. Territorio enclavado entre las provincias de Zaragoza y Soria, con cinco villas o lugares, de los cuales Chércoles de las Vicarias, donde existe el milagroso azafranal de la Venerable, hasta hoy nunca replantado. Comarca repoblada por Alfonso el Batallador, al reedificar a Soria, dotada de numerosos privilegios que concedían la facultad de la doble nacionalidad castellano-aragonesa, conservándose todavía, en la ermita del Castillo de la Raya, perteneciente por mitad a ambos reinos, la pila bautismal donde se confirmaba tal merced. Más tarde, en el siglo xv, fué llamada *Tierra de la Recompensa* por su donación a Du Guesclin, constituyendo un extenso dominio cuyos límites marcaba el antiguo solar de Bordejé.



Agreda: Convento de la Venerable

conservaba y conserva un vivo testimonio de su milagrosa y precoz actividad, en un famoso azafranal cuyas condiciones de producción y persistencia han desafiado hasta ahora a todas las investigaciones científicas, impotentes en descifrar tan extraño y continuado enigma.

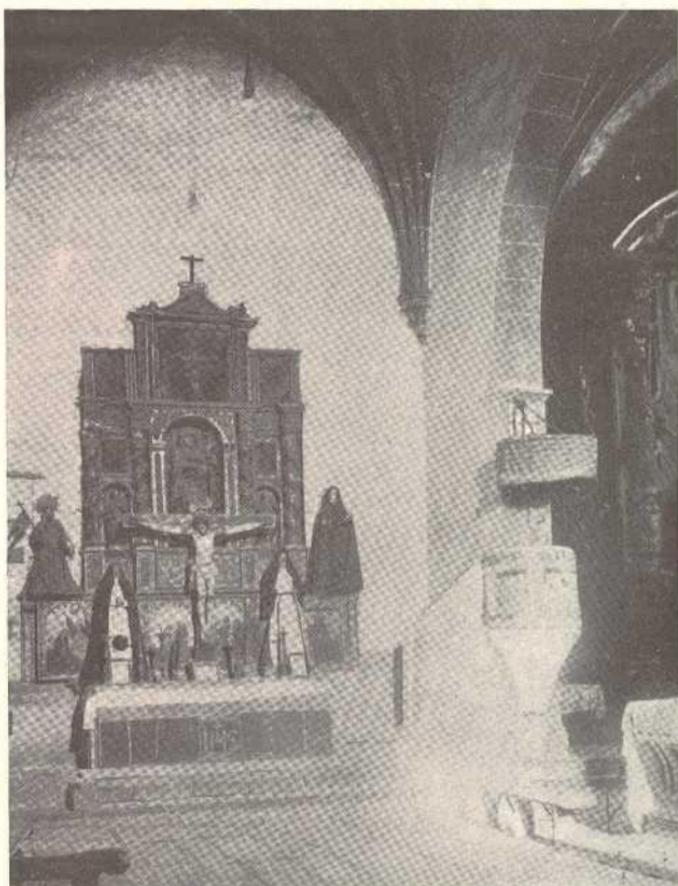
En fin, María de Jesús representaba la más dilecta de las advocaciones locales y sus obras, con las de Teresa de Avila — primitivos y apergaminados infolios, piadosamente guardados — nutrían los fondos de la escasa biblioteca solariega.

Desde entonces, el respeto y admiración por la Venerable han permanecido sólidamente anclados en nosotros, con la fuerza indeleble que en los años niños marcan las primeras impresiones. Júzguese, pues, de nuestro sentimiento, al acercarnos, hoy, a estos recintos, albergadores de su espíritu, de su obra y de sus restos materiales. Hemos de confesar

no habernos visto defraudados porque, repetimos, difícilmente pudiera hallarse otro ambiente que resumiera y plasmará, de modo más perfecto, los ideales conceptos de la *Mística Ciudad de Dios*. En este aspecto, Agreda constituye con Avila, los polos extremos de nuestro misticismo, como sus dos seráficas escritoras, unidas por la vidente y acertada profecía de Santa Teresa, son las más elevadas manifestaciones del pensamiento religioso español.

En otros países, figuras como la Venerable obtendrían constante e inteligente atención. La magnitud de su obra, los momentos en que se produjera, las circunstancias que concurrieron a tan prodigiosa vocación, serían minuciosamente observados y resueltos hasta en sus menores detalles. Pero la fatalidad quiere que en España, por inconsciente y desgraciado determinismo que adquiere ya las proporciones de lo histórico, corramos siempre en pos de extraños y atávicos espejuelos, dando de lado, si no abandonamos del todo, a lo que constituye nuestras propias y más preciadas esencias. Aombra la escasa bibliografía existente sobre María de Agreda. A excepción de los estudios de D. Francisco Silvela y de Menéndez Pelayo en los *Heterodoxos*, apenas es posible encontrar libros y ensayos consagrados a tan insigne escritora cuya producción, saliéndose de los estrechos moldes de la ascética, accesible, no obstante, a todos los idearios, toca y repercute profundamente en muy delicados e importantes períodos del pasado nacional.

La vida de la Venerable y de sus padres ofrece ancho campo a la meditación y al estudio. Ante todo, es un acabado modelo de la constitución familiar del siglo XVII, que permite penetrar en su psicología sentimental y religiosa, juzgando, por ello, de la influencia y extensión alcanzadas por la literatura mística. Aquel Francisco Coronel, de "*natural vehemente y colérico*", según confiesa su hija, que, a los 63 años, consiente en la destrucción de su hogar y dispersión de sus riquezas para consagrarse con su esposa y cuatro hijos, al estado sagrado, ejemplo prontamente imitado por otros ocho varones de su sangre. Aquella Catalina de Arana, "*una de las mujeres fuertes de las Parábolas de Salomón*" que, abdicando su bienestar material, enciende, guía y fomenta la inclinación de sus deudos, llevando la práctica de su abnegación al extremo que representa la repetición de la caridad del Cid con el leproso. La inocente doncella que, cumpliendo la misteriosa profecía de Santa Teresa, formula a los ocho años votos de perpetua castidad, sintiendo ya su definitiva y consecuente vocación y la extraordinaria formación de esta religiosa que, aislada de todo contacto exterior, reclusa en los silentes muros del convento, jamás abandonado, sabe y llega a producir una de las cumbres intelectuales del tiempo, discutida y comentada hasta en la Sorbona de París, todo eso merece, a no dudar, una escrupulosa atención porque enseña



Agreda: Iglesia de la Cueva con el Santo Cristo  
que "habló" a la Madre de la Venerable

los fondos exactos del sentimiento español y, por lo mismo, da cuenta de la estructura moral de la época.

La obra más divulgada de la Venerable la constituyen sus Cartas dirigidas a Felipe IV. Es un epistolario nutrido en el que, según apunta Silvela, *"la figura moral, política y literaria de Felipe IV se dibujan con tal exactitud y minuciosidad que componen su más completa biografía"*. Allí aparece también el retrato de la Mística, *"espíritu sincero y convencido que mantuvo en constante sujeción sus afectos y pasiones, subordinándolos a un ideal de perfección al que ajustó, con inquebrantable constancia, su vida, sus palabras y sus obras"*. Siendo asombroso que, como informa el Marqués de Molíns, *"una pobre mujer, infeliz aunque bondadosa monja, encerrada en el claustro, pese tan justamente en los aconteci-*

mientos, influya en las operaciones militares de defensa del territorio y, devota Prelada, entregada a las contemplaciones místicas, no sólo sea maestra en el bien decir, sino prudentísima consejera del bien obrar. Lo que acrece la simpatía hacia aquella mujer, verdaderamente extraordinaria”.

La influencia política de María de Agreda notóse singularmente en aquel triste período en que, insurreccionados Portugal y Cataluña, deshechos los Tercios en Rocroi y amenazado en Orán, nuestro ya decadente poderío naval del Mediterráneo, Felipe IV, sumido en confusión y desconcierto, “ardo en deseos de acertar — confiesa — y quiero cumplir con mi obligación en todo”, recurre al consejo de la Venerable quien, sin vacilar, “aborda directamente la cuestión del gobierno del Conde-Duque, censurándole con energía y presentándole como el perturbador de la paz de España, autor de la separación de Portugal y sublevación de Cataluña”.

Más tarde, el rey le consultará sobre sus trabajos literarios y así podrá conocerse al autor de las famosas comedias firmadas por el anónimo “*Ingenio de la Corte*”. Como apelará después, a la confesión que nos mostrará la psicología de tan complicado personaje. Y, de este modo, durante 22 años, el modesto retiro de Agreda llevará la responsabilidad y el peso del gobierno del Estado sin que, en ningún momento, decaiga su interés ni asome otra ambición que la del sereno patriotismo de una sencilla monja que, al decir de Sánchez Toca, “resultará como consejera del Monarca, la más hermosa y peregrina figura que registra la Historia entre las mujeres que tuvieron acceso en el favor y privanza de algún príncipe”.

Sin embargo, quienquiera que se acerque hoy al solitario Monasterio, no podrá percibir ningún signo exterior que señale tan importante y providencial cometido ni las rendidas y poderosas peregrinaciones que, de todos los tiempos y países, traspasaron sus umbrales. Diríase uno de tantos míseros conventos perdidos en los severos páramos de Castilla. Hay que llegar al interior para advertir, en un templo ostentosa-mente recargado, ajeno y opuesto, sin duda alguna, al espíritu de humildad de los fundadores y en unas ricas preseas, testimonio de la gratitud del Monarca, la existencia de tan insigne figura. Pero ésta no necesita anunciarse porque su sombra domina tan imperiosamente al conjunto, que podría afirmarse que Agreda entera, desde el principio hasta el fin, es un dilatado convento donde se respira el fragante perfume de santidad que, según fama, exhala todavía el cuerpo incorrupto de la Venerable.

Agreda es, pues, un variado museo arqueológico y místico, espiritual y estético. Mas todos los pasos convergen a María de Jesús. Desde la antiquísima iglesia de la Peña, arcaica construcción que la erudición local atribuye al siglo IX, aunque sus líneas demuestren un ingenuo románico

del XII, notable por la rara disposición de su planta, con dos naves iguales, donde se conserva el Crucifijo que *hablara* a la madre de la Venerable, provocando su vocación, y unas tumbas y retablos cuyas *predellas* alcanzan subidísimo valor, al suntuoso templo de los Milagros con su imagen, tablas y la curiosa efigie del zapatero convertido, peregrina manifestación de la mentalidad medioeval, todo va mostrándonos la senda de la preclara hija de Agreda, de igual modo que, en Avila, encontramos por doquiera las huellas de la Santa andariega. Y es difícil desprenderse de tan persistente dominio para atender, con la serenidad merecida, al rico contenido artístico, entre el que sobresale la cantidad y calidad de las pinturas primitivas, profusamente diseminadas por los edificios seculares.

La arquitectura tiene cumplida representación en sus diversos órdenes y edades. La *religiosa* en los templos románicos de la Peña, San Miguel y San Juan, las iglesias ojivales de los Milagros y Magaña, poseedora de un excelente retablo gótico y una antigua sinagoga, originalmente situada, dedicada en la actualidad a dependencia particular. La *civil* en los Palacios municipal y de los Castejones y en las numerosas casonas dotadas de signos heráldicos, anuncios de la rancia prosapia de la villa. Finalmente, el arte *militar* muestra sus peculiares características en los Castillos de la Muela y de los Judíos, en los torreones del Homenaje y del Dios Baco, grotesca asignación concedida a mutilada estatua sepulcral,alzada sobre la muralla, y en el bello arco árabe, recortado sobre el trazado de otro, de mayor antigüedad, probablemente romano, que, por su material, por la pureza de su cintra, amén de la altura geográfica de la Villa y de sus antecedentes históricos que remontan su reconquista a los comienzos del siglo X, pudiera constituir un resto precioso de la arquitectura cordobesa, ya que, a nuestro juicio, sus líneas lo hermanan con los similares de la Fortaleza de Gormaz, levantada por Almanzor.

Añádanse la copiosa y bien guardada colección documental del Ayuntamiento, merecedora, por sí sola, de detenida visita, por comprender preciados ejemplares de la diplomática y sigilografía medievales y hasta algunos pergaminos con caracteres hebreos, cuya traducción actual nos parece hartamente libre y desenfadada; las argentadas mazas concejiles, importantes piezas de orfebrería del siglo XVI, y los accesorios conservados en las diversas iglesias de la Villa, y se verá cómo Agreda constituye un respetable museo donde el espíritu y el arte de la Raza reuniéronse en espléndido concierto.

Agreda es, en suma, una de esas ciudades-relicarios, producto y crisol de un largo rosario de generaciones que, como dijera Barrés, forman los únicos valores morales que salvan y redimen a un pueblo. Estaciones providencialmente situa-

das al margen del camino, resumen los sentimientos y vibraciones a que el hombre, en sus necesidades emotivas, puede aspirar, manifestadas, además, en sus más nobles concepciones.

Con todo, la belleza esencial de Agreda reside, repetimos, en el ambiente. Se hace extraño que Bécquer no haya dejado escritas sus impresiones pues no cabe dudar de que la conociera, por estar situada en su itinerario y ser la capitalidad del Somontano castellano cuyas leyendas forman la base más atrayente de sus narraciones históricas. Hay que lamentarlo porque su sensibilidad hubiera acertado a definir lo que nosotros no podemos: la inefable poesía y el poder irresistible y avasallador de estas Piedras, plástico trasunto y material representación de los puros y arrebatados conceptos de la *Mística Ciudad de Dios*.

## VIII

### Las Piedras recias

**S**i hay un lugar que resuma plenamente, acabadamente, en toda su integridad y firmeza, el espíritu de Aragón, ese lugar es Tarazona. Con dificultad pudiera hallarse otra ciudad que representara, de modo más perfecto, el pasado y presente del antiguo Reino, su singular y complicado carácter y la suma de esas raras, misteriosas y, a veces, opuestas condiciones que forman el fondo de la psicología racial aragonesa. Además, en Tarazona, dicha representación reviste las cualidades del contraste.

Cuando, viniendo de Agreda, luego de abandonar ese ambiente de misticismo y unción en que el alma parece perder su física expresión, sumergiéndose en las profundidades del Tiempo y de la Historia, se llega a las riberas del Queiles, notamos una sensación especial, un cambio brusco y extraño que semeja a un resurgimiento. Diríase que salíamos de las regiones ideales, de unos campos yertos, sumidos en queda y contemplativa abstracción, para encontrarnos, de pronto, despiertos ante las realidades de la vida. Tránsito de la quietud al dinamismo, de lo muerto a lo vivo, de lo inmaterial a lo concreto. Algo indefinible e impalpable aunque perceptible por nuestra sensibilidad. Y la nota predominante en esa sensación, es la de hallarnos ante una cosa fuerte, entera, recia, absolutamente recia: la reciura de Aragón.

Castilla es fuerte y recia también. Como Menéndez Pelayo afirmara, Castilla ha sido una de esas lecciones de energía y grandeza que animan y elevan al hombre, redimen su fragilidad y dignifican su esfuerzo. Pero la reciura de Castilla aparece demasiado pretérita, adquiere ya el concepto de lo venerable y augusto y está encubierta y refinada, excesivamente refinada, por una cultura renacentista que oculta sus innatas modalidades de fuerza y el fondo esencialmente barroco, que constituye la base de su esencia. Castilla ha sido Madre, en su más excelsa concepción y su figura se nos muestra con los rasgos de una noble y vigorosa matrona, severamente revestida con los austeros plegados de un elegante aunque antiguo e inadecuado *peplus*. Mientras que la reciura de Aragón es actual, permanente, viril, armónica-

mente acordada al momento y manifestada en cuantos elementos concurren a un pueblo: los hombres, las *Piedras* y el suelo. Este suelo rudo, bravo, prometedor de algo también inexplicable, aunque seguro, preciso y formal. Aragón nos da la impresión de un inmenso enigma, de una ingente fuerza desaprovechada y contenida que romperá, un día, para salir y poner a contribución una extraordinaria energía.

Entre nuestros proyectos y deseos, ha entrado siempre la pretensión de estudiar y componer una exacta noción de la psicología aragonesa. Nos hemos fijado en que, hasta ahora, nuestro carácter, no solamente ha sido torpemente descrito sino que ni siquiera llegóse a desentrañar sus principales y verdaderos fundamentos. A cuenta de la enorme cantidad de tópicos y vulgaridades colgados graciosamente sobre su leyendaria y popular terquedad, indicio no despreciable de fuerza, el alma aragonesa permanece inédita, hermética, sin dar a luz los resortes espirituales que la sostienen e integran. Toda la literatura forjada sobre ella, adolece de superficialidad. El famoso diminutivo y la citada tozudez han constituido los únicos o, por lo menos, los más elevados exponentes de nuestra estructura racial. Con ellos se ha creído conocernos y nadie ha intentado ir más lejos. Así ha llegado a formarse un concepto, a nuestro juicio, tan extremadamente erróneo, que creemos no ser demasiado osados al establecer la siguiente relación: los tópicos corrientes con que se pretende representar la personalidad de Aragón son a su verdadero carácter, lo que las *españoladas* y demás excentricidades de las escuelas románticas son al carácter español.

Adviértanse bien las constantes de las descripciones literarias concernientes a Aragón. Se apreciará la flojez, la desenvoltura, la trivial e insípida ponderación de los exponentes mencionados, adornados, a lo más, con las peculiares características de nuestra fonética. El teatro, espejo que refleja los resortes interiores de un pueblo, se halla siempre apoyado en tan vulgares y cómodos procedimientos: la terquedad, los diminutivos y el dejo. Así se ha pretendido retratar a Aragón, componiendo, en su lugar, falsa y grotesca caricatura. Salvo Cavia que, en sus breves y perezosos diseños, dejó traslucir unos rápidos destellos de nuestra originalidad, todos los restantes escritores que leemos, no cuidaron o no pudieron penetrar en lo profundo de nuestra estructura. El mismo Bécquer, tan dispuesto por su sensibilidad, a pulsar las cuerdas y rasgos espirituales, no llegó nunca a trasponer las ya entonces superficiales y ordinarias ideas. Mientras que en algunos de sus escritos, se admiran ciertas vibraciones, acusadoras de sutil y penetradora comprensión, en los que a Aragón se refieren, no se perciben otras que las puramente imaginativas y exteriores: la regocijante cachaza y testarudez de aquel campechano baturro, su compañero de



Tarazona: Portillo y torre de la Magdalena

viaje; la abigarrada y zumbona multitud de tipos y figuras, todavía permanentes, por fortuna, que componen el pintoresco mercado de Tarazona; las donosas ocurrencias lugareñas con sus desviadas sugerencias sobre las brujas de Trasmoz; en fin, sus exclamaciones ante "*las decidoras y alegres*" mozas de Añón, ágiles cabras saltarinas del Moncayo, ponderadas con demasiada y complaciente ironía. Fuera de ello, muy ligero, repetimos, muy superficial, no puede descubrirse nada que permita bucear en las tramas de nuestra psicología.

Si de la literatura pasamos al arte plástico, hallaremos el mismo desconocimiento. Sus manifestaciones acusan expresiones zafias, bastas, que parecen excluir la delicadeza y finura. El alma que el cincel de Julio Antonio infundiera en

la colección de sus bustos, no ha tenido aún su equivalencia en Aragón. Aquí, todo es exterior porque todo es pintoresco. Y, a excepción de la clásica y peculiar indumentaria que ha desempeñado en Arte, el cometido literario de los tópicos aludidos, nadie ha podido — Goya, en este aspecto, apenas nos pertenece — dibujar y dar cumplida forma al contenido sensible del alma de Aragón.

¿A qué obedece esto? ¿Cuáles son las razones de esos errores que, por su continuidad y persistencia, abonan tan grave daño a la personalidad aragonesa? ¿Es que Aragón no posee, en verdad, suficientes elementos para su disección interior? Confesaremos que, en nuestro sentir, ello reside, entre otras causas, en una desviación. Y añadiremos que a ella, hemos concurrido todos, los naturales y los extraños, los propios y los demás. Desviación del punto de partida para el estudio de los factores espirituales de su esencia. Desviación en la apreciación de su composición y olvido o ignorancia de las influencias que pesaron sobre aquélla. Sobre todo, desviación, cuando no abandono o desprecio, de las determinantes históricas que concurrieron a su formación. Porque Aragón, ahora como antes, ha sido y es, enteramente, principalmente, un carácter primitivo o, si se quiere, medioeval.

Entiéndase cómo decimos esto. La soberbia satisfacción de nuestro tiempo descansa en una pueril y cándida negación del ancestralismo. El mundo entero se considera en nuestros días, como totalmente desligado del pasado, en una mayoría de edad que le induce a creer en el corte definitivo del cordón umbilical de las generaciones. Funesto error e inocente ilusión. Los pueblos, como los individuos, viven sometidos a las influencias de los Muertos y ellos son, según decía Barrés, los que mandan y a quienes servimos. Y si, al exterior, podemos envanecernos de una aparente independencia, ésta afecta solamente a lo objetivo, a lo material, porque, en el fondo, existen siempre invisibles y desconocidas corrientes a las cuales obedecemos y en donde debemos buscar los fundamentos esenciales del carácter individual y colectivo.

La principal sensación de quienquiera que se aproxime a sondear el espíritu de Aragón será la de fortaleza, robustez, diremos, si se nos permite, de virginidad. Esas cualidades son medievales porque sólo lo medioeval es capaz de producir y sostener tamaña grandeza. Si apelamos al contraste, echando mano de un símil que nos ha sido siempre muy útil y preciso para explicar la armazón y estructura de los idiomas y pueblos respectivos, mediante su adaptación a los estilos arquitecturales, veremos que el orden que más y de mejor modo conviene a Aragón, es el románico. Reciuza, espesor, vigorosidad de un lado; ingenuidad, ternura, franca sensibilidad, de otro. En total, un armónico conjunto, de

equilibrada y contenida energía, multiplicado de promesas, de donde saldrán los ricos y luminosos esplendores de las exaltaciones ojivales. Y ello será tan seguro, tan terminante y fecundo que, a través de un largo cuento de siglos, persistirá en su lozanía, para obligar a una época tan poderosa y escéptica cual la nuestra, de vuelta de todas las experiencias y sumida en atormentadas confusiones, a confesar su impotencia y balbucesos artísticos — el Arte es la más completa expresión de la Vida — y a suspirar y proclamar una regresión a los procedimientos primitivos, esto es, a los medioevales.

Así Aragón. Cuantas veces nos acercamos, hoy es una de ellas, a uno de sus puntos tangibles, sacamos la misma consoladora impresión: primitivismo, sencillez, grandeza. Es decir: base firme, positiva y actual. Estos hombres a quienes frecuentamos con fruición, para provocar sus intuitivas reacciones; este suelo severo cuya infertilidad no produce, sin embargo, la noción de lo acabado; estas Piedras augustas, marcadas por el sello indeleble de un pasado remoto, nos llevan a idéntica deducción: la promesa de algo cierto, de una fuerza no tocada, de unos ricos veneros de portentosa energía, vírgenes e inexplorados todavía, pero de segura e inevitable explosión. Nuestra fuerza es real porque es primitiva, salvadora porque aun es medioeval. Pocos pueblos suelen contar con tales reservas. Ninguno puede predecir tan alentador porvenir. Por eso no podemos resistirnos a entonar este canto de esperanza y, en gracia a nuestras fervientes ilusiones, habrá de perdonársenos este largo y, acaso, inadecuado proemio que trata de resumir, de proclamar nuestro optimismo ante el destino inmarcesible de Aragón.

\* \* \*

Acabada expresión de dichos conceptos es esta ciudad de Tarazona. Archivo de historia, relicario de arte, exuberante de riqueza, la antigua Turiaso anuncia al viajero una larga serie de emociones, sintetizadas por el sorprendente panorama de su *Cinto* que Bécquer comparara al graderío de un anfiteatro, aunque su justo símil fuera el de un potente navío, hendiendo con su tajante proa, la umbrosa llanura de su huerta, fecundada por el Queiles. Asentada sobre enhiesta y prolongada colina, dando al aire los esbeltos astiles de San Miguel y de la Magdalena y enfrontada por la pesada masa del Alcázar, Tarazona parece dar fe a esas leyendas que sitúan su origen en los primitivos tiempos bíblicos, perpetuados en el lema y hasta en los atributos de sus armas. Estos responden de tal modo a su fisonomía, conciertan tan perfectamente con su situación, que todas las objeciones de la moderna ciencia histórica, implacable destructora de lo bello, no pueden alejarnos de tan antiquísima concepción que atribuye a los primeros pobladores de Iberia el honor y la glo-

ria de su fundación. "*Tubalcain me aedificabit. — Hércules me raedificabit*", reza el exergo, confirmado por las vides que campean sobre su heráldico castillo, cual emblema directo e indudable de los descendientes de Noé. Creyérase que ello es verdad pues sólo a unas manos hercúleas fuera dado el levantar y concentrar, en tan inexpugnable posición, tal impresión de poderío y grandeza. Porque Tarazona es, ante todo, una cosa grande, una cosa imponderablemente recia.

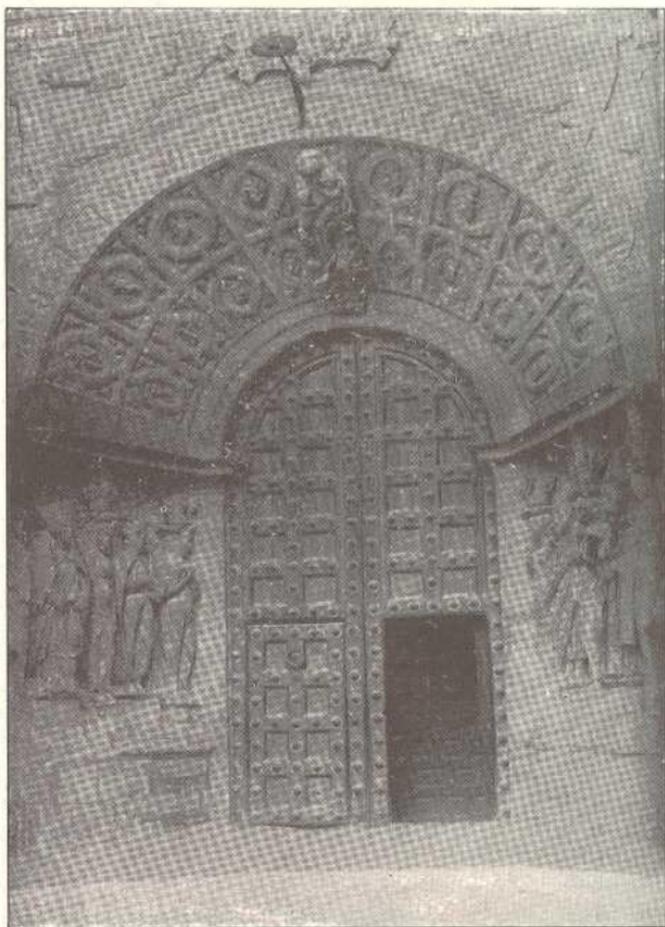
Para el historiador como para el arqueólogo y artista, hay aquí un campo fecundo de actividad y belleza. Como Agreda, como Borja y aun más que éstas, Tarazona es un rico breviario en cuyas páginas puede leerse la crónica completa del largo pasado peninsular. Apenas hay un suceso cuyas consecuencias si no es su propio origen, no le toquen de cerca. La incierta etimología de su nombre abona sus legendarios orígenes que, apoyado en el Génesis y en una fabulosa mitología somontana cuyos argumentos debieran recogerse, se remontan a las primeras épocas de la Creación, con Tubalcain y aquellas sugerencias de Hércules y sus gigantes guerreros "*de 18 palmos de alto*", según cuentan las crónicas, combatiendo en las fragosidades del Moncayo, a las legiones del astuto Caco y otras fantásticas divinidades helénicas.

La ciencia prehistórica tiene su interés en los innumerables restos *líticos* esparcidos por las cercanías y aun en la misma Ciudad, según puede comprobarse por el hallazgo de unos desmesurados esqueletos, alguno *enroscado*, popular invención de los citados gigantes aunque pertenecientes, sin duda, a la fauna antediluviana.

Por último, la Historia propiamente dicha, atestiguada por fehacientes documentos, nos descubre amplias perspectivas.

En el orden eclesiástico, en Tarazona muy preponderante, la leyenda ejerce también su poesía, al conceder la Silla episcopal — una de las más antiguas de España, según La Fuente — a la venida de San Pedro y San Pablo, cuyo fuera el primer Obispo, a quienes se atribuye la fundación de la Catedral.

En el cronológico, la derrota de Amílcar y la muerte de Asdrúbal tuvieron principio en esta ciudad, cuna del denodado Tago cuyo patriotismo y heroico sacrificio fueron, quizás, las causas del derrumbamiento cartaginés. La indómita Numancia encuentra en ella sus arrojados auxiliares cuya tradición perpetúan las numerosas monedas turiasonenses halladas entre sus muros incendiados y el paso por estos recintos de aquellas grandes figuras de la antigüedad — Sempronio Graco, Escipión, Pompeyo y César, a quien se rindieran — los cuales dejaron, como recuerdo imborrable, esos restos altivos de la Alfara, auténticos documentos de la po-



Catedral de Tarazona: portada clásica (siglo XVI)

liorcética romana, acompañados de cantidad de mosaicos, sarcófagos, lápidas y cerámica, que demuestran la importancia de su Mansión militar. En fin, el período medioeval nos descubre las penosas luchas de la Reconquista, los enlaces, justas e intrigas de las dinastías nacionales, la patria del Monje fundador de Calatrava, el punto de partida del desafío de Pedro III, las causas de las tumultuosas contingencias de la Unión que, según parece demostrar un eminente escritor, emplazaran aquí, por el sacrificio de unos tarazonenses notables, el origen de la nebulosa Campana de Huesca, hasta llegar a las luchas de los dos Pedros de quienes Tarazona guarda, todavía, significativos y patentes recuerdos. Cerrando el Renacimiento tan brillantes anales, con el broche glorioso de los Reyes Católicos y Cisneros, aquí

también consagrado y encumbrado a la *primada* dignidad del Reino, para continuar hasta nuestros días, con igual ritmo e intensidad.

Tan preciada ejecutoria está cristalizada en una magnífica colección de piedras que justifican el dictado otorgado a Tarazona de ser el *Toledo aragonés*. Tarazona es un espléndido museo donde todas las épocas y estilos ostentan importante manifestación. De ellas, destaca la Catedral que sí, al exterior, presenta un apretado volumen, donde los restos románicos, ojivales y mudéjares se sobreponen y recargan sin armonía ni regularidad, produciendo una confusión que culmina en el desatentado cimborio cuyos pesados botareles, parodia sin gracia de la gótica crestería, lo asemejan, según dice Madoz, "*a un grotesco catafalco sembrado de cirios*", guarda, no obstante, en su interior, una sublime belleza a la que contribuyen la unidad de sus miembros, la variedad de sus accesorios funerarios y pictóricos y el acierto con que se yuxtaponen y encajan las adiciones de los siglos posteriores que, como afirma asimismo Madoz, "*no desentonan ni dañan a la felicidad del conjunto*".

La construcción de la Catedral ofrece varios enigmas que han dado lugar a prolongadas discusiones por entender que hay disparidad entre la documentación testifical y su realidad arquitectónica. El primero reside en su emplazamiento, separado por el ancho foso del río, de los muros de la ciudad. De no existir las pruebas correspondientes y por la atribución a la antigua iglesia de la Magdalena de la misión catedralicia, pudiera dársele una edad menor a la que se le concede por una de esas trasplantaciones de que nos habla Brutails, de las que, en España, tenemos ejemplo en el bello pero desplazado templo de Segovia. Mas las razones aducidas por el culto historiador y cronista de Tarazona señor Sanz (1) parecen disipar tal misterio, al asignar tan extraña colocación de la Sede a la existencia de un templo mozárabe que, situado, según costumbre, fuera del poblado, al objeto de no dificultar la acción militar de los musulmanes cuya tolerancia no llegaba a consentir la introducción en los recintos de edificios y fuerzas que pudieran comprometer la resistencia de las plazas, impusiera, luego de la Reconquista, el respeto a tan sagrado lugar. Así sucedió en Borja con la Colegiata de Santa María. Pero sorprende que, dada la inseguridad de los tiempos inmediatos y aun de todos los siglos

---

(1) Debemos llamar la atención sobre la magnífica *Historia de Tarazona* compuesta por el señor D. José María Sanz, Canónigo de su Catedral y Cronista de la Ciudad que, por su método y exposición y por el extraordinario trabajo que revela y las fuentes originales en que se nutre, es un modelo de las historias locales sin las cuales no puede conocerse ni formarse la historia general. Reiteramos aquí nuestro modesto aplauso, significando, de paso, a su distinguido autor, nuestra gratitud por su erudita y bondadosa compañía, merced por la que pudimos apreciar el rico y admirable contenido artístico de la Catedral.

medieoavales, se atrevieran a levantar tan importante monumento en un solar tan alejado de las murallas, difícil de defender. La topografía demuestra lo poco adecuado, a este respecto, del emplazamiento, sin que se aprecien vestigios de un cerco fortificado especial si bien el leve almenaje de las naves presenta indicios de que lo hubo.

Pero la principal divergencia reside en la *edad* de la Catedral. El mencionado cronista, fundándose en documentos del Archivo, se pronuncia contra la atribución dada por Argaiz de que la Catedral se levantó en 1231, remontándola a 1152, por la donación que la madre del Príncipe de Atarés hizo a la iglesia cuya construcción recomendaba a sus descendientes, al mismo tiempo que la de Veruela. Apoyándose en esta probada coetanidad, el señor Sanz opina que la Catedral corresponde al siglo XII.

Según nuestro parecer, creemos posible el conceder razón a las dos partes. La disposición general del templo, la unidad de su planta y el estudio de sus elementos, demuestran una perfecta e inconfundible floración del Arte ojival, en plena y absoluta posesión de sus medios, que retrasan más bien la fecha señalada por Argaiz, aceptada por La Fuente y otros. Cloquet, en su notable obra sobre las catedrales góticas, emplaza la de Tarazona en el siglo XIII. No puede dudarse de esta atribución por el relieve inusitado que en ella adquieren los elementos de la edificación ojival, aquí desarrollados con una primorosa maestría que exige, necesariamente, un gran dominio del estilo y, por tanto, la franca y general subsistencia del mismo. La simple comparación de los templos de Tarazona y Veruela, aun no olvidando las diferencias impuestas por sus desiguales destinos de sede episcopal y cenobio, basta para convencer de la posterioridad arquitectural de la primera.

Mas, de otro lado, teniendo en cuenta ciertos detalles, como los ventanales románicos de algunas Capillas absidiales, v. gr. la del Cardenal Calvillo, la gravedad de las naves laterales y las reminiscencias, asimismo románicas, de arquivoltas, florones y capiteles, a comenzar por el original claveteado de sus arcos y nervios, no apreciados, hasta aquí, en ningún monumento ojival, amén de otras tendencias ornamentales que parecen recordar al gusto arábigo, podríamos acercarnos a la solución del pleito, aceptando que si la construcción se inició en el siglo XII, en el ambiente románico, fué reconstruída *totalmente* más tarde, no quedando de la primitiva edificación más que esos pequeños aunque preciosos recuerdos. Recurso muy corriente en la época, v. gr. la Seo de Zaragoza, Pamplona, Sigüenza y aun Veruela, desviada, según indicábamos, de su trazado original, atribuído a las costosas dificultades que el románico presentaba, en cuanto a dimensiones y movimiento de masas, salvadas felizmente por el Arte ojival, que permitía dar a estas cons-

trucciones mayores una gran amplitud y capacidad. Aparte la natural influencia del estímulo contemporáneo y las economías que el nuevo procedimiento aportaba que hicieron considerar, entonces, como algo bárbaras e insuficientes, las edificaciones precedentes, de no revestir las colosales proporciones de Compostela.

No es, pues, aventurado el confirmar la razón que asiste a La Fuente y Argaiz para decir que en 1235, "*se deshizo la iglesia vieja*" y que "*para mejor planta y más capaz que es ahora, dióse segundo principio a ésta*". Dichas reconstrucciones son frecuentes, como decimos — rara será la catedral que no las haya sufrido — y las modalidades arquitectónicas del templo actual, muy siglo XIII, a falta de otras fuentes escritas, lo enseñan de modo rotundo e inapelable.

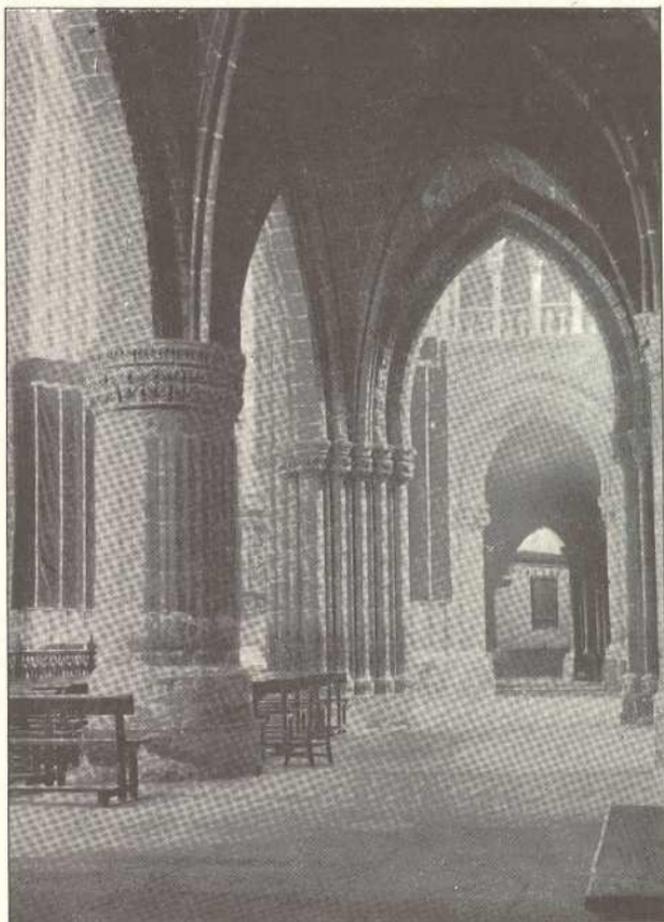
La Catedral consta de tres naves, deambulatorio y crucero sobre cuyos arcos torales, alternados por sendas trompas, se alza la atrevida linterna, imitada de la de Zaragoza, cuyas abalaustradas columnas, artesonados ventanales y esculturas no desmerecen ni descienden del tono general del templo, antes bien, le prestan insuperable belleza. Poseyendo la particularidad de una capilla, situada en la cúspide del cimborio, que simboliza la exaltación de la Cruz sobre cuya intersección gravita.

A lo largo de la nave central y corona, corre un elegante triforio de bellísimos capiteles y platerescos antepechos que cierra la cabecera del ábside, rodeada de siete capillas, en juego con las abiertas sobre las naves laterales.

Algunas de estas capillas se hallan sumamente alteradas por lamentables recomposiciones. Pero, en ellas, existe una gran riqueza de pinturas y tallas, debiendo mencionarse: la de Santiago, estupendo ejemplar de gótico florido, cuyo retablo es realmente prodigioso, tanto por la imagen del Apóstol como por las tablas, siglo XV, y doseletes afliggranados que las encuadran; la de la Visitación, con excelentes marqueterías platerescas, cobijadoras de buenas esculturas de alabastro y otras cuantas imposibles de describir. No olvidando las tablas que, a modo de bancal, componen el altar de San Lorenzo mostrando un Descendimiento, atribuido a Felipe de Champaigne, verdaderamente hermoso.

El arte funerario tiene también cumplida muestra, sobresaliendo el sepulcro del Obispo Calvillo, el gran Cardenal de Tarazona, importante personaje del Cisma de Aviñón e infatigable defensor del Papa Luna cuyas armas y efigie tiarada le acompañan. A nuestro juicio, es uno de los más notables sarcófagos góticos de España, aunque en sus relieves, plegados y en la teoría de monjes y acólitos que lo visten, se denoten influencias francesas.

Al lado de la Epístola, se abre anchuroso claustro, erigido en el siglo XVI sobre las ruinas de otro más antiguo. Sor-



Nave lateral de la Catedral de Tarazona

prenden sus excesivas dimensiones, los mensulones, al modo románico, de sus nervios y, sobre todo, las arabescas celosías de los arcos, hoy torpemente cegados, pero cuyo descubrimiento le convertirían en algo único y ejemplar. El claustro de Tarazona, convenientemente restaurado, sería el ideal emplazamiento de un museo diocesano donde se refugiara el copioso tesoro ornamental de la comarca, a comenzar por la espléndida colección en orfebrería, vestiduras, códices e incunables, de la misma Catedral.

La belleza interior no corresponde con la externa. Producto de sucesivas reparaciones, presenta, como decíamos, un conjunto abigarrado del que apenas se salva la torre. La fachada principal está arrasada, siendo ello sensible porque, como decía Huysmans, es el *rostro* de la Catedral y ella pro-

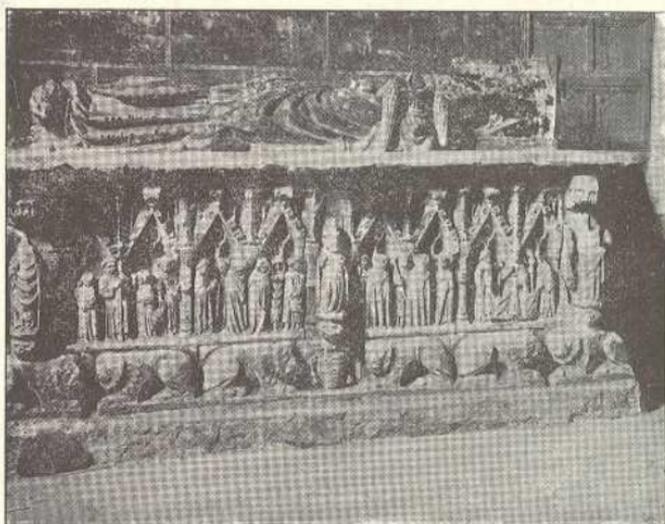
porcionaría argumento en las anteriores discusiones. En su lugar, existe una clásica portada lateral, resguardada por extenso atrio, que aunque muy desgraciada de ejecución, demuestra, no obstante, una composición no común y el conocimiento perfecto de las Artes de Vitruvio, al apoyar el entablamiento sobre unas esculturas religiosas dispuestas a modo de cariátides. Concepción que debió satisfacer en sumo grado a su autor ya que en el mismo dintel, donde se enterrara, dejó grabado el siguiente epitafio que, si no una genial mentalidad, revela, por lo menos, un decidido carácter: "*Hasta aquí he llegado. El que haga más siga adelante*". Hay que felicitarle de que no lograra continuador.

En orden de importancia, sigue la Magdalena, encubrada en las alturas del Cinto. Antigua iglesia mozárabe, después mezquita, posee aún un recio ábside románico, amenizado por las delicadas labores mudéjares de su gallarda torre. El interior, muy remozado, contiene unos retablos "*de pincel*" en forma de armarios y una bóveda que oculta, como en la Catedral de Teruel, un rico artesanado.

La iglesia de San Miguel, de procedencia también mozárabe y románica; la Concepción cuya torre mudéjar se levanta sobre un antiguo torreón, formando un extraño contraste; San Francisco, donde se consagrara a Cisneros y otros cuantos conventos y ermitas, sin olvidar el famoso Humilladero del Cristo cuya columna se atribuye a un templo romano, se suman a la larga relación de los monumentos religiosos, hallándose en todos ellos algo digno de admirar.

El Palacio episcopal, antigua *Zuda* morisca, más tarde Alcázar real, es una construcción digna de Hércules cuya nombre lleva y a quien también se le atribuye. Alzado sobre eminente peñascal, sostenido por elevadísimos arcos que constituyen una de las notas más típicas de Tarazona, guarda todavía un aspecto marcial, a pesar de las numerosas restauraciones que, concediéndole mérito, por sus respectivas aportaciones — hermoso patio y galería gótica, sala de retratos, biblioteca y el original y bello retablo plateresco de la fachada — han atenuado su primitivo carácter. Acrópolis severa, reducto inexpugnable, aparece aún cual un índice gigantesco del poderío religioso y, acaso, sea ya la única mansión episcopal que reuna, concentre y simbolice tan opuestas pero medioevales funciones.

Finalmente, la Casa Consistorial, con su interesante friso que representa la entrada de los Reyes Católicos, de muy subido valor para el estudio de la indumentaria, armas y costumbres del Renacimiento; los recios torreones del cerco donde campean orgullosamente las barras del Reino y los innumerables palacios y casonas, de noble estirpe y blasonado anuncio, que, con sus arcos, pasadizos y soportales, engendradores de silente e inefable poesía, conducen a esos rin-



Catedral de Tarazona: Sepulchro del Cardenal Calvillo,  
lugarteniente del Papa Luna

cones evocadores del Cinto y la Barbacana, completan este vivo museo donde todas y cada una de nuestras vibraciones, hallarán satisfactoria respuesta.

Hasta aquí, las *Piedras* de Tarazona. Quedan por describir el ambiente indefinible, las continuas sorpresas, el desfile de tipos y figuras que hacen de esta ciudad una síntesis perfecta de un pueblo, una región y una raza. Algo extraño, pintoresco, sugestivo, pero, también, permanente y actual. Algo a cuya expresión hay que renunciar, pues solamente una fantasía como Bécquer, sus cálidos entusiasmos y sus fervorosas admiraciones que tan elocuentes páginas le dictaran, fueran capaces de explicar lo que nosotros intuitivamente sentimos. Algo, en suma, que proclama una fuerte, fecunda e indomable energía y que, desprendida de las robustas piedras de la Alfara, herencia directa de la antigua Roma y de tus Palacios y Templos, testimonios del ideal y misticismo medioevales, hacen de ti, ¡oh noble y monumental Turiaso!, en este triste crepúsculo espiritual en que nos movemos, un faro de promesas, un símbolo perfecto, la afirmación rotunda e infalible de las ilusiones, anhelos y esperanzas que ponemos en la entereza, la reciura de Aragón.

### La esencia de la latinidad

**D**E todos los caracteres apreciados hasta aquí en el Somontano, ninguno aparece tan repetido y preciso como el de su latinidad, o, si se quiere, su clásica antigüedad. Ha sido y es una de nuestras más impresionantes sorpresas. Encaminados, en principio, a una simple evocación de las andanzas becquerianas y animados por los atractivos y bellezas del ambiente medioeval en que se desarrollaran, nunca pudiéramos pensar en semejantes hallazgos que añaden a esta región un singular interés, concediéndole, además, alta y señalada ejecutoria.

Sorprende la abundancia de restos y testimonios de ese orden, diseminados por la comarca. Apenas encontraríamos un pueblo que no poseyera en sus piedras, las huellas claras e inconcusas de las edades antiguas. Y aunque, por desgracia, esos recuerdos se hallen sepultados, oscurecidos y, en cierto modo, disfrazados por las vicisitudes posteriores, aunque, en su conjunto, no puedan admirarse aquellas exigencias de monumentalidad, caracterizadoras de las costumbres del Lacio, no debe dejar de estimarse tal variedad de vestigios que convierten a este suelo en rica cantera propicia a las emociones de la excavación. Yacimientos geológicos, sílex paleolíticos, castros y poblados, v. gr. Oruña, protohistóricos, sistemas fortificados como Borja y Tarazona, de positiva eficiencia, construcciones ya informes, restos de calzadas, monedas, cerámica, mosaicos y los accesorios, útiles e instalaciones, sin olvidar los *escoriales*, de una importante explotación minera en la que debe fundarse, sin duda, la existencia de lo demás; todo ello, unido a ciertos rasgos en los que un observador sutil, capaz de sondear y penetrar en los revueltos y misteriosos fondos de la etnografía, creería adivinar reminiscencias extrañas, originales atavismos, corrientes finamente imperceptibles que se traducen realmente, por manifestaciones paganas, clásicas, de indudable afinidad. Tal es, brevemente compendiado, el índice arqueológico del Somontano del Moncayo.

Pero sorprende también, la indiferencia y abandono tenidos para estos problemas, situados en la base de nuestra



Rampa superior del Castillo de Borja

propia cultura. Inclinaciones erróneas o, a lo menos, falsamente orientadas, contra las cuales se levantara recientemente Menéndez Pidal, en sus estudios sobre la España del Cid, han dado lugar a un estado de ánimo intelectual que parece excluir de nuestra Historia la *occidentalidad*, para dirigirnos exclusivamente hacia las fuentes del Sur. En España, no se ha sentido nunca la antigüedad (1). Y mientras los demás, Francia, por ejemplo, tienen ultimado ya el exacto expediente monumental y cronográfico de sus pre-

(1) Una reciente visita a Mérida nos ratifica en esa opinión. Pueblo de viejas humanidades, somos, no obstante, insensibles a las bellezas clásicas. El horizonte histórico español parece no remontarse más allá de los Reinos de Taifas cuya actualidad vive y perdura en nosotros, cual límite insuperable de cultura y acción. Diríase que pretendemos borrar las más positivas fuentes de nuestro linaje para encerrarnos en los estrechos y reducidos muros del individualismo medioeval. Por eso, ¿cómo lamentar y pedir atención hacia los modestos lugarejos del Somontano si problema de tal magnitud cual el de Emérita Augusta, uno de los centros más importantes de nuestros antecedentes latinos, lo tenemos abandonado y por explorar?

cedentes clásicos, nosotros permanecemos detenidos todavía en el sentimiento y abstracción medioeval.

¡Y, sin embargo...! Sentiríamos, en verdad, que se nos estimara cual exaltados partidarios de la latinidad. Al contrario. A riesgo de aparecer paradójicos, afirmaremos que no creemos en el latinismo. Es decir, creemos a medias, muy relativamente, como puede creerse en lo que no se halla ni despejado, ni resuelto, ni concretamente limitado en sus alcances y proporción. Pero, reflejo de nuestra permanencia fuera de fronteras, en los países que ahora proclaman con orgullo su origen meridional del que, hasta el presente, nos excluyeran, atribuyéndonos latitudes inferiores, hemos tomado a pecho el rebuscar los sedimentos de nuestra formación y cultura y, no creyendo, repetimos, en las determinantes históricas que nos asignan tan exclusiva procedencia, hemos llegado, sin embargo, al atrevido pensamiento de que España es, hoy, el heredero más claro y directo de la condición y carácter de Roma.

Conocida es la inseguridad en que reposan los fundamentos étnicos y culturales de los pueblos de la Edad antigua. Conocida es también, la trayectoria de la civilización occidental. Por tanto, al atribuirnos un origen racial concreto y expresado, se cae, sin remedio, en un profundo error del que sólo puede salvarnos una consciente apelación al principio de la relatividad, aplicable aquí como en ningún otro caso.

La unidad racial y cultural de Roma no existió. El *ager romanus* fué un alto, un punto, una bifurcación donde se cristalizaron y resumieron las corrientes aleatorias de las tres grandes emigraciones del tiempo. Así Roma fué *aria* por predominio de raza, *semita* por organización y derecho, oriental por su cultura y su arte. Y pues que no puede hallársele concreción, tampoco podrá concedérsela a aquellos pueblos que sirvieron de cruce y crisol en que se fundieron al mismo tiempo, recargándose más tarde, los fermentos de las indicadas emigraciones. Es el caso de los tenidos hoy por latinos y, especialmente, del nuestro.

Mas, aceptando tal sistema y puesto, de este modo, en pleito, el principio absoluto de la latinidad, cabe distinguir hasta dónde alcanzó la influencia de Roma en la formación de las regiones que dominó. Aquí entra el atrevido pensamiento de que hablamos, el que, por diferentes causas y contrastes observados, quiere o queremos concedernos el predominio en la sustentación y permanencia de los caracteres romanos.

Motivos políticos, principalmente, han hecho volver la cara hacia las fuentes del *Latium* a naciones orgullosas, hasta aquí, de su independencia racial. Las líneas que se dibujan en el horizonte, también político, del mundo, les ha hecho



Escudo del Palacio de las Conchas, de Borja (siglo XV)

creer en la necesidad de mayores agrupaciones que, saliendo de los actuales límites fronterizos, comprendan aquellas porciones de humanidad unidas por un nexo común, siquiera sea confuso, que las aproxime e identifique. Tal es el caso de España, Francia e Italia con sus derivaciones étnicas, a las que no puede negarse afinidad y similitud en todas sus constantes lingüales, históricas y aun geográficas.

Dichas constantes se clasifican, a nuestro ver, en varios grupos o, por mejor decir, en varios caracteres culminantes que podrían tomar por exponentes los conceptos siguientes: *Individualismo, Religión y Cultura*, en exacta correspondencia con las modalidades que distinguen a los países latinos de los demás.

El *individualismo*, cualidad esencial del carácter latino y factor común a todos los restantes, no es, según se cree, un producto exclusivamente árabe. Francia e Italia lo poseen

como nosotros y es, como decimos, uno de los grandes signos de los pueblos meridionales. Mas, si miramos a la historia de Roma, veremos cómo toda ella no es sino una serie de personalismos, traducidos en continuos bandos y revueltas que absorben y gastan sus hombres, como más tarde en Castilla, los cuales solamente pueden ser apaciguados por obligadas y férreas dictaduras. En este orden, Roma es el prototipo de la discusión, de la anarquía y, corolario indispensable, de la disciplina de hierro, única fuerza capaz de elevarla a las cumbres de su grandeza.

El sentimiento religioso del pueblo romano, heredado de Grecia, se robustece con una exaltación, diremos, propiamente masculina, que contrasta con la sutilidad y delicadeza de las modalidades helénicas. Grecia adora a las divinidades femeninas con una elevación de fe de la que pudieran hallarse todavía en España algunos matices. Roma arrecia y vigoriza los mismos cultos, sobreponiendo los masculinos a los de la mujer.

Por último, la cultura, de fuentes asimismo áticas, adquiere iguales caracteres al ser trasplantada al Imperio. Es donde se manifiesta la condición de Roma y, al propio tiempo, donde se advierten los fondos étnicos que la sostienen e integran: la *intuición*, filosofía natural y espontánea (fondo semita o griego) y el *barroquismo*, lógica y razón pura, orden y coordinación (fondo ario). Finura en la percepción y reciedumbre en la manifestación. Frescura y agilidad mental y reposada expresión. Pero, en general, el barroquismo domina porque Roma es barroca y barroquiza cuanto toca. Es un gran estómago que se nutre y asimila todas las tendencias y razas exóticas, imprimiéndoles un carácter severo, firme, fuertemente barroco. La más leve comparación de las culturas helénica y romana asevera, creemos, estas afirmaciones, ya que la segunda no es, en suma, sino la cultura ateniense barroquizada.

Observando, ahora, el panorama latino, apreciaremos cómo tales modalidades se acusan en España con mayor intensidad que en los otros miembros de la familia. El individualismo adquiere aquí proporciones superiores a las de éstos donde reina una obediencia que contrasta y, a veces, choca con nuestra condición. Somos — ya lo dijo el poeta: "*lo individual nos traga, nos sepulta y es abismo*" — el pueblo de los individuos, de las opiniones propias, por lo mismo, de una genial intolerancia. Nuestra historia, pareja con la de Roma, es una continua revuelta que necesita encontrar siempre unas manos fuertes como, por ejemplo, las de los Reyes Católicos, para sacar a luz sus energías y dar cima a su magnificencia. Apenas esas manos mueren, el individualismo renace y surgen las personalidades antiguas que inician la decadencia. Las tendencias separatistas de nuestros días son una prueba más de tal espíritu, por lo que demuestran, contra su gusto,

seguramente, el más rotundo españolismo de las regiones que las sustentan.

La rigidez de nuestros sentimientos religiosos, mayor y más virilmente acusada que en ninguna otra parte, tanto en su expresión como en su simbolismo, ha dado armas en contra nuestra, achacándonos una severidad y rudeza — factores también de fuerza — que se oponen a las suaves y dúctiles creencias del resto latino.

En cuanto a la intuición y al barroquismo, poseemos una y otro. Hay en nosotros floraciones espontáneas, pensamientos fluidos, genialidades originales. Mas su expresión es fuerte, recia, de líneas no exentas de armonía, pero difíciles de quebrar. La mejor demostración del barroquismo la damos en Arte, con el realismo de nuestras Escuelas pictóricas y el contraste de nuestra arquitectura, tanto en sus manifestaciones ojivales — amplitud de masas, sobriedad de ornamentación, resistencia, etc. — como en las renacentistas, a cuyo efecto pudieran compararse los edificios platerescos con las construcciones coetáneas de Francia e Italia.

Añádanse la sonoridad y complexión del idioma, el más aproximado, quizás, a la fonética romana, nuestras aficiones guerreras y otras cualidades, y se tendrán las razones que nos llevan a concedernos los caracteres primordiales de la actual latinidad. Caracteres observados, contrastados y medidos lejos de España, allá, donde las fuentes del Lacio constituyen hoy la más preciada ejecutoria.

No es de extrañar, pues, que, al contacto con una región tan fértil en testimonios históricos como ésta del Somontano, pasemos por alto a los otros rasgos que la dominan para ir, directamente, a los que atestiguan nuestra romana filiación. Estos son tan claros, tan numerosos, diremos también, tan desconocidos y se acusan además con tal relieve, que es imposible sustraerse a la exaltación de un ambiente que, apoyándose en las piedras auténticas de la Acrópolis borjana, va a cerrarse con arco gigantesco, en el nombre sonoro del Moncayo, cual broche ingente y secular.

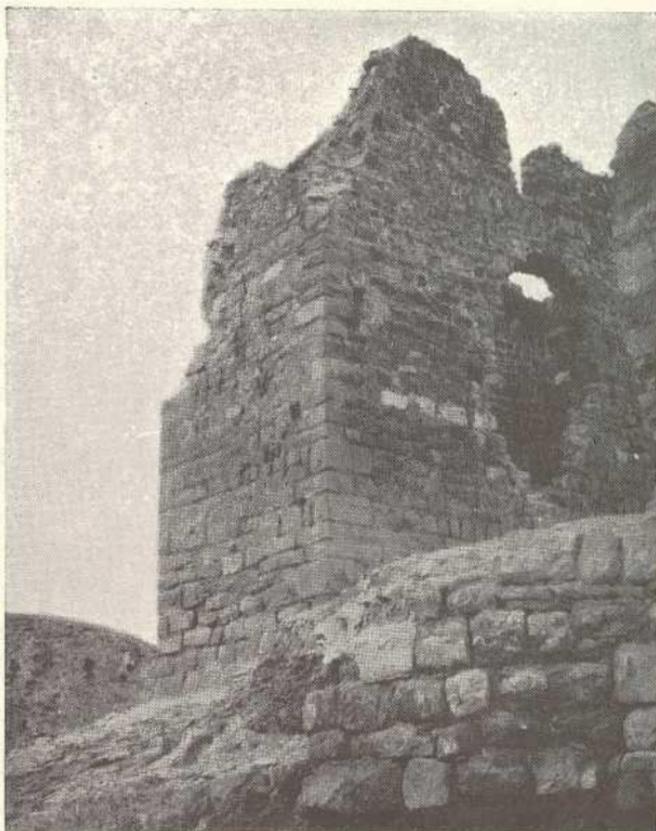
### Por la ruta de las legiones

UNO de los más eficaces instrumentos de la dominación romana residió en el establecimiento del *Cursus publicus* que, por su admirable organización, asentada sobre la extensa y cuidada red de los *Itinerarios*, permitía al Imperio el sujetar con mano fuerte a todas las *Provincias*, mediante la rápida aportación de noticias que ponían inmediatamente en su conocimiento los sucesos que las conmovían.

Dicha organización, de caracteres en cierto modo postales, alcanzó su más perfecto desarrollo en las Galias y en las regiones de la España Citerior en donde, sea por la distancia de la Metrópoli, sea por la condición, naturalmente indómita, de sus pobladores, las *Vías* y el *Cursus* fueron atendidos con esmero y llevados a su mayor eficiencia. Algunos de sus servicios, aprovechados por los tiempos posteriores y subsistentes hasta los comienzos de la Edad moderna, forman aún la base de los actuales Ramos de comunicaciones y constituyen, desde luego, su más señalada ejecutoria.

En la región del Somontano, los recuerdos y testimonios de tan importante institución son numerosos e irrecusables. Con facilidad podrían reconstruirse los movimientos del *Cursus*, ya que sus principales elementos están todavía en pie. De *Borja* a *Turiaso*, de *Cesaraugusta* a la antigua *Illurcis*, paso abierto y obligado hacia las mesetas interiores, donde radicara Numancia, las *Vías* y *Mansiones* romanas son aprovechadas por los naturales que, sin saber, van siguiendo las clásicas rutas de las Legiones invasoras. La *Civitas* de Borja, las *Mutationes* de la arcaica *Termes*, testimonio de un fracaso de Escipión que hubo de reparar, retirándose a *Manlia*, y las *Mansiones* de Bulbunte, Vera y otros cuyos nombres latinos se han perdido, se alzan recias e imponentes, formando una dilatada malla de comunicación que abraza a toda la comarca, dominada por la masa sombría del *Mons-Caius*.

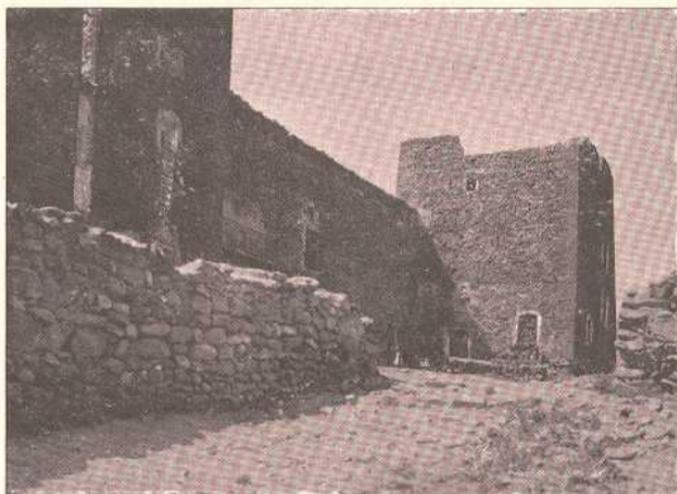
El sistema comienza en *Manlia*, posición muy importante de la *Vía* citerior. Remontando el valle del Huecha que por



Restos de la «Posición» romana de Trasmoz

su feracidad y situación geográfica, convenía a las razones que impulsaban a la ocupación, queda marcado levemente en los muros de Agón, Magallón y Ainzón, hasta llegar a la *Civitas* de Borja cuya gigantesca atalaya pudiera servir, aparte su destino militar, a la relación con las diferentes construcciones escalonadas simétricamente a lo largo del valle, mediante la aplicación del ingenioso procedimiento telegráfico imaginado por Polibio.

La Torre del Pedernal de Borja acusa por sus proporciones, una *Mansion* dedicada a los servicios de *angariae*. Y, partiendo ya directamente hacia la cordillera, se encuentran las *mansiones* y *mutationes* anteriormente citadas que, unidas por la calzada y amparadas por Trasmoz, nos llevan a la recia *Posición* de Añón, convertida después en Encomienda de los Hospitalarios, de donde, ascendiendo por los barrancos de Morana, provistos también de atalayas, luego de atravesar las regiones mineras del Moncayo, explotadas



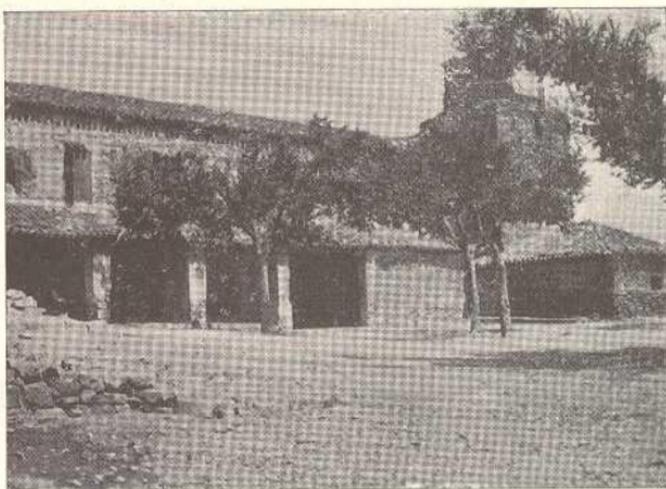
Añón. — Castillo - Palacio. Vista exterior

según Tito Livio, va a penetrar en la meseta superior, continuando hacia Agreda y Numancia, punto terminal, sin duda, de la bifurcación.

Los edificios de Bulbunte, Vera y Alcalá, transformados más tarde, como el de Ainzón, en residencias priorales, demuestran su condición de *mansiones* o de simples *mutaciones*, ya que la distancia entre las *Posiciones* de Añón y Borja ayudan a distinguirlos, sirviendo probablemente de estaciones mandadas por los *Stationarii* que, con los *Stratoris* y *Fruentarii*, atendieran al aprovisionamiento y resguardo del tránsito de las *Vías*.

La topografía del terreno y las proximidades de la cuenca minera enseñan la categoría de éstas —vías *vecinales* o, acaso, *consulares*— y el género de comunicaciones a que fueron destinadas: el *Cursus clabularius*, afecto al tráfico lento de la *Angariae*, servicio especial que comprendía el transporte de los equipajes e impedimenta de las Legiones y de los productos explotados. Ello se acredita por el relieve del suelo que no debiera ser accesible sino a las *clábulas* y *carpentums*, tirados por bueyes y aplicados a tan secundarios menesteres.

Sin embargo, observando el conjunto geográfico y ateniéndonos al Cuartel pretoriano de *Manlia* cuyo emplazamiento se conoce, cabe pensar en la posible utilización del sistema por el *Cursus celer* que, a cargo de los *Veredaris* o *Tabellarii*, podían transponer fácilmente los desfiladeros de la sierra y abreviar de modo notable, la transmisión de los *libellis* urgentes cuyo recorrido por la Vía citerior era demasiado prolongado. En esta hipótesis, puede admitirse



Iglesia de Añón

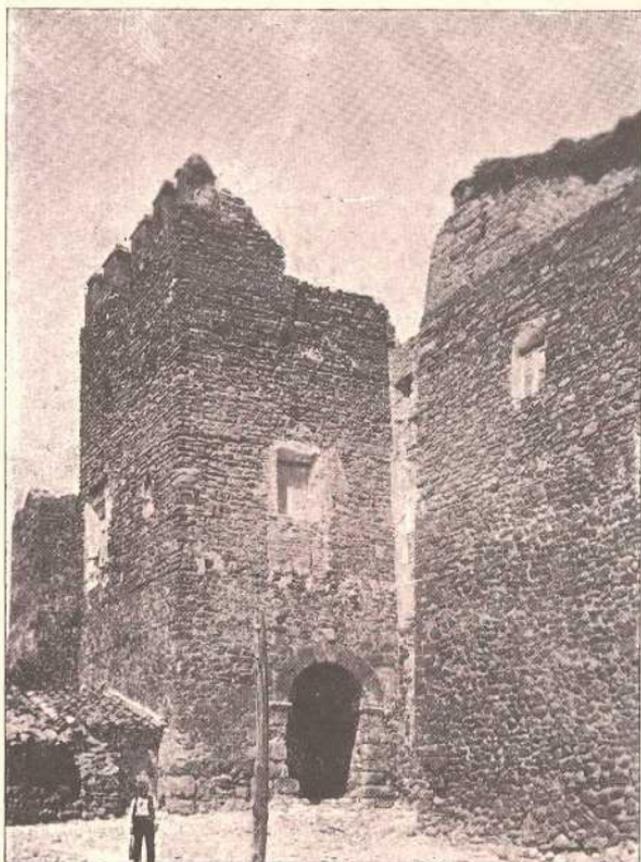
también y quizás ahí resida el fundamento de la red, que ésta fuera empleada para las marchas militares — los movimientos tácticos de Escipión parecen confirmarlo — con su correspondiente curso de *rhedas* y *birotas* que, por su ligereza, eran capaces de ascender hasta las mismas cimas del Moncayo.

\* \* \*

A ellas queremos dirigirnos como fin de nuestra excursión. Pero en lugar de la anticuada *rheda* romana, utilizamos un moderno *Buick* que, sobre sus ruedas de caucho, avanza en rauda y vertiginoso vuelo. Quedan atrás Bulbunte con su palacio, Veruela con su monasterio, Trasmoz con su altanero castillo. Hasta que, desviando el camino, afrontamos las cuestas de Morana que nos conducen a las puertas almenadas de Añón.

Añón tiene para nuestra curiosidad, un doble interés: el primero es de orden estratégico y adquiere los caracteres de problema. El otro, más simple, trata de comprobar la veracidad de Gustavo Adolfo sobre las garridas añoneras, cantadas, loadas y aun dibujadas por nuestro poeta, con el más delirante entusiasmo.

Desgraciadamente, aquéllo ha sido perdido. Si Bécquer volviera hoy al Somontano, no hallaría en su puesto más que a las piedras eternas e inmutables. Todo lo demás que él admirara o fué visión imaginaria de su fantasía — cabe dudar por sus apuntes y los de su hermano Valeriano — o fué arrastrado y consumido por la tolvanera de la vida moderna de cuya vulgaridad no han podido librarse ni aun estos apartados rincones.



Añón. — Ingreso al Castillo - Palacio de los Sanjuanistas

Las mozas parecen bellas y continúan siendo grandemente andariegas a través de los matorrales del Moncayo. Pero los atavíos que realizaban sus gracias y les proporcionaban un empaque y prestancia en natural armonía con el marco medieval en que se mostraran, han sido sustituidos por la actual indumentaria femenina que les resta hermosura, contraponiéndolas a su propio ambiente. Si Bécquer reviviera, es seguro que suscribiera, de nuevo, los doloridos lamentos de sus Cartas al ver cómo sus profecías sobre el porvenir de lo pintoresco español, han tenido la más amplia y colmada realidad.

El problema estratégico de Añón reside en su emplazamiento y en la importancia de su fortificación, atendida con esmero, a lo largo de los siglos, hasta constituir, según decimos, una de las principales encomiendas de los Sanjuanistas, mantenida aún, según noticias, entre las dignidades de la Orden. Sorprende el encontrar en



Añón. — Puerta del Río. Al fondo, la Ermita de Santiago

tan escondido repliegue de la Sierra, aislado de todo contacto y en alturas verdaderamente aguilieñas, semejante sistema fortificado. ¿Cuál fué su origen y destino? ¿A qué respondían tan formidables paramentos? La respuesta nos la darán aquellas bocas de mina con sus *escoriales*, en los que se fundaran parecidos lances y negocios a los de Balzac en Sicilia. O aquellos restos de torres que atalayan las cumbres. En fin, aquellos sillares esparcidos por los desfiladeros de Herrera que acreditan y demuestran que, por aquí, las Legiones y, en pos de ellas, la Historia, pasaron.

Así, doquiera que caminemos, vamos hollando las rutas latinas, hábilmente desarrolladas después por los siglos medioevales. De Tudela a Agreda, de Mallén a las estribaciones del Moncayo, el suelo se halla marcado con el sello indeleble de la fuerza de Roma. Lo que concede al Somontano un prestigio insospechado.

Nos hemos detenido a visitar la iglesia y el palacio de los

Comendadores de Añón. La primera, de bello exterior románico, prometedor de las emociones que le son propias, guarda la desilusión de un barroco dieciochesco, tan absurdo como degenerado. Unos altares renegridos, esculturas maltrechas y las inevitables molduras neo-clásicas, ocultan, sin duda, una admirable construcción del siglo XII que se trasluce en la crucería del ábside, en el cañón de la bóveda y en el resaltado de sus arcos perpiaños, torpemente disimulados. La consideración del triste destino de estos templos, despojados de su armónica belleza por las hazañas de un siglo decadente y depauperado, nos incita a repetir la feliz osadía que el Dr. Sarthou perpetrara en Piedra, otra víctima lastimada por las incursiones barrocas.

El Castillo-Palacio es un vasto edificio de amplias estancias y recogido patio sobre el que campea un arco ojival que sorprende por sus dimensiones. En su clave (1), aparece un diminuto blasón, repetido con profusión por las torres y lienzos, con la Cruz de Malta, anunciadora de su jerarquía. Signo muy emotivo al ser apercibido en estas soledades. Sin querer, el espíritu vuela y se remonta hacia una trayectoria de heroísmo y de fe que une a este modesto lugar del Somontano con Malta, Rodas, San Juan de Acre y Jerusalem. ¡Maravillosa cuan increíble perspectiva para ser meditada desde aquí! En este aspecto, el Castillo de Añón se hermana en sugerencia con la fortaleza templaria de Ponferrada, si bien no puede comparársele en mérito de construcción.

Por desdicha, el palacio sanjuanista se halla abandonado. Sencillos lugareños se reparten y ocupan los salones en donde, un día, resonaran los graves y viriles salmos de los monjes-guerreros. Apenas si se aperciben algunos vestigios ornamentales, de rica y labrada viguetería. En general, el presente ha borrado al ayer y, salvo el aspecto exterior, muy deteriorado, nadie pudiera creer que este maltrecho edificio fuera, en tiempos, fastuosa residencia de un altivo y opulento Comendador.

Pensando en ello y en el olvido en que yacen en España las piedras fuertes que la defendieron y formaron, descendemos a recorrer el recinto con sus torres almenadas, sus lienzos intactos y las Puertas del Río y del Moncayo que cierran la entrada. Abajo, quedan la ermita de Santiago con las Cuevas del Rey, recargadas de evocadoras leyendas y, a lo lejos, vislumbramos los *escoriales* y las minas.

Montamos de nuevo en el *Buick* y transponemos Añón cuyos torreones vigilantes nos siguen largo trecho en la lejanía. Atravesamos nuevos pueblos. Litago sin interés. Lituénigo con otro *Castro* de bella portalada. San Martín, sede

---

(1) Como indicamos en la introducción, ese blasón ha desaparecido recientemente, vendido a unos anticuarios.

de un moderno patriarcado indiano que cumple, al uso del día, una completa renovación social. Por fin, cruzamos los prados de Agramonte y, al lomo de ágiles caballerías, único vehículo capaz de trepar con seguridad por tan ásperos verrucuetos, llegamos al Santuario del Moncayo.

¡El Moncayo! Unos puntos corridos de admiración darían más perfecta cuenta de la nuestra que cuanto pudiéramos escribir. ¡Altar y cumbre! ¡Pilar y escudo! ¡Muro y solar! Cada uno de estos conceptos, bien meditado, nos llevarían a sendas exaltaciones en las que el espíritu se ahogaría de idealidad. Así, ponemos dique a nuestros impulsos y, en silencio, nos disponemos a contemplar:

La luz se hace. Los tiempos retroceden. El pasado vuelve. Como en gigantesco cinerama, vemos desfilar a toda la Historia de España con sus infortunios, sus esplendores, sus enemigos y sus héroes. Son Mandonio e Indibil que cruzan. Amílcar que marcha. Las legiones que continúan su camino hacia los altos de la meseta donde agoniza, siniestramente altiva, la indómita Numancia. Más tarde, son las algaras que corren, las huestes que chocan, las banderías que mueven y perseveran en la Reconquista peninsular. Al pasar, todos y cada uno miran hacia estas cumbres y las reconocen y saludan. Son las cumbres perennes, seculares, sagradas. Las cumbres del *Mons Caius* de Plinio, del *Mons Chaunus* de Tito Livio, del Moncayo incommovible y magnífico, de toda la gesta nacional.

## Una Misa en las cumbres

**A**L llegar al Moncayo, pensábamos detenernos aquí. Nuestra correría, por no decir nuestro ensueño, terminaba en estas cumbres altivas, soberbio balcón del panorama peninsular y más soberbio pedestal para el día en que se proyectara emplazar en algún punto de España, un monumento que recordara a las generaciones venideras, los hechos de esta Patria nuestra, tan noble, activa y febrilmente civilizadora. Allá, por el año 10000, cuando la vida y cultura actuales aparezcan a la arqueología del tiempo, envueltas entre opacidades que las representen como bárbaras e incomprensibles y que los restos de nuestros esfuerzos sean investigados con igual interés y curiosidad con que ahora consideramos las construcciones de Tebas y Karnak, sería de utilidad la presencia de un documento fehaciente que atestiguara la existencia de España con sus empresas, sus invenciones y su contribución genial y formidable a la vida de la humanidad. Nada mejor que estas cumbres del Moncayo, atisbadoras del conjunto en que España nació, situadas en la confluencia de los tres Reinos creadores de su nacionalidad, para emplazar tal recuerdo que habría de ser sobrio como su carácter, limpio como su historia, enérgico como la raza que tendría que perpetuar. Que no se piensa — perdónesenos esta ya larga digresión — en las obscuridades que nos rodearán cuando otras civilizaciones acampen y renazcan sobre el suelo arrasado en que ahora nos movemos y que nuestros tesoros de cultura y de arte hayan quedado como restos de una época primitiva e ingenua. Para entonces, repetimos, se necesitaría un testimonio inmutable y vivo como la Naturaleza, que proclamara que aquí vivió, luchó y pasó un pueblo anhelante de gloria y rico de idealidad. Algo de lo que se proyecta hacer en Francia donde el patriotismo y la fe en los destinos del país son más fervorosos y mucho más unidos que en España.

Pensábamos, pues, detenernos y terminar. Mas en la vida hay encuentros fortuitos, inesperados, donde, a la vuelta de un sentimiento heroico, se tropieza con algo, sencillo y pobre



de apariencia pero detentador de toda la grandeza que acabáramos de soñar. Justamente, es lo que ha sucedido.

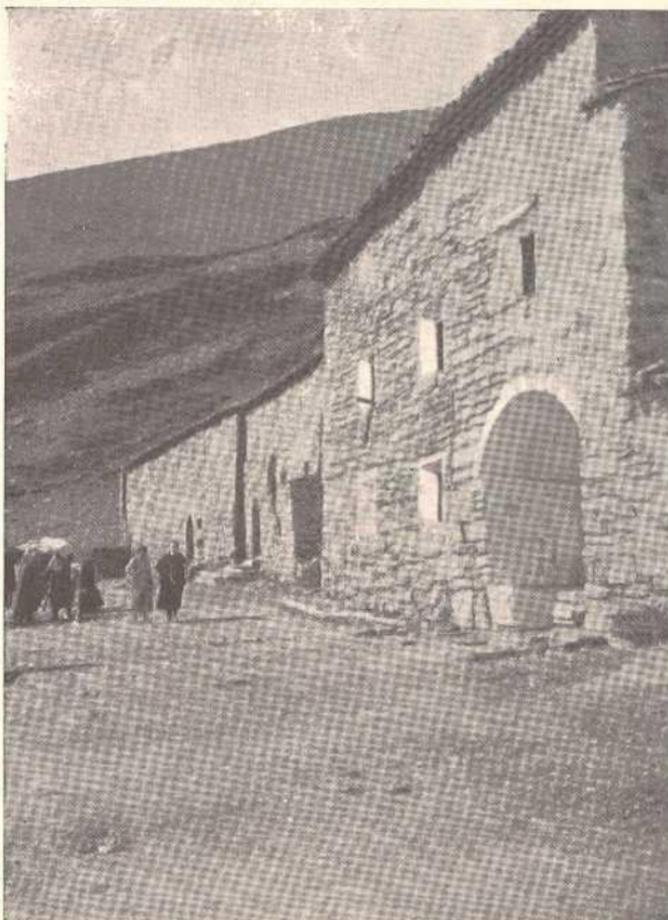
El Santuario de Nuestra Señora del Moncayo es una mísera construcción, ayuna de cuanto pudiera distinguirla por mérito o por tradición. Unos edificios yuxtapuestos, sin orden ni línea alguna, albergadores de todos los enemigos de la higiene y una ermita pobrísima, sin carácter, que no guarda otros detalles que la simple crucería del presbiterio, un capitel jónico, en oficio de pila benditera, y la venerada imagen de la Virgen, talla francesa de Cluny, lastimosamente destrozada. Restos, sin duda, del primitivo Santuario, levantado por los cistercienses de Veruela a quienes perteneciera. Único digno de admirar y, por lo tanto, de guardar para el día en que se quiera conceder al Moncayo la consideración e importancia a que tiene derecho.

Pero, a cambio de todo eso, hemos hallado aquí algo que vale mucho más. Lisa y llanamente diremos que nos hemos encontrado con España, esto es, con todas las modalidades que nutren e integran su vida o, si se quiere, su manera de ser. Jamás podría darse con otro conjunto que resumiera de modo más perfecto, la total esencia de un país. Esencia encarnada simplemente en estos tres aún más simples factores: unas cuantas personas, un pueblo en romería y, reuniéndolos, una misa.

Hemos topado con las personas en el cuadro de una rústica hospedería con pretensiones de fonda. Son los veraneantes del Moncayo en quienes se hallan representadas todas las categorías de la gama social. Alrededor de una amplia mesa, en un más amplio comedor, pieza de honor del Santuario, asistimos a una cena patriarcal en la que anotamos la simpatía y cohesión que unen, rápidamente, los caracteres de nuestra masa. Eramos los últimos llegados y, enseguida, la conversación nos recoge y envuelve como lejanos y asiduos conocimientos.

Cual corresponde a un lugar secular, la mesa está presidida por el capellán que pide y reza la bendición del yantar, correspondido con naturalidad por todos los asistentes. A su lado, aparece el canónigo ministro, severo, erguido, de inteligente y bondadosa dignidad. Brazo eclesiástico, sostenedor de la antigua primacía religiosa que aquí todavía impera por ser propiedad el Santuario, del Cabildo diocesal.

Por derecho, ocupan los primeros puestos unas gentiles señoritas de rostros pálidos y marfileños que aseguran ocultas dolencias. Para quienes venimos de lejos, algo saturados del ambiente femenino de allende fronteras, dichas jóvenes forman, en esta reunión en que nos complacemos ver en presencia a todas las modalidades de la vida de España, el símbolo de nuestra mujer con sus hábitos tradicionales, su fe dilecta y profunda, su recogimiento y su honestidad.



Santuario del Moncayo: Hospedería

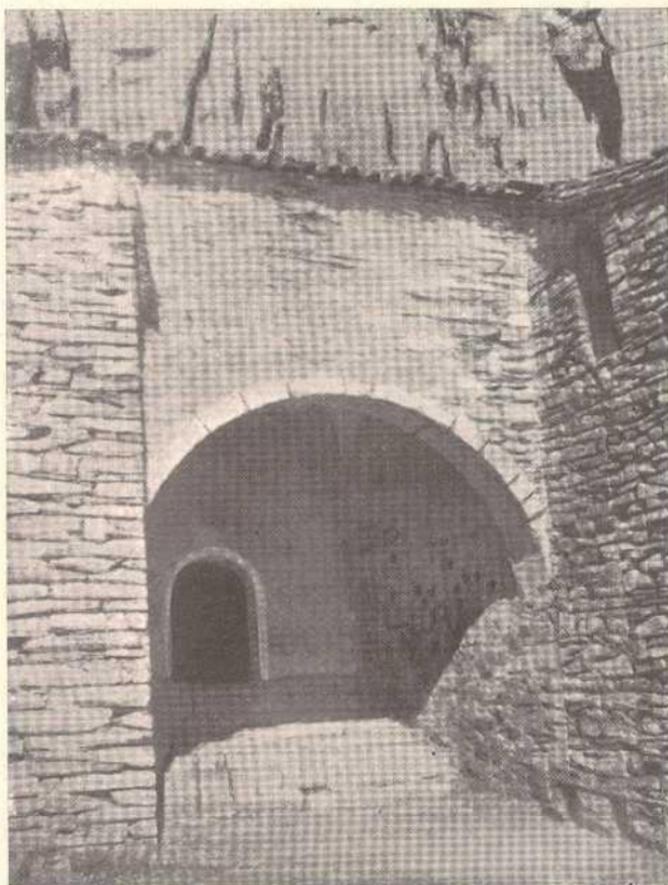
El brazo militar falta, pero, a cuenta, está largamente compensado por el civil, encarnado en todas sus esferas: la Curia por sus abogados rurales, duchos en sus procedimientos y en los escarceos políticos. La ciencia por sus ingenieros y médicos que peroran sobre el porvenir del Moncayo. La Administración por sus funcionarios, los más modestos en sus conversaciones y andanzas. En fin, el brazo labrador se halla única y exclusivamente asentado en el *tío Juan*, de Cabretón. Añádase — no es recurso, sino realidad — que el tema de los discursos versa, de ordinario, sobre cuestiones de toros y política y se verá cómo no es osada pretensión la de ver resumida en tan recogido cuadro, la esencia total de nuestra Patria.

De todos los reunidos quien domina es el labrador cabre-



Imagen de Nuestra Señora del Moncayo (siglo XIII)

tereño. Veníamos buscando raza y en él la hallamos, justa y entera, en una sola pieza. Inteligente por intuición e ignorante por cultura. Discreto y mesurado en sus modales pero ladino y astuto en sus pensamientos. Amigo de bromas, saco de consejos, devoción sencilla, cargado de años y fuerte y ligero como la más leve caña del vecino robledal. Es Sancho personificado, doblado de una liberalidad y cortesía, donosamente hidalgas, que tienen a raya las atrevidas sutilezas de los demás, impotentes, pese a sus esfuerzos, de dar cima a las polémicas sobre las que aquéi pone siempre la última palabra. El *tío Juan* de Cabretón, sobresale en nuestra admiración y —gentes de la Ciudad— rendimos en él homenaje a los campesinos en quienes han de sustentarse, según afirmábamos, las esperanzas de nuestro porvenir.



Entrada al Santuario del Moncayo

Estas personas forman, diremos, la base de la misa ya que en ella, todos y cada uno tienen espontánea pero consecuente obligación. A estas alturas y en este medio, el excepcionalismo se ahoga y los sentimientos religiosos que duermen en nuestra sangre, bajo el peso de una tradición de veinte siglos, salen a flote, atándonos y conmoviéndonos en fervorosa cooperación. Nadie podría substraerse a los cuidados del culto, administrado, sostenido y ejecutado por la fe popular.

El núcleo de la fiesta va a formarlo aquel pueblo en romería que, desde sus lejanos pegujales, viene anualmente en procesión. Es la *romería de la Virgen* y ninguno sabría tampoco faltar, sobre todo si la cosecha fué buena, a rendir gracias a Nuestra Señora y suplicarle su amparo y bendición. Romerías que son fuente preciosa de infinidad de detalles pintorescos y base indispensable para quien desee penetrar en las tramas delicadas y sutiles de la psicología rural.



Fuente de San Gaudioso en el Santuario del Moncayo

Al punto de la mañana, aun no traspuestos ni rotos los celajes del alba, vense llegar por las veredas que conducen al Santuario, gentes de toda edad y condición. Unos a pie, otros al lomo de ágiles borriquillos, van reuniéndose en la plaza de la iglesia, luego de dejar dispuesto el emplazamiento donde, al aire libre, se efectuarán los menesteres culinarios de la *lijara*, aliciente muy principal de la excursión. Se escogen los lugares, se transportan las piedras que servirán de fogón, se alisan las *piezas* que formarán el plato fuerte del día y, terminado tan indispensable cometido, van a juntarse en la plaza, en espera de la procesión.

El estallido de un cohete anuncia que las autoridades del lugar están en sus puestos. Entonces, se ve avanzar una larga teoría de niños y ancianos, hombres y mujeres, que, entonando cantos seculares, de ronca y fervorosa salmodia,

respondidos, a lo lejos, por las estridentes y descompasadas notas de la banda o del tamboril que, a la tarde, amenizarán los inocentes bailes aldeanos, van desfilando con gravedad hasta penetrar en el templo.

Los vemos pasar y dudamos. Dudamos y sufrimos. Sufrimos por no poder trasladar al cuaderno de apuntes aquellos rostros y miradas, aquellas almas que, desnudas y puras, abiertamente puras, por agradecimiento y por fe, vienen a postrarse a los pies de la Virgen y a depositar ante Ella el complicado bagaje de sus sentimientos. Rostros únicos, cada uno singular y todos iguales, en la expresión y el impulso. Rostros en los que artistas geniales cual Berruguete o el Divino, hubieran podido inspirarse para lograr el milagroso plásmo de sus esculturas y lienzos.

La misa comienza, cantada cual conviene a las circunstancias. Cantos litúrgicos, agremiados de loores, compuestos en honor de la Soberana del Moncayo, en los que se manifiesta la gratitud del pueblo, se implora misericordia y se demanda protección. Loores entonados por los fieles sobre el ritmo del armonio y de la banda, con un conjunto recio, sonoro, lleno de virilidad.

Mas el momento supremo se acerca para el Santo Sacrificio y, también, para nuestra emoción. Es el momento de alzar y allí va a residir el encuentro inesperado, fortuito, clave y unión de todas las sensaciones amasadas en la correría. Porque, cuando, recogidos y absortos por la solemnidad del instante, hincamos rodilla en tierra, suenan los aires cadenciosos del himno nacional.

Entre las formas singulares del sentimiento patrio español, figuran una frialdad e indiferencia exterior hacia los signos que lo simbolizan y proclaman que, en ocasiones, producen irritable tristeza. Así, podremos ser acusados, tal vez, de achacosa sensiblería, cuando no de alardes inoportunos de fácil y buscado patriotismo, al afirmar, en tan preciso instante, nuestra emoción; ésta responde, sin embargo, a lo real y es algo a que no podemos sustraernos, que nos oprime, levanta y hace vibrar.

Esa emoción y ese momento son la llave ideal que cierra esta excursión a través de estos fértiles campos del Somontano por donde, un día, Gustavo Adolfo paseara su imaginación y fantasía. De todos los placeres gustados — las exquisiteces del Arte, las sugerencias de la Historia — ninguno podría igualarse a aquéllos. Es que, a dos mil metros de altura, en un rincón aislado y como perdido de su suelo y en el ambiente, ingenuamente fervoroso, de una misa aldeana, asistida por una multitud que mantiene intactos y presentes los ricos veneros de su esencia, a España, a la Patria, la hemos visto pasar.

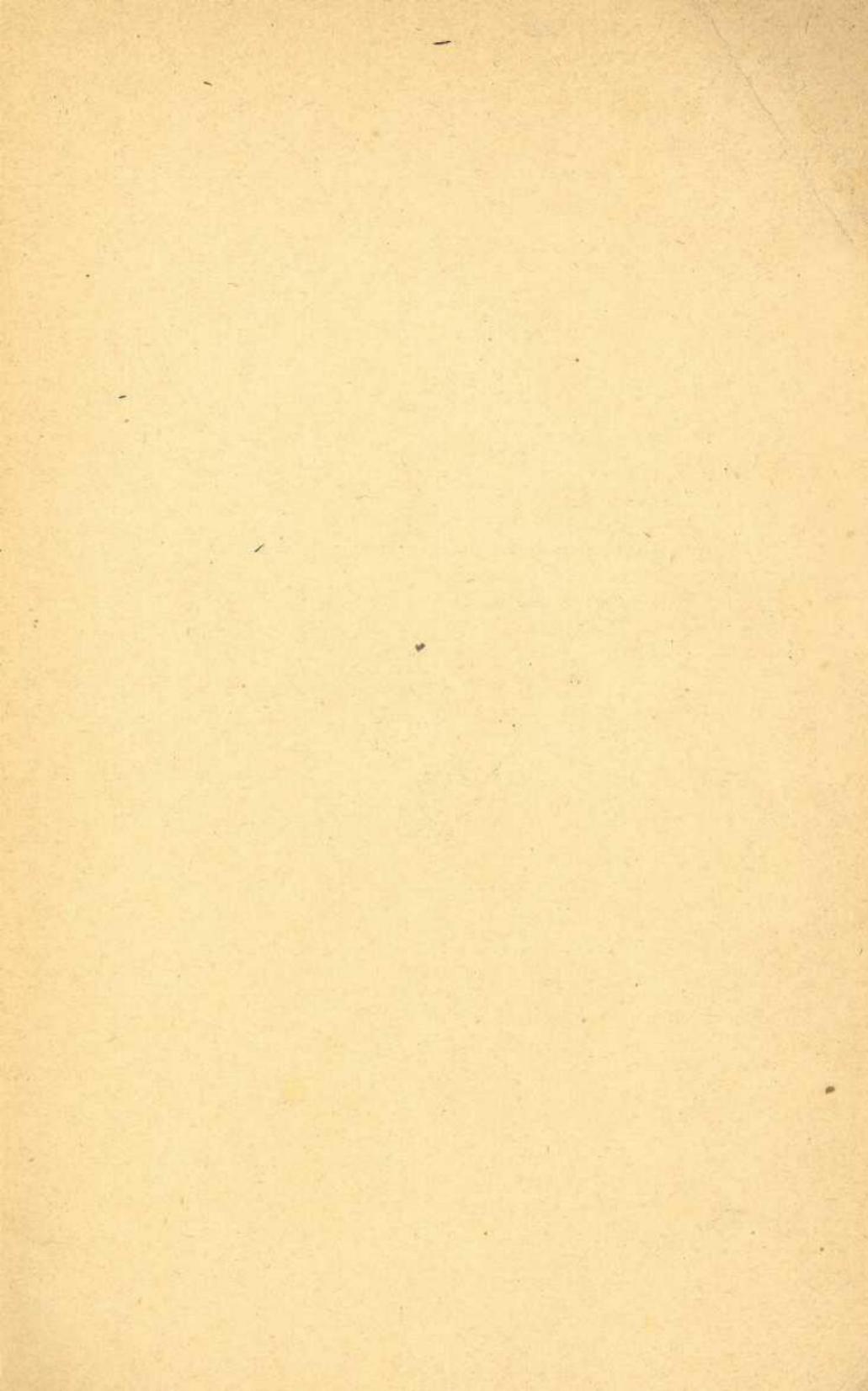
Santuario de la Misericordia, Verano de 1930.

# Índice

---

	<u>Págs.</u>
Ofrenda .....	3
Prólogo .....	5
Introducción .....	7
I. La clave bizantina .....	11
II. El claustro del silencio .....	17
III. Las brujas de Trasmoz.....	25
IV. Tipos del Somontano.....	30
V. El solar de los Borja.....	36
VI. La frontera de Santillana... ..	47
VII. Las Piedras místicas.....	56
VIII. Las Piedras recias .....	69
IX. La esencia de la latinidad .....	82
X. Por la ruta de las legiones .....	88
XI. Una Misa en las cumbres .....	96

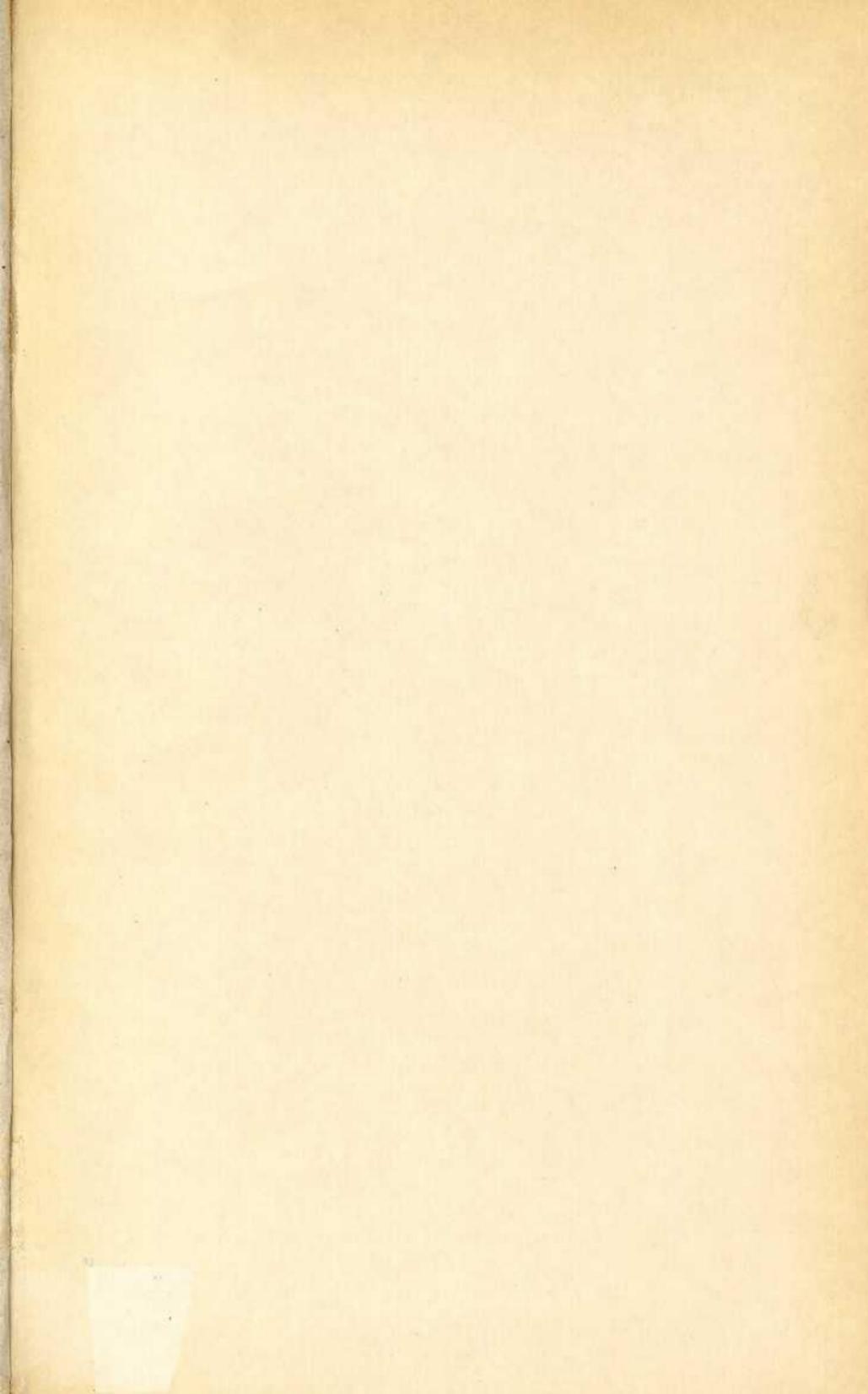
*Faint handwritten text at the top of the page, possibly a title or header.*



EDITADAS POR EL "SINDICATO DE INICIATIVA Y PROPAGANDA  
DE ARAGÓN", SE ACABARON DE IMPRIMIR ESTAS "RUTAS  
BECQUERIANAS" EN EL MES DE DICIEMBRE DE 1932









A-0

F. B. I.

RUTA  
BECU

A-00701